El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte

KARL MARX

Introducción y notas de Horacio Tarcus







El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte

KARL MARX

Introducción y notas de Horacio Tarcus







Índice

Karl Marx

EL DIECIOCHO BRUMARIO DE LUIS BONAPARTE

Introducción y notas de

Horacio Tarcus


siglo veintiuno
editores

I.

L'empire, c'est la paix! paix qui sera féconde.
Quand Dieu veut que du Nil les flots soient assoupis,
Où le Nil débordant jaillissent les épis:
L'empire a débordé pour féconder le monde!

L. NAPOLÉON III,

Empereur des Français.

II.

Continuant cette œuvre, il pourra la signer,
L'héritier du grand nom qui donna la terre!
L'empereur a légué la gloire et non la guerre:
Triompher dans la paix, aujourd'hui c'est régner.

III.

Grande ruche en travail, par les beaux arts charmée,
Paris, une autre Athènes! Alger, une autre Tyr!
Des landes à peupler, des villes à bâtir
Voilà le bulletin de notre grande armée!

M. A. Boussagu.

Pour la Présidence, 7.500.000	Pour l'Empire, 8.500.000



PARIS, chez les M.ds de Nouveautés.

Fque d'Imagerie de Seneçq-Bonet Impr. R. Centrale, 15 Lyon.

ALMANACH IMPÉRIAL.

1853

Janvier.	Février.	Mars.	Avril.	Mai.	Juin.	Juillet.	Août.	Septembre.	Octobre.	Novembre.	Décembre.
[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]

Marx, Karl

El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte / Karl Marx.- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2023.

Libro digital, EPUB.- (Biblioteca del Pensamiento Socialista)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-801-165-3

1. Socialismo. 2. Historia. 3. Filosofía Política. I. Título.

CDD 306.345

Título original: Der 18te Brumaire des Louis Napoleon [Der Achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte, desde la 2ª ed.]

<www.sigloxxieditores.com.ar>

Traducción del Instituto de Marxismo-Leninismo del PCUS –a partir del texto de la 2ª ed.: Hamburgo, Otto Meissner, 1869–, revisada por Horacio Tarcus y Luciano Padilla López

Corrección: Héctor Di Gloria

Diseño de cubierta: Ariana Jenik

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: marzo de 2023

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-165-3



UN COUP D'ÉTAT, C'EST UNE FICTION.

Voyez ce Lazzarone de la famille, de la propriété, il s'endort mais un cauchemard l'agite il n'a pas voulu quitter son drapeau sa main droite le défend, la gauche sert convulsivement un poignard, c'est qu'il voit passer dans son rêve M. Louis Napoléon déguisé sous le manteau impérial :

A son réveil, son rêve était une réalité; les journaux le répandent avec profusion et les sentinelles du communisme et du socialisme se répètent d'un bout de la France à l'autre. Sentinelles, prenez garde à vous? Louis Napoléon va se faire empereur, el jour à telle heure.

Mais le jour est venu, l'heure passée, M. Louis Napoléon n'est comme devant que Président. (*Argus du 3 juin 1849*)

Imaginarios de la revolución

Una invitación a la lectura de El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte

Horacio Tarcus

Las revoluciones republicanas y democráticas que en 1848 se expandieron por Europa occidental sacudieron el poder de las monarquías de la Santa Alianza y luego de dos o tres años concluyeron con graves derrotas del movimiento popular. Si bien Europa ya no sería la misma después de la “Primavera de los Pueblos”, hacia 1852 el ciclo revolucionario se había cerrado con una reafirmación del orden imperial en el plano político y una expansión vigorosa del sistema capitalista en buena parte del continente.

El proceso político francés apareció a los ojos de los contemporáneos como fuente de una serie de paradojas. La tan anhelada Segunda República no llegó siquiera a cumplir cuatro años de vida, frustrando a lo largo de su desarrollo todas las expectativas populares. El triunfador de la primera elección presidencial de la historia francesa, celebrada en diciembre de 1848 bajo el régimen del sufragio universal masculino, no fue el general Louis-Eugène Cavaignac, representante de los republicanos moderados (cosechó apenas el 19% de los votos), ni mucho menos Alexandre-Auguste Ledru-Rollin, exponente de los demócratas-socialistas que habían llevado a cabo la Revolución de Febrero de 1848 (este dirigente alcanzó un escaso 5%). Quien conquistó una victoria arrasadora (con el 74% de los votos) en esa primera elección republicana fue Luis Napoleón, sobrino de Napoleón I y último heredero de una dinastía imperial, los Bonaparte.

Este actor que poco tiempo antes había quedado por fuera del juego político –había vivido casi treinta años fuera de Francia– regresó al país no bien se dio la Revolución de Febrero. No estaba nucleado en ninguno de los partidos en pugna ni contaba con un órgano de prensa, pero no tardó en instalarse en el centro de la escena pública. En plena crisis política, el carácter difuso de su ideología contribuyó a que diversos sectores sociales y fuerzas políticas se vieran representados en él. Mientras se enfrentaba a una Asamblea Nacional dominada por sectores conservadores que buscaban retornar al voto censitario (sistema electoral que restringía el derecho de voto a los propietarios y dejaba fuera a 3.000.000 de franceses), el sobrino de Napoleón Bonaparte conquistó la adhesión de numerosos artesanos y trabajadores. Su oposición a la nueva ley de educación –conocida como Ley Falloux, sancionada por la Asamblea y favorable a la enseñanza religiosa– le granjeó la simpatía de la burguesía anticlerical, a la vez que su defensa del orden y la tradición tras los tiempos agitados de la Revolución le valieron el apoyo de los católicos. Los campesinos –la Francia rural–, en gran medida ajenos al torbellino de la trama política que se libraba en París e incapaces de construir su propia representación política, ante todo vieron en Luis Bonaparte a un protector, el heredero natural de una Francia gloriosa, mientras que los republicanos moderados, que no lograron postular a uno de sus propios hombres, confiaron en su propia capacidad para mantenerlo bajo control.

Una vez conquistada semejante concentración de poder, Luis Bonaparte fue incluso más lejos. Enfrentado a la Asamblea Nacional –contraria a una reforma constitucional que permitiera prolongar el mandato presidencial mediante la reelección–, el 2 de diciembre de 1851 encabezó una suerte de autogolpe militar. Antes de la madrugada, las tropas comandadas por el mariscal Saint-Arnaud tomaron posesión de la capital, ocuparon las imprentas para impedir que aparecieran periódicos opositores, cerraron los cafés (espacios de deliberación política por excelencia) y realizaron las primeras detenciones de los líderes montagnards[1] y republicanos que pudieran liderar una resistencia. Como las fuerzas armadas sitiaban el edificio de la Asamblea, dos centenares de legisladores se reunieron en la alcaldía del distrito X de París, pero fueron detenidos unas horas después. Unos 60 diputados montagnards y republicanos conformaron un Comité de Resistencia y recorrieron los barrios populares llamando al pueblo a levantarse contra el golpe. Al día siguiente se alzaron unas 70 barricadas en el Faubourg Saint-Antoine y otros enclaves del centro de París, pero los insurgentes fueron rápidamente derrotados. Luis Napoleón decretó el estado de sitio y ordenó unas 26.000 detenciones de republicanos, incluido el

propio Adolphe Thiers, varias veces primer ministro bajo el reinado de Luis Felipe. Algunos miles fueron condenados a la deportación en Argelia, algunas decenas a la prisión de Belle-Île-en-Mer, en la Haute-Boulogne, y otros tantos a Cayena, en la Guayana francesa. Muchas figuras de la oposición, como Victor Hugo o Edgar Quinet, marcharon entonces al exilio.

A las 6 de la mañana del 2 de diciembre, los muros de las calles de París ya estaban embadurnados con carteles que llevaban la firma de Luis Napoleón Bonaparte. En ellos, el presidente apelaba directamente "Al Pueblo Francés", por encima de las clases y los partidos en pugna. Enumeraba allí, entre otras reformas, la restauración del sufragio universal masculino, y convocaba a la ciudadanía a un plebiscito para los días 20 y 21 de diciembre para que se legitimase su dictadura. Menos de un año después, el 2 de diciembre de 1852, tras otro plebiscito en coincidencia con el aniversario del golpe, instauró el Segundo Imperio, convirtiéndose en "Napoleón III, emperador de los franceses".

Estos acontecimientos –una República que nació democrática y devino reaccionaria cediendo su lugar a un Imperio liberal– constituyeron un desafío para la comprensión de los contemporáneos. ¿Cómo explicar que el Segundo Imperio naciera de las entrañas de la República cuando esta misma apenas se había puesto en marcha? ¿Cómo entender el repentino encumbramiento de un actor que, según vimos, hasta entonces no había tallado en el juego político de la República? ¿Cómo interpretar el reiterado apoyo popular a una figura que a los ojos de sus opositores no era más que un aventurero sin escrúpulos? ¿Cómo definir la ideología política de Luis Napoleón, a caballo entre el republicanismo y la monarquía, el liberalismo y la restauración imperial, la modernización industrial y el tradicionalismo, la centralización autoritaria y el cesarismo plebiscitario? Y, sobre todo, ¿por qué este ciclo que iba a extenderse durante veinte años (1850-1870) de intenso desarrollo industrial, modernización urbana y afirmación imperial nacía con el "pecado original" de un golpe de Estado que había privado del poder a los representantes políticos y periodísticos del orden burgués? Este es el enigma que intenta descifrar Karl Marx en El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte.

Marx más allá del marxismo

Volvamos tres años atrás, al estallido de la Primavera de los Pueblos. Alentado por la expansión de la revolución, Marx había retornado a Alemania en 1848. Desde la ciudad de Colonia editó un periódico, la Neue Rheinische Zeitung [Nueva Gaceta Renana] y formó parte del ala democrático-radical del movimiento republicano. El rey de Prusia, no bien retomó el control de la situación, clausuró la publicación y lo expulsó del país. En mayo de 1849, Marx se trasladó con su esposa Jenny y sus tres hijos pequeños a Londres, que se convertiría en su ciudad de residencia hasta sus últimos días. Su esposa debió empeñar las joyas de la dote familiar para costear el viaje y, una vez en Londres, fue vendiendo por lotes la vajilla de plata en el montepío.

Las revoluciones europeas de 1848 constituyeron un acontecimiento extraordinario que puso a prueba la primera formulación de la concepción materialista de la historia elaborada por Marx y Engels en el manuscrito de La Ideología Alemana (1845-1846) y luego en el Manifiesto del Partido Comunista (1848). La crisis económica de 1847 y su transformación en crisis política, que habían precedido el estallido revolucionario, parecían confirmarla. La extensión europea del conflicto también era congruente con la tesis de la expansión capitalista, y otro tanto sucedía con el llamado a una organización de los trabajadores que excediera las fronteras nacionales. La teoría de las clases en lucha se mostraba como una herramienta imprescindible para explicar los acontecimientos de la coyuntura crítica del quinquenio 1848-1852, y la aparición del proletariado como clase independiente –que incluía en su programa la reivindicación de la República social, más allá de los límites de la República liberal preconizada por la burguesía– parecía ratificar la profecía del Manifiesto.

Sin embargo, acontecimientos impensados antes de 1848 obligaban a Marx a reformular su modelo teórico. El nacionalismo emergente en las revoluciones populares se convirtió en un punto ciego desde la perspectiva del Manifiesto, según la cual “los obreros no tienen patria”.[2] Además, el modelo suponía una burguesía unificada en sus fracciones, liderada por los capitalistas industriales y rectora del Estado. Con todo, la hegemonía política de la aristocracia terrateniente fue persistente en la mayor parte de Europa, incluso en países como Inglaterra y Alemania,[3] mientras que la experiencia fallida de la Segunda República demostró la incapacidad política de la burguesía francesa. Finalmente, a pesar de que la vanguardia obrera había librado luchas heroicas, el proletariado histórico no respondió al modelo marxiano de su “desideologización en acto”: para el Marx del Manifiesto, la realidad de la explotación capitalista concluiría revelándose para el proletariado en su verdad, en la medida que se le tornara

evidente la creciente polarización social e insoportable la experiencia directa de su propia explotación.[4] Si Marx quería explicar los procesos abiertos en 1848, debía reformular sus concepciones de la política, el Estado y la ideología.

Entonces, El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte no entraña una mera "aplicación" de su concepción de la historia a la coyuntura de la Segunda República francesa (1848-1852). En cambio, es resultado de un esfuerzo por reformular el modelo teórico para que fuera capaz de explicar procesos de otro modo inexplicables.

El reflujo de las luchas proletarias y populares podía explicarse en los términos materialistas clásicos por la prosperidad económica recobrada a fines de 1848, pero ¿cómo entender que no fuese la burguesía industrial aquella que finalmente hegemonizara el proceso político y conquistara el aparato de Estado, sino que el propio Estado adquiriera tan alto grado de autonomía frente a la burguesía? ¿Cómo explicar que la crisis política fuera resuelta por un desclasado, un individuo hasta hacía muy poco desprestigiado y exterior al sistema político como Luis Bonaparte? ¿Cómo entender que la burguesía industrial, la clase llamada a conducir los destinos del Estado francés, pudiera ser humillada por un don nadie en un acto que irrumpía a la vez como grotesco e irracional: un golpe de Estado que le permitió clausurar la Asamblea Nacional, dar por terminada la República burguesa y proclamarse emperador? En suma: ¿cómo comprender la anomalía del "bonapartismo"?[5]

Para descifrar el enigma y comprender este fracaso inesperado de 1851, Marx ofreció en El Dieciocho Brumario un fresco histórico de los acontecimientos que se iniciaron en la Revolución de Febrero de 1848 y desembocaron en el golpe de Estado de diciembre. Por cierto, la respuesta de Marx al enigma no fue la única, sino acaso la más perdurable de todas. Uno entre muchos intérpretes contemporáneos, Marx señaló en el prólogo a la segunda edición (1869) de su libro que ese ensayo había buscado evitar los riesgos de otras dos obras que aparecieron en la misma época: Napoléon le Petit de Victor Hugo y La révolution sociale démontrée par le coup d'État du 2 Décembre de Pierre-Joseph Proudhon.[6] En la primera, el acontecimiento parecía "un rayo que cayese de un cielo sereno[:] un acto violento de un solo individuo"; en la segunda, como el desenlace necesario de un proceso histórico previo. El futuro autor de Los Miserables dirigía su invectiva contra Bonaparte, sin advertir que "lo que hace es engrandecer a este individuo, en vez de empequeñecerlo". Proudhon, por su parte, creía que el movimiento social de 1848 entrañaba una necesidad tan

poderosa de realizarse que Luis Napoleón, a falta de un proyecto propio, se vería obligado a asumir el programa de la República social de Febrero. De este modo, su texto terminaba por convertirse en “una apología histórica del héroe del golpe de Estado”. Marx se propuso evitar la unilateralidad de esas perspectivas: aquella que ponía el foco sobre la acción (en definitiva, determinante) de un pequeño-gran hombre (Victor Hugo) así como aquella que hacía de ese hombre un mero exponente de las circunstancias históricas (Proudhon). El propósito de su ensayo –según explica el propio Marx en 1869– fue mostrar “cómo la lucha de clases creó en Francia las circunstancias y las condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe”.

Retengamos los términos de esta formulación, que es el modo en que el autor resume el meollo de El Dieciocho Brumario en 1869. En principio, observemos que no escribe que la lucha de clases en Francia había creado las circunstancias y condiciones para que un personaje menor se convirtiera en héroe, sino para que representara el papel de héroe. Y he aquí el signo distintivo de El Dieciocho Brumario: la problemática de la representación. Y no solo porque aborda la cuestión de la representación política en sentido lato (la relación entre las clases sociales y sus exponentes políticos e ideológicos), sino también porque pone en juego la dimensión imaginaria en los procesos de construcción de las identidades políticas.

Tal como ensayó en obras anteriores, Marx intenta una explicación de los acontecimientos en términos de la lucha entre las clases y las fracciones de clase, sus exponentes intelectuales y periodísticos al igual que sus representantes políticos, los partidos. Pero necesita ir más allá de esta inscripción de la ideología y la política en la estructura de las clases en lucha, precisamente porque la acción y la conciencia de los sujetos políticos no se correspondía punto por punto con sus supuestos intereses estructurales de clase. ¿De qué modo explicar, entonces, que los monárquicos de la Asamblea Nacional aparecieran como ardientes republicanos, que el futuro emperador fungiera como el demócrata defensor del sufragio universal (masculino) y el campeón del laicismo, que el proletariado y el artesanado francés no votaran masivamente por los candidatos de la República social?

Para resolver el enigma del bonapartismo (la creciente y desconcertante aprobación plebiscitaria que conquista el vástago de una dinastía incierta entre las más diversas clases y sectores sociales), Marx se ve obligado a indagar en el complejo universo que media entre las posiciones estructurales de clase y las

representaciones políticas. El carácter innovador de esta obra –con respecto a sus producciones previas– está dado por la significación social que otorga al juego propio de las representaciones, al espesor de los imaginarios colectivos, a la inercia de la memoria, al peso de los muertos obsesionando el espíritu de los vivos.[7] El Dieciocho Brumario concibe una opacidad de los procesos políticos reales para la conciencia de los actores sociales y políticos que contrasta con el optimismo cognoscitivo del Manifiesto Comunista (1848). Incluso las expectativas revolucionarias todavía latentes en La lucha de clases en Francia (1850), escrito apenas un año y medio antes, ya no tienen lugar en esta obra de 1852: el optimismo político de Marx por las luchas sociales de su presente aparece desplazado como optimismo histórico. Según entiende Marx mismo, las revoluciones que estallen en el próximo ciclo sabrán corregir las ilusiones de las revoluciones fallidas de la primera mitad del siglo XIX.

La clausura de un ciclo revolucionario

Sí, apenas un año y medio antes, Marx había ensayado magistralmente esta perspectiva en una serie de artículos sobre el decurso de la revolución francesa de 1848. Habían aparecido durante 1850 en un proyecto que Marx redactaba desde Londres y se imprimía en Hamburgo: la Neue Rheinische Zeitung –subtitulada Politisch-ökonomische Revue [Revista Económico-Política] en esa etapa–. Años después de la muerte de Marx, Engels recopiló estos artículos en lo que a comienzos del siglo XX se convertiría en un punto de referencia dentro de las obras marxianas: La lucha de clases en Francia.[8] En el momento en que Marx redactaba estos artículos, se hacía evidente que la Revolución de Febrero había sido derrotada. Sin embargo, lo que el articulista de la Neue Rheinische Zeitung se proponía sostener era que “lo que sucumbía en estas derrotas no era la revolución”, sino “los tradicionales apéndices prerrevolucionarios, las supervivencias resultantes de relaciones sociales que aún no se habían agudizado lo bastante para tomar una forma bien precisa de contradicciones de clase”. En estas condiciones, el joven proletariado francés –que no estaba libre de “ilusiones”– “era todavía incapaz de llevar a cabo su propia revolución”. Con la experiencia de sus luchas, sus conquistas y sus derrotas, finalmente comprendería que el advenimiento de la República no consistía en la esperada emancipación del trabajo, sino apenas en la conquista del “terreno para luchar

por su emancipación proletaria". La tan ansiada República no era otra que la República burguesa, la forma política adecuada mediante la cual iba a "completar[se] la dominación de la burguesía, incorporando a la esfera del poder político, junto a la aristocracia financiera, a todas las clases poseedoras".[9] Sin embargo, la dialéctica propia de la contrarrevolución burguesa "preparaba el mecanismo de la revolución": "Los campesinos, los pequeños burgueses, las capas medias en general", viéndose "empujados a una oposición abierta contra la república oficial y tratados por esta como adversarios", se iban "colocando junto al proletariado". Los más diversos partidarios de reformas sociales –en especial, quienes expresaban las pretensiones más modestas de clases medias– se veían de pronto "obligados a agruparse en torno a la bandera del partido revolucionario más extremo, en torno a la bandera roja".[10]

Así, La lucha de clases en Francia es una obra con final abierto. De su texto se desprendía la posibilidad (si no la necesidad) de que las graves confrontaciones entre las dos grandes fuerzas políticas que tensionaban a la Segunda República francesa (el Ejecutivo en manos de Luis Bonaparte y la Asamblea parlamentaria dominada por las diversas fracciones burguesas que componían el Partido del Orden) se resolvieran por medio de una revolución proletaria. Semejante salida aparece cancelada en El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte, escrito después del golpe de Estado de diciembre de 1851 y en vísperas de la proclamación del Imperio.

El Ejecutivo había ganado la partida por sobre los partidos burgueses y la gran prensa nacional que los sostenía, llevando la autonomización del Estado a un nivel impensado por el autor de los artículos de La guerra civil en Francia. Lo que hasta entonces tenía visos de anomalía transitoria –el abrumador triunfo electoral del "príncipe-presidente" en las elecciones del 10 de diciembre de 1848, en cuya figura cada una de las clases y facciones de clase habían proyectado imaginariamente su representación– se afirmaba como una sólida realidad. Como vimos, Luis Napoleón no solo había consumado un golpe de Estado el 2 de diciembre de 1851, sino que inmediatamente lo legitimaba con un plebiscito el 21 de ese mes. Incluso un año después, un nuevo plebiscito le permitía poner fin a la república y proclamarse emperador, humillando a la poderosa burguesía francesa. Quien en 1848 aparecía como un simple advenedizo terminó por demostrar que había llegado para quedarse.

A partir del golpe de Estado, Marx entendió que no bastaba con añadir un capítulo final a la serie de artículos de La lucha de clases en Francia. Era

necesario reescribirla, dando mayor espesor explicativo a las representaciones y autorrepresentaciones políticas, y sobre todo a los procesos de formación de los imaginarios colectivos. Esta nueva obra nos presenta a los actores de este drama histórico atrapados en el juego de sus estrechos intereses y de sus ilusiones, y también expone cómo el Estado, que hasta el Manifiesto era concebido por Marx como "una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa", podía alcanzar semejante autonomía frente a esta misma clase.

En los artículos de La lucha de clases en Francia, Marx ya había puesto en juego la dialéctica entre lo real y lo imaginario, el contenido y la frase, lo profano y lo sagrado, el rostro y la máscara, la persona y el ropaje. Sin embargo, como Pierre Ansart ha señalado agudamente, en aquellos artículos esperanzados de 1850 la línea descendente que iba desde la explosión popular de Febrero al encumbramiento de Luis Napoleón –señalada en el texto mismo de El Dieciocho Brumario– se cruzaba con una línea ascendente en la cual la realidad lograría manifestarse en su verdad, disipando las ilusiones y las frases, las supersticiones y las máscaras. Según Ansart, "este movimiento en que emerge lo real no sería otro que el partido revolucionario en tren de realizar la revolución social mediante la destrucción de lo imaginario". Para el Marx de La lucha de clases en Francia, esta dimensión imaginaria asumía un papel efectivo en el juego de las representaciones, pero reducido aún al estatuto de lo inesencial, al nivel de lo ilusorio, que bastaría simplemente con denunciar para poner al descubierto la resistencia suficiente de lo real.[11]

Sin lugar a duda –prosigue Ansart–, la explicación de tan inesperada situación debía buscarse, "en última instancia", en la prosperidad económica recobrada a fines de 1848 y acrecentada desde entonces. Pero si el nuevo ciclo económico expansivo permitía entender el eclipse del descontento popular y el aislamiento de los jefes revolucionarios, era necesario explicar la extraña "farsa" en la que, tras tantas luchas y convulsiones, la sociedad no se había mostrado capaz de erigir un nuevo Estado, sino que el Estado mismo parecía volver a la antigua forma de dominación militar-imperial. "Es entonces cuando Marx propone buscar las causas de este fracaso en la relevancia de los imaginarios colectivos y, particularmente, en el peso de los recuerdos que obsesionan el espíritu de los vivos".[12]

La danza de los espectros y las labores de zapa

El encumbramiento definitivo de Luis Napoleón fue un duro golpe para los exiliados alemanes, entre quienes Francia seguía siendo el epicentro de las expectativas revolucionarias.[13] En un principio Marx concibió su ensayo para ellos, a pedido de su amigo Joseph Weydemeyer, un exoficial prusiano que había tomado parte activa en las revoluciones de 1848. Emigrado por razones económicas a Estados Unidos, Weydemeyer estaba por lanzar en la ciudad de Nueva York un periódico en idioma alemán, Die Revolution [La Revolución], destinado a la numerosa comunidad germana migrante.[14]

Marx tenía abundante material a disposición. Había estudiado a los historiadores de la Revolución durante sus tres estadías en París (octubre de 1843-febrero de 1845, marzo-abril de 1848 y junio-agosto de 1849). Incluso fuera de Francia, no había dejado de seguir los acontecimientos políticos del país, leyendo la prensa francesa primero desde Colonia y luego en Londres. Los diarios londinenses le ofrecían además una cobertura detallada del golpe de diciembre.[15] Pero si quería hacer su propia cobertura periodística de un acontecimiento reciente, Marx debía enviar en lo inmediato al menos tres artículos, uno por semana.

A pesar del apremio con que lo escribió, en El Dieciocho Brumario Marx hace gala de una prosa deslumbrante, equiparable a la que había desplegado en Sobre la cuestión judía, la Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel o el Manifiesto Comunista (y que volverá a exhibir en algunos tramos de El capital). Aparecen aquí una serie de frases epigramáticas que terminarán por desgajarse del texto original para convertirse en verdaderas sentencias de uso universal, tales como

La historia sucede dos veces, pero primero como tragedia y luego como farsa.

La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos.

Los hombres hacen la historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas que les han sido legadas por la tradición.

La revolución no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir.

O el dictum shakespeariano “¡Bien has cavado, viejo topo!”. Por medio de este último, Marx trama una vez más un juego intertextual con la obra de Hegel, aunque solo lo cite explícitamente una vez en El Dieciocho Brumario. (Enseguida veremos en detalle esa remisión a Shakespeare).

Es ya célebre el párrafo con el que Marx da inicio a El Dieciocho Brumario:

Hegel señala, en alguna parte, que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, por así decir, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y la otra como farsa. Caussidière por Danton, Luis Blanc por Robespierre, la Montaña de 1848 a 1851 por la Montaña de 1793 a 1795, el sobrino por el tío. ¡Y la misma caricatura en las circunstancias que acompañan a la segunda edición del 18 Brumario!”.[16]

Como ya había sucedido en otras oportunidades, una carta de su amigo Friedrich Engels dio pie al texto de Marx. Su amigo, al día siguiente del acontecimiento, le ofrecía no solo el leitmotiv de la reiteración farsesca del golpe del 9 de noviembre de 1799 (18 Brumario del año VIII, según el calendario republicano) con que Napoleón Bonaparte puso fin al Directorio durante la Primera República francesa, sino que también aportaba el tenor entre despectivo y burlesco que Marx iba a adoptar en su ensayo político. Escribía Engels desde Mánchester el 3 de diciembre:

¿Se puede imaginar algo más divertido que esta parodia del 18 Brumario, realizada en tiempo de paz por el hombre más insignificante del mundo con ayuda de soldados descontentos, sin oposición alguna, en la medida en que ha sido posible juzgar? ¡Y cuán bellamente se han visto atrapados todos los viejos imbéciles! ¡El zorro más astuto de toda Francia, el viejo Thiers, y el abogado más astuto del barreau [el foro parisino], Monsieur Dupin, atrapados en la trampa que les tendió el buey más famoso del siglo; capturados tan fácilmente como la obstinada virtud republicana de Monsieur Cavaignac y como el bravucón de Changarnier! Y para completar el cuadro, un Parlamento a la

defensiva con Odilon Barrot como el león de hojalata, ¡el mismo Odilon exigiendo ser arrestado por dichas infracciones contra la Constitución pero incapaz de marchar a Vincennes![17]

Y líneas más abajo añadía:

Pero después de lo que vimos ayer, no hay nada que decir a favor del peuple [pueblo], y realmente parece como si el viejo Hegel guiara la historia desde su tumba como un Espíritu universal donde todo pudiera ser hilado concienzudamente dos veces, la primera como gran tragedia, y la segunda como una pésima farsa. Caussidière por Danton, L[ouis] Blanc por Robespierre, [Emmanuel] Barthélemy por Saint-Just, [Ferdinand] Flocon por Carnot, y el tonto [Luis Napoleón] con la primera docena de lugartenientes entrampados que encontró a mano, por el Pequeño Cabo [Napoleón Bonaparte][18] y su Tabla Redonda de mariscales. Vemos entonces cómo hemos llegado al 18 Brumario. [19]

Marx hizo suya la lectura perspicaz de Engels, que incluso le proporcionó el título de su obra. Pero fue más allá de su amigo, al atribuirle al bonapartismo una entidad teórico-política que excedía una mera farsa.[20]

Otra de las imágenes poderosas de El Dieciocho Brumario hace gala del recién mencionado juego intertextual entre Hegel y Shakespeare, que José Sazbón reseñó en un ensayo deslumbrante.[21] Cuando Marx señala que el ciclo revolucionario abierto en 1848 ya se ha clausurado, se vale de la imagen hegeliana del “viejo topo” de la historia para expresar asimismo que el ciclo de las revoluciones modernas apenas si había comenzado. Por debajo de la positividad de la historia visible, Marx apela a esa metáfora para poner de manifiesto el trabajo subterráneo de la negatividad histórica. La Revolución de 1848 había llevado a la perfección el sistema parlamentario para terminar derrocándolo; el bonapartismo estaba llevando ahora la centralización y la concentración del poder del Estado burgués a su máxima expresión, facilitando así las condiciones para la toma del poder político que llevaría a cabo la futura revolución proletaria. “Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda

parte de su labor preliminar” –escribe Marx–, “Europa se levantará, y gritará jubilosa: ‘¡Bien has cavado, viejo topo!’”.[22]

Ya Hegel había tomado prestada la metáfora de Hamlet (Well said, old mole!, esto es, “¡Bien dicho, viejo topo!”) para referirse al incesante movimiento subterráneo del espíritu fantasmal de su padre, el Espectro, que con sus señales va guiándolo en su empeño vindicador.[23] Pero Marx escinde y contrapone en El Dieciocho Brumario la labor negativa del topo del espectro de la Revolución de 1789 que los revolucionarios inexpertos hicieron vagar todavía en 1848. En Hegel, el topo pasa a ser la imagen del trabajo invisible del Espíritu, “que cava, no pocas veces, bajo tierra […] completando así su obra”.[24] En Marx, el trabajo del topo es una metáfora del decurso irreversible de las revoluciones modernas: estas prosiguen su camino subterráneo a pesar de la estabilización transitoria del orden burgués. El topo cava sus galerías ya no en el terreno de las formas del pensamiento, sino en el de las formas políticas. Quien “se abre paso en la realidad” ya no es el Filósofo, sino el moderno Proletariado.[25]

Vicisitudes de una edición

Marx empezó a escribir el primer capítulo en el mismo mes de diciembre de 1851. Según carta de Jenny Marx a Friedrich Engels del 17 de ese mes, “apenas el Moro [Marx] regresó del Museo [Británico], comenzó a quemarse los dedos con el asunto francés”.[26] Pero un ensayo como el que estaba redactando requería un tiempo de elaboración que hacía imposible que los artículos llegaran a tiempo a Nueva York para ser publicados en enero de 1852 en el periódico de los emigrados alemanes. Como ya le había sucedido en el pasado, y volvería a acontecerle en el futuro, Marx se vio obligado a darle explicaciones a su editor. No solo se demoraba en los plazos de entrega, sino que su ensayo iba creciendo en extensión más allá de lo previsto. En carta a Weydemeyer del 19 de diciembre, Marx le informaba a su amigo que era imposible remitirle el primer capítulo ese mismo día: “Estoy sentado y trabajando en el ensayo para ti. Tu pedido se realizó demasiado tarde para cumplirse hoy”. Prometía concretar el primer envío cuatro días después, el martes 23 de diciembre, con un título que le había sugerido la citada carta de Engels: El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte.[27]

En una nueva carta, el 16 de enero Marx le explicaba a Weydemeyer que no había podido despachar el tercer capítulo de su obra porque un malestar lo había tenido dos semanas en cama.[28] El 23 de enero le anunciaba el envío de dos nuevos capítulos (el III y el IV) en los días siguientes.[29] Una semana después, despachaba el cuarto artículo a Nueva York[30] y el 17 de febrero, el quinto. Pero la obra –concebida inicialmente en tres capítulos, luego extendida a dos más– no concluiría allí: Marx le explicaba a Weydemeyer que “la cosa parece crecer por sí sola, de modo que recibirás dos nuevos artículos”, el sexto y el séptimo.[31] El 20 de febrero volvió a escribirle avisándole que sus problemas económicos le habían impedido concluir esos dos capítulos finales, y se comprometía a enviarlos el martes 24 y el viernes 27 de ese mes, respectivamente.[32] Llegada esta última fecha, Marx se disculpaba con Engels por remitirle esta vez una carta breve: “Estoy ocupado dictando un artículo para We[ydemeyer], y enviando y corrigiendo las restantes contribuciones para él”.[33] Finalmente, el último capítulo fue despachado el 25 de marzo.[34]

Estas demoras en la redacción hicieron que las primeras colaboraciones de Marx no llegaran a tiempo para ser incluidas en el periódico, que por otra parte solo había alcanzado a publicar dos números (el 6 y el 13 de enero). Así, en carta del 20 de febrero, Marx le sugería a Weydemeyer publicar el texto completo como folleto.[35] Ayudado por otro emigrado alemán (el arquitecto Adolf Cluss), Weydemeyer lanzó el 1º de mayo de 1852 una revista con el mismo nombre del periódico, Die Revolution, en cuyo primer número se publicó íntegro el ensayo de Marx bajo el título Der 18te Brumaire des Louis Napoleon [El Dieciocho Brumario de Luis Napoleón]; con un breve prólogo del editor, alcanzaba las 62 páginas.

Esta primera edición, de unos 1000 ejemplares, apenas tuvo circulación. En un principio, porque la revista no pasó de ese número inicial. Además, porque la escasez de recursos obligó a imprimirla en un cuerpo tipográfico pequeño. Engels le señaló al editor que la lectura se hacía incómoda y Marx se quejó de la cantidad de erratas.[36] Por añadidura, las dificultades financieras de Weydemeyer le impidieron retirar de la imprenta la mitad del tiraje.[37] Alrededor de 150 ejemplares fueron vendidos por Weydemeyer y Cluss a suscriptores de Die Revolution dispersos entre Nueva York, Filadelfia, Baltimore, Richmond, Cincinnati, Washington y otras ciudades de los Estados Unidos. Otros 300 ejemplares debían ser despachados a Europa, de los cuales 50 se venderían en una librería de Londres y 250 debían distribuirse en Alemania. Marx mismo comprometió a Nikolaus Trübner, editor y librero, para que

recibiera algunos ejemplares en su local de Londres y enviara otros tantos a Alemania por intermedio del distribuidor Julius Campe.[38] Pero unos y otros se demoraban en llegar. El 15 de mayo Marx le pedía a Cluss que intercediera ante Weydemeyer para que enviase los 300 “brumarios” pactados, pues había conseguido un librero en Colonia dispuesto a venderlos.[39] El 11 de junio Engels había recibido unos pocos ejemplares en Mánchester y le reclamaba nuevamente a Weydemeyer el envío de los 300 prometidos.[40] El 2 de septiembre Marx le informó a Engels que apenas había recibido 10 copias.[41] Por otra carta del 25 de octubre sabemos que Marx recibió 130 ejemplares despachados por Cluss.[42] De una carta posterior de Marx a Cluss se deduce que al menos cierta porción de los 300 finalmente arribó a Europa, pero ya en una ocasión inoportuna: entretanto, había comenzado el proceso a los comunistas de Colonia.[43] Marx señala escuetamente en el prólogo a la segunda edición: “Algunos cientos de ejemplares de este cuaderno salieron camino de Alemania, pero sin llegar a entrar en el comercio de libros propiamente dicho”.[44]

Pocos años después, esta edición se había convertido en una rareza bibliográfica. El socialista Wilhelm Liebknecht visitó a Marx en Londres en 1863 y llevó algunas copias de El Dieciocho Brumario a Berlín, pero sus esfuerzos para que la obra se reeditara en Alemania fueron vanos.[45] Tampoco dieron resultado las tentativas de Marx para que otro editor –F. Streit en Cobourg, Inglaterra, o Jakob Lukas Schabelitz en Basilea– lanzara una nueva tirada, e igual de infructuoso fue el intento de que un librero de Londres emprendiera una edición en inglés.[46] Marx finalmente consiguió que en 1869 Otto Meissner publicara en Hamburgo una segunda edición, en la que hizo algunas correcciones, omitió algunos tramos y añadió un prólogo. Además, el título fue reemplazado por el definitivo. La de Weydemeyer y la de Meissner fueron las únicas ediciones publicadas en vida de Marx.

En 1885, dos años después de la muerte de su amigo, Engels hizo publicar una tercera edición en alemán, a la que añadió un prefacio. La primera traducción italiana apareció en Roma en 1896 y la primera versión al inglés, en Nueva York en 1898, mientras que en ruso el texto vio la luz en 1894 en Ginebra por iniciativa de los exiliados. La primera traducción francesa, realizada por un joven líder del naciente Partido Obrero Francés, apareció en Lille en 1891. Una segunda versión francesa fue publicada en París en 1900 por una editorial de divulgación científica en un volumen compartido con La lucha de clases en Francia. El libro ingresó definitivamente en el canon marxista cuando David

Riazánov lo incluyó en la edición crítica de las obras de Marx-Engels conocida como MEGA (Marx-Engels-Gesamtausgabe) y luego fue traducido por Jules Molitor para la edición popular de Œuvres de Marx y Engels que realizó en pequeños volúmenes Alfred Costes durante las décadas de 1920 y 1930. La primera versión castellana apareció en Buenos Aires en 1934, bajo el sello de Claridad, meses antes de que apareciera en Madrid la primera edición española.[47]

A partir de la segunda posguerra, en pocos años se sucedieron las ediciones, en más de 30 lenguas. En un principio, fue publicado por las casas editoras vinculadas al comunismo, como Éditions Sociales de París, Dietz de Berlín o Anteo de Buenos Aires; pero enseguida tomaron el relevo sus colegas comerciales. Por su parte, las Ediciones en Lenguas Extranjeras de Moscú, luego denominadas Editorial Progreso, lo publicaron no solo en ruso sino también en español, francés, inglés y en las diversas lenguas de las repúblicas que componían la Unión Soviética. Solamente entre 1931 y 1970, este centro babélico de cultura marxista había lanzado 53 ediciones (16 de ellas en ruso), acumulando un tiraje total de 1.400.000 copias.[48] Hacia la década de 1950, un siglo después de su primera edición, este ensayo que tantas dificultades de circulación había encontrado en el siglo XIX estaba disponible en todo el globo, tanto en versiones anotadas como en ediciones populares. Su radio de difusión y de lectura había excedido el universo comunista, y lo había convertido en un clásico del pensamiento político moderno.

Actualizaciones

Se han señalado numerosos puntos ciegos de este texto de Marx. Es indudable que el menosprecio político por la figura de Luis Bonaparte (compartido por casi todos sus contemporáneos) hacía difícil ver al propulsor del desarrollo y la modernización capitalista que tuvieron lugar durante las dos décadas en que se extendió el Segundo Imperio francés (1852-1871). Asimismo, se ha observado que la concepción del Estado como una maquinaria artificiosa y parasitaria heredada de la monarquía absoluta, y restringida a su dimensión represiva (militar) y opresiva (burocrática) sobre la sociedad civil[49] (enfoque dominante en el universo marxista al menos hasta la difusión de los Cuadernos de la cárcel

de Antonio Gramsci), eclipsó la dimensión productiva que le cupo al Estado moderno en la gestación misma del orden capitalista y en su expansión mundial.[50]

La visión negativa de Marx sobre el campesinado como una clase necesariamente conservadora (“la barbarie dentro de la civilización”), una suerte de “no clase” estructuralmente incapaz de construir su propia representación política, fue puesta en entredicho como “un caso de dogmatismo social”[51] e incluso fue reiteradamente cuestionada dentro de la tradición marxista.[52] En primer lugar, perdió peso en la cultura marxista contemporánea por el rol decisivo que les cupo a las clases campesinas en los procesos revolucionarios y descolonizadores de la periferia capitalista durante la segunda mitad del siglo XX. Y más recientemente, porque las luchas contemporáneas por la tierra, los recursos naturales y los alimentos que desde 1992 llevan adelante los movimientos de la Vía Campesina abren una perspectiva global para el combate anticapitalista impensable dentro del marco conceptual de El Dieciocho Brumario.[53] Puede alegarse a favor del autor de esta obra que –mucho antes de esos procesos, ante la “vía rusa al socialismo” abierta por los populistas en la década de 1870– el Marx tardío tendría oportunidad de reconsiderar su visión excluyentemente negativa del sistema de valores orgánico del mundo campesino.[54]

El historiador británico Gareth Stedman Jones, por su parte, señaló que el ensayo de Marx subestimaba la más importante de las conquistas de 1848: el surgimiento de “una modalidad novedosa de política democrática resultante de la participación directa del ‘pueblo’ (o, al menos, de los varones adultos) en el proceso electoral”.[55] En sentido semejante, otro de los biógrafos de Marx afirmó que los socialistas franceses que aquel ridiculizaba en El Dieciocho Brumario eran los contactos que había cultivado en los años previos al estallido de la Revolución de Febrero y que habían ayudado a que él y sus colaboradores abandonaran Bruselas y se instalaran en Colonia en la primavera de 1848. Se burlaba de las ilusiones que abrigaban de repetir 1789 en 1848, pero el propio Marx, “como editor de la [Neue Rheinische Zeitung] y en el seno del movimiento democrático alemán[,] se había centrado precisamente en la evocación de la Revolución de 1789”. La nueva gaceta lanzada por Marx en 1848 llevaba justamente por subtítulo “Órgano de la Democracia”. Sperber concluye que El Dieciocho Brumario “constituye un ejemplo especialmente extremo de la práctica de Marx de ejercer la autocrítica a través de la crítica de los demás”.[56][]

Estas y otras observaciones críticas que sería ocioso resumir aquí no impidieron que El Dieciocho Brumario se transformara en un clásico del pensamiento político moderno. Tampoco impidieron que, como todo clásico, se proyectara sobre diversas ramas del conocimiento contemporáneo, incluso más allá del marxismo. En ese sentido, el testimonio del antropólogo Claude Lévi-Strauss es elocuente:

La lectura de Marx me arrebató tanto más cuanto que a través de este gran pensador me ponía por primera vez en contacto con la corriente filosófica que va de Kant a Hegel. Desde ese instante, este fervor nunca se vio contrariado y rara vez me pongo a desentrañar un problema de sociología o de etnología sin vivificar mi reflexión previamente con algunas páginas del Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte o de la Crítica de la Economía Política.[57]

La corrección marxiana a la filosofía de Hegel –la historia que acontece primero como tragedia y luego como farsa– ha sido retomada por infinidad de autores en los contextos más diversos. Por ejemplo, en el epílogo a la edición alemana de 1965 de El Dieciocho Brumario, el filósofo Herbert Marcuse señalaba que el análisis de Marx anticipaba los totalitarismos del siglo XX: la república parlamentaria devenida aparato político-militar, a cuya cabeza un líder carismático tomaba las decisiones que la propia burguesía ya no era capaz de asumir, mientras el proletariado se apartaba de la escena. Con las experiencias del fascismo y el nazismo –concluía Marcuse–, la farsa era más temible que la tragedia que la precedió.[58] Medio siglo después, el filósofo esloveno Slavoj Žižek ha observado que el liberalismo contemporáneo murió dos veces a comienzos del siglo XXI: primero como tragedia, con los atentados a las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001, y durante la crisis capitalista de 2008 como farsa, inyectando miles de millones de dólares en el sistema bancario con el fin de estabilizar los mercados financieros.[59]

Recientemente, el filósofo alemán Peter Sloterdijk ha visto en estas imágenes de la repetición una suerte de “ley de la duplicación” que domina los acontecimientos históricos en los que la burguesía manifiesta su interés por la libertad: “El burgués es la máscara del alma del dinero” –sostiene Sloterdijk–.

Al parecer, mientras que en la primera actuación heroica siempre se trata de la libertad, de la libertad sin un epíteto, de la libertad del sujeto que se posiciona, del que comienza de nuevo sin ninguna condición previa, las recreaciones muestran que, en última instancia, solo la libertad de los intereses burgueses últimos pudieron significar: hacer dinero con el menor esfuerzo posible a expensas de los demás; en resumen: la libertad de pensiones y réditos, la libertad de la circulación de bienes y dinero, que debe empezar como un deseo de libertad de conciencia para terminar como la libertad de la conciencia. Cuanto más tarde se vuelve a recrear una obra revolucionaria, menos disimulado debe aparecer en ella, según Marx, el interés material de los actores, más rápido se intercambian los héroes de la libertad por los liberales con fines de lucro, más cínicamente los accionistas se sacan la máscara idealista en el teatro liberal, para llegar con toda franqueza a su asunto principal y sus cuestiones de capital.[60]

Las reverberaciones contemporáneas son incontables. Se ha señalado incluso que esta visión de la repetición histórica como pesadilla resuena en el Ulises, cuando James Joyce le hace decir a Stephen Dedalus: “La historia es una pesadilla de la que intento despertar”.[61]

El tramo siguiente en el que Marx refiere a una dialéctica entre sujeto y estructura (“Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidos por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado”) constituyó una referencia obligada para aquella que Ernst Bloch llama corriente cálida del marxismo, que desde Antonio Labriola hasta Antonio Gramsci y Rodolfo Mondolfo consideró a la acción humana como motor de la historia.

Sin embargo, en la profesión de fe ontogenética de Marx, el énfasis está puesto en las circunstancias heredadas del pasado que vienen a poner límites y a ejercer presiones sobre la acción humana. Dicha estructura que fija condiciones no aparece en El Dieciocho Brumario constituida simplemente por las relaciones de producción. Las relaciones no se presentan al desnudo, de modo evidente, a los ojos de los actores sociales, sino que aparecen significadas, mediadas por la política e incluso por la memoria, vale decir, por símbolos, por imágenes, por

lenguajes. En ese sentido, El Dieciocho Brumario abrió el camino a la elaboración de la teoría de los imaginarios sociales de Cornelius Castoriadis, a la formulación de la noción de imaginario colectivo de Edgar Morin o al enriquecimiento de la teoría de las ideologías de Pierre Ansart.[62] También, más recientemente, se ha señalado que la obra de Marx habría anticipado las "perspectivas teórico-discursivas sobre la índole performativa del lenguaje, la constitución discursiva de identidades e intereses y su papel en la configuración de las formas y términos de la lucha política": en este sentido, el politólogo británico Bob Jessop invitó a leerla "como una contribución a la crítica de la economía semiótica".[63]

Con El Dieciocho Brumario, la dimensión política adquiere en el pensamiento de Marx un peso explicativo sustantivo (y no derivado) del proceso económico. Lo político aparece aquí no como una superestructura de lo económico ni como una expresión directa de lo social (las clases sociales y sus fracciones de clase), sino, por el contrario, instituyendo lo social. Es que sin reconocer un espesor mayor, cierta opacidad, a la relación entre posiciones de clase y acciones políticas –en suma, sin atribuir una autonomía a la dimensión política–, resultaba imposible descifrar el enigma del golpe de Estado de 1851. Así, este ensayo de Marx es también el punto de referencia para aquella perspectiva que, con inicio en Antonio Gramsci, y continuada por Nicos Poulantzas, Biagio de Giovanni y Giacomo Marramao, ha postulado la tesis de la autonomía de lo político.[64]

Bonapartismo, cesarismo, populismo

El Dieciocho Brumario fue también el punto de partida de una abundante producción sobre el fenómeno del bonapartismo. A partir de la difusión internacional de este libro, el bonapartismo dejó de designar a una breve y cuestionada dinastía francesa decimonónica en disputa con los partidarios de otras dos casas reales (los legitimistas y los orleanistas), para pasar a designar un régimen político de excepción vigente bajo diversas formas durante el turbulento siglo XX. En la cultura marxista (y más allá de ella), el término "bonapartismo" empezó a caracterizar una situación de polarización social entre clases antagónicas que, al neutralizarse mutuamente en la arena política, permitían que surgiese una tercera fuerza, liderada por una figura en cierto

modo exterior al sistema y capaz de concentrar la suma del poder político apelando directamente al pueblo, por encima del sistema tradicional de representación. Diversos intérpretes apelaron a esta forma híbrida –que combinaba elitismo y plebeyismo, autoritarismo y democracia plebiscitaria, sociedad organizada jerárquicamente y unión nacional por encima de las clases– para definir en el siglo XX fenómenos políticos que no se dejaban encasillar fácilmente en la izquierda, la derecha ni el centro clásicos. Friedrich Engels fue el primero que amplió el uso de ese término para referirse al régimen liderado por el canciller Otto von Bismarck durante el proceso de unificación alemana y de fundación del Imperio,[65] aunque muchas veces en su correspondencia el bonapartismo aparece solapado con la noción más imprecisa –pero más usual por entonces– de "cesarismo".[66]

Como se hace evidente en el prólogo a la segunda edición, Marx rechazaba para los tiempos modernos el término "cesarismo" –que, antes bien, designa un régimen político propio de la Antigüedad clásica, fundado sobre el liderazgo popular de un jefe militar exitoso que ejerce un poder fuerte a expensas de las élites oligárquicas–.[67] Luis Napoleón no había sido el procónsul que construyó durante años un liderazgo político-militar triunfando en la Guerra de las Galias: el súbito encumbramiento de este "pequeño hombre" encontraba su explicación en "circunstancias y condiciones" creadas por la "lucha de clases" moderna. Sin embargo, para entonces la noción de cesarismo había conquistado un uso generalizado a escala global. El mismo año en que Marx escribía el prólogo a esa segunda edición, el argentino Juan Bautista Alberdi comenzaba la redacción de El crimen de la guerra, donde incluso las repúblicas de América del Sur aparecían sometidas a "un cesarismo sin corona".[68]

A comienzos del siglo XX el término "cesarismo" adquiría carta de ciudadanía académica al ingresar en la incipiente ciencia política. Max Weber hablaba de cesarismo democrático (o plebiscitario) para definir la vigencia de una de las tres formas ideales de autoridad (el liderazgo carismático) en las democracias contemporáneas.[69] La forma de autoridad personal-plebiscitaria aparecía en Weber como una respuesta al desencanto generado por la política moderna devenida mera maquinaria burocrático-administrativa.

Como adelantamos, el italiano Antonio Gramsci también cede al uso corriente de la noción de cesarismo, muy frecuente en la tradición política italiana. En su Cuaderno XIII (XXX), titulado Notas breves sobre la política de Maquiavelo, hace un uso indistinto con el concepto de bonapartismo. El marxista sardo

considera al cesarismo como la solución más probable a una crisis orgánica (crisis de representación) en que las dos fuerzas fundamentales de una sociedad quedan empatadas en tal medida que la prosecución de su lucha abriría una perspectiva catastrófica. Dicho empate catastrófico suele resolverse con la irrupción de una tercera fuerza, a menudo liderada por una “gran personalidad”, un gran mediador que termina por prevalecer, sometiendo a esas otras dos fuerzas en pugna. Gramsci encuentra en la historia moderna casos de “cesarismo progresista” (Cromwell y Napoleón I) así como de “cesarismo regresivo” (Napoleón III, Bismarck y, en el contexto inmediato, Mussolini).[70]

Simultáneamente, León Trotsky hacía un uso aún más extendido del término “bonapartismo” cuando lo utilizaba para descifrar la naturaleza del régimen soviético bajo Stalin. Para el autor de La revolución traicionada (1936), el fracaso de la revolución en Europa y el consiguiente aislamiento del naciente Estado obrero habían propiciado el empoderamiento de una casta gobernante a la cual denominó “burocracia”. Al dirigirse a la clase obrera sin mediación política, el régimen controlado policialmente por la burocracia adoptaba un carácter bonapartista:

Elevándose sobre una sociedad políticamente atomizada, apoyado sobre la policía y el cuerpo de oficiales, sin tolerar ningún control, el régimen estalinista constituye una variedad manifiesta del bonapartismo, de un tipo nuevo, sin semejanza hasta ahora. El cesarismo nació en una sociedad fundada sobre la esclavitud y trastornada por las luchas intestinas. El bonapartismo fue uno de los instrumentos del régimen capitalista en sus períodos críticos. El estalinismo es una de sus variedades, pero sobre las bases del Estado obrero, desgarrado por el antagonismo entre la burocracia soviética organizada y armada, y las masas trabajadoras desarmadas.[71]

Mientras la teoría de la burocracia de Trotsky fue retomada en el pensamiento europeo contemporáneo por los teóricos de la autonomía de lo político (en buena medida, gracias a la mediación de Claude Lefort),[72] los escritos del revolucionario ruso sobre el carácter bonapartista de los regímenes nacionalistas latinoamericanos arraigaron profundamente en el nuevo continente. El propio Trotsky introdujo la categoría de bonapartismo en su discusión con los

trotskistas mexicanos, que entendían al régimen nacido de la Revolución de 1910 como equivalente al Porfiriato, en tanto no representaba más que un nuevo momento en el desarrollo del capitalismo. Para el líder exiliado, el planteo ahistórico, abstracto, de sus camaradas mexicanos –el gobierno de la Revolución Mexicana era un definitiva otro “gobierno burgués”– impedía cualquier construcción política, sobre todo en momentos en que la presidencia del general Lázaro Cárdenas impulsaba una reforma agraria y nacionalizaba el petróleo y los ferrocarriles.[73] En cambio, al reconocerles a los regímenes nacional-populares latinoamericanos un carácter bonapartista, de mediadores entre el capital imperialista, las masas campesinas y el proletariado, era posible que desde posiciones independientes un partido proletario apoyara sus medidas progresistas y a la vez se distanciara de sus tendencias autoritarias (en especial, de su control estatal-policial sobre los sindicatos). Desde la perspectiva de Trotsky, el término marxiano aparecía redefinido en clave geopolítica, pues un régimen bonapartista de la periferia capitalista podía mediar entre el capital imperialista y las masas, o incluso conquistar cierto grado de autonomía entre las fuerzas imperialistas en pugna:

En los países industrialmente atrasados, el capital extranjero juega un rol decisivo. De ahí la relativa debilidad de la burguesía nacional con relación al proletariado nacional. Esto crea condiciones especiales de poder estatal. El gobierno gira entre el capital extranjero y el nacional, entre la relativamente débil burguesía nacional y el relativamente poderoso proletariado. Esto le da al gobierno un carácter bonapartista de índole particular. Se eleva, por así decir, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar convirtiéndose en instrumento del capitalismo extranjero y sometiendo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial, o bien maniobrando con el proletariado, llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta libertad respecto de los capitalistas extranjeros. La actual política [del gobierno mexicano] se ubica en la segunda alternativa; sus mayores conquistas son la expropiación de los ferrocarriles y de las compañías petroleras.[74]

Estas tesis incipientes de Trotsky enseguida alcanzaron amplia difusión en Latinoamérica. Cinco años después de su asesinato, los trotskistas argentinos apelaban a la categoría “bonapartismo” para intentar descifrar la súbita

consolidación del gobierno del coronel Juan D. Perón. El fenómeno peronista parecía corresponderse punto por punto con la categoría marxiana: un líder militar hasta entonces ajeno al juego político que participa en un golpe de Estado y construye un inesperado liderazgo apelando directamente al pueblo por fuera de un sistema de representación política en franco descrédito. El Estado peronista daba la sensación de autonomizarse de pronto, por encima de las clases en pugna, para arbitrar las pujas no solo entre el capital y el trabajo, sino también entre el imperialismo inglés en reflujo y el imperialismo estadounidense en franca expansión. Así lo entendieron, aunque con acentos distintos, Jorge Abelardo Ramos desde las páginas de la revista Octubre y Nahuel Moreno desde el periódico Frente Proletario.[75] Es cierto que la laxitud de la categoría le permitía a Ramos apoyar al peronismo como un “bonapartismo progresista” y a Moreno resistirlo como un “bonapartismo regresivo”. Sin embargo, la apelación al bonapartismo ofreció a los trotskistas una ventaja epistémico-política sobre sus rivales socialistas y comunistas, quienes al combatir sin más al peronismo como un régimen de tipo fascista no lograban entender la férrea lealtad forjada entre el líder bonapartista y las masas trabajadoras. La categoría aparecía también tan vívidamente ajustada a la figura de Eva Perón que Milcíades Peña, con su humor habitual, la denominó “el bonapartismo con faldas”.[76]

El cardenismo y el peronismo no fueron las únicas “encarnaciones” del bonapartismo en América Latina. Entre otros, los trotskistas brasileños vieron en el Estado Novo de Getulio Vargas un régimen bonapartista.[77] Por el contrario, los regímenes políticos que en la Europa del siglo XIX resultaban una anomalía, en el siglo siguiente parecían establecerse en el Nuevo Continente como la norma. Esta “normalización” latinoamericana de los bonapartismos implicó un cambio de valorización en el pensamiento político, desde la reprobación inicial hasta la justificación, e incluso la celebración.

Y precisamente el uso del término “bonapartismo” fue decayendo a partir de la década de 1980,[78] al mismo tiempo que conquistaba legitimidad académica una noción sucedánea: populismo. En efecto, el último giro histórico que alcanzó esa semántica fue en la teoría del populismo de Ernesto Laclau. Formado en la “izquierda nacional” de raíces trotskistas, el politólogo argentino reformuló –Lacan mediante– la teoría del bonapartismo de Ramos en su propia teoría del populismo, haciendo de las interpelaciones políticas polisémicas de los líderes rebautizados populistas la piedra basal de su teoría de la hegemonía. En contraposición a las interpelaciones clasistas propias del marxismo clásico, Laclau remarcaba la eficacia hegemónica del discurso populista, capaz de

invocar performativamente a un “pueblo” que no existía con anterioridad. En el carácter vacío del significante “pueblo” (sin correlato previo con un sujeto social ya constituido) radicaba la fuerza (no la debilidad) de los enunciados populistas.

Marx habría intuido la eficacia de los significantes vacíos cuando en La lucha de clases en Francia señalaba que Luis Bonaparte, precisamente “porque no era nada, podía significarlo todo”. Ese “pequeño Napoleón” era la personificación del significante vacío. Pero mientras en El Dieciocho Brumario Marx desconfiaba de las apelaciones de los demócratas quarante-huitards al “pueblo” por encima de las clases y abominaba del bonapartismo con un desprecio solo comparable al que sentía por el absolutismo zarista y por el “espíritu prusiano”,[79] el posmarxismo de Laclau terminaba por convertir la lógica de construcción política del populismo en un sinónimo de construcción política por excelencia, en la lógica política a secas.[80] Laclau, que en su juventud se había iniciado con un agudo análisis marxista del populismo, culminaba su itinerario como un crítico populista del marxismo. Pero su aventura no concluyó allí. En 2013, un grupo de politólogos de Madrid y Barcelona, liderados por Pablo Iglesias e Íñigo Errejón, adoptaron las teorías del politólogo argentino, traduciendo a su vez las rupturas populistas latinoamericanas (pueblo versus oligarquía) al escenario español (pueblo versus casta política).[81]

Extenso y accidentado ha sido, pues, el itinerario geográfico y semántico del bonapartismo, desde que un exiliado alemán en Londres lo forjó para explicar la resolución excepcional de una crisis política. El ensayo publicado en Nueva York no alcanzó la acogida esperada en el nuevo continente, pero ochenta años después tuvo su revancha: un exiliado ruso volvió a importarlo, esta vez a Latinoamérica, alcanzando una recepción considerable. Aquí había perdido en cierto modo su tinte peyorativo, en la medida en que algunos bonapartismos podían ser “progresistas”. Cuarenta años más tarde, un politólogo argentino lo reformulaba como populismo y lo devolvía a Europa como una novedad teórica. Cerrando el círculo, un grupo de jóvenes académicos españoles de la siguiente generación lo adoptaban como solución política a la crisis de representación europea.

La poesía del futuro

Derrida vino a recordarnos que Marx, aquel fantasma insomne que acechaba al capitalismo de fines del siglo XX, había invocado a su vez al fantasma del comunismo que ya en 1848 atemorizaba a Europa. Espectros de Marx vino a señalar que en toda su obra el autor de El capital buscó conjurar un sinnúmero de espectros y fetiches, propios de un mundo mercantilizado donde las relaciones humanas aparecían cosificadas mientras que ciertos productos humanos –la mercancía, el dinero, el capital, el Estado– terminaban por erigirse como sujetos fantásticos que gobernaban a sus propios productores.[82] La utopía marxiana –el comunismo– no era otra cosa que un orden social en el cual esos fetiches han perdido su poder de atracción, ya que los productores han recobrado sus potencias enajenadas. Desde la perspectiva de Marx, una vez que la comunidad humana deje de regirse por el automatismo del mercado, las relaciones sociales se tornarán claras y racionales: para entonces, los fetiches se habrán desvanecido y los hombres (y las mujeres, añadimos en nuestro presente), ya organizados como productores libremente asociados, habrán recuperado su condición de sujetos creadores.

Con la mira puesta en el advenimiento de esa sociedad humana finalmente libre de fetiches y fantasmas, cabría entender que el Marx de El Dieciocho Brumario aspiraba a que la futura revolución social fuera capaz de "despojarse de cualquier veneración supersticiosa por el pasado", de quitarse de encima el peso opresivo de la memoria de "las generaciones muertas", de abstenerse de convocar una vez más a "los espíritus del pasado", tomando prestados sus nombres, sus consignas y sus disfraces venerables. Ahora bien, ¿puede colegirse que Marx aspiraba a que el proletariado moderno llevara a cabo las futuras revoluciones con un programa sin sueños ni imaginario, enunciando un lenguaje neutro, libre de ilusiones, exento de poesía, aboliendo el despliegue teatral de la escena política moderna?[83]

En verdad, Marx no aspira a una revolución sin poesía: "La revolución social del siglo XIX" –escribe en las primeras páginas de El Dieciocho Brumario– "no puede tomar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir". Como señaló Ansart,

Marx no afirma […] que la revolución proletaria deba realizarse sin sueños ni imaginario; dice simplemente que debería liquidar de forma radical las supersticiones relacionadas con el pasado para extraer su imaginario

exclusivamente del propio porvenir. El decisivo privilegio del proletariado revolucionario sería no el de destruir el imaginario colectivo, sino el de crear un imaginario compatible con un análisis científico, dándose una poesía apropiada a su liberación universal y que exalte su significación.[84]

En suma, Marx tenía la expectativa de que las futuras revoluciones sociales desarrollaran un lenguaje político propio y novedoso, sobre la base de los recursos semióticos disponibles e inspirado en las tareas del porvenir.[85]

Sin embargo, las revoluciones del siglo XX se miraron inevitablemente en el espejo de sus predecesoras. La Comuna de París acechó el espíritu de los bolcheviques mientras que la Revolución Rusa de 1917 fue la matriz común de las revoluciones posteriores. Desde China hasta Corea del Norte, pasando por Cuba y Vietnam, el fantasma de Stalin gravitó sobre ellas como una pesadilla.[86] Les cabe ahora a las revoluciones del siglo XXI realizar la antigua promesa de emancipación humana, a condición de inventar su propia poesía: la poesía del porvenir.

▪

[1] Miembros del grupo parlamentario de izquierda conocido como La Montagne [La Montaña], nombre que se remontaba a los jacobinos del período 1792-1795, quienes se sentaban en las bancas más altas de la Asamblea Legislativa y la Convención Nacional.

[2] George Haupt, Michael Löwy, El marxismo y la cuestión nacional, Barcelona, Fontamara, 1980.

[3] Arno J. Mayer, La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra, Madrid, Alianza, 1986.

[4] José Sazbón, “Supuestos económicos y políticos del modelo marxiano de la sociedad burguesa”, Cuadernos de Economía Política, nº 5, Luján, Universidad Nacional de Luján - Eudeba, otoño de 1988, pp. 31-60; “Modelo puro y formación impura. La Alemania de 1848 en los escritos de Marx y Engels”, Cuestiones Políticas, nº 4, Maracaibo, Universidad del Zulia, 1988, pp. 81-111.

[5] Maximilien Rubel, Marx devant le bonapartisme, París - La Haya, Mouton, 1960.

[6] Victor Hugo, Napoléon le Petit, Bruselas, J. Hetzel, 1852 [ed. cast.: Napoleón el pequeño, Buenos Aires, Sopena, 1943]; Pierre-Joseph Proudhon, La révolution sociale démontrée par le coup d'État du 2 Décembre, París, Garnier Frères, 1852.

[7] Pierre Ansart, "Marx et la théorie de l'imaginaire social", Cahiers Internationaux de Sociologie, vol. XLV, París, julio-diciembre de 1968, pp. 99-116.

[8] Karl Marx, Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848 bis 1850, inicialmente una serie de artículos publicados en Neue Rheinische-Zeitung. Politisch-ökonomische Revue, Hamburgo, 1850; ed. en vol., con introd. de Friedrich Engels, quien incorporó un capítulo inédito: Berlín, Berliner Volksblatt, 1895 [ed. cast.: Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850, en Carlos Marx - Federico Engels, Obras escogidas en dos tomos, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, ca. 1955, t. I]. Se tradujo por primera vez al francés en 1900, al inglés en 1924 y al castellano en 1938.

[9] Íd.; las citas, en pp. 135, 142, 143, 144 y 145 de la ed. cast. Los destacados pertenecen al propio Marx.

[10] Ibíd., pp. 222-223.

[11] Pierre Ansart, "Marx et la théorie de l'imaginaire social", cit., pp. 99-100.

[12] Ibíd., p. 105.

[13] Jonathan Sperber, Karl Marx. Una vida decimonónica, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013, p. 278.

[14] Maximilien Rubel, "Notice" [Le 18 Brumaire de Louis Bonaparte], en Karl Marx, Œuvres, t. IV, Politique I, ed. al cuidado de M. R., París, Gallimard, "Bibliothèque de La Pléiade", 1994, pp. 1359-1360.

[15] Ibíd., p. 278.

[16] Véase p. 61 de la versión en papel de este libro.

[17] Marx Engels Werke, Berlín, Dietz (en lo sucesivo, MEW), vol. 27, 1965, p. 379.

[18] Sus propios soldados llamaban a Napoleón Bonaparte le Petit Caporal, "el Pequeño Cabo".

[19] MEW, vol. 27, ya cit., p. 381.

[20] Hal Draper, Karl Marx's Theory of Revolution, vol. 1, State and Bureaucracy, Nueva York, Monthly Review, 1977, p. 403 y ss.

[21] José Sazbón, "El fantasma, el oro, el topo. Marx y Shakespeare", Cuadernos Políticos, nº 28, México, abril-junio de 1981, pp. 88-103.

[22] Véase p. 186 de la presente edición.

[23] William Shakespeare, Hamlet, I, 5. Marx condensa la cita, que incluye el tramo Canst work i' th' earth so fast? A worthy pioneer! [¿Podrás trabajar tan rápido bajo tierra? ¡Un pionero digno de ese nombre!].

[24] José Sazbón, "El fantasma, el oro, el topo", cit.

[25] Íd.

[26] De Jenny Marx a Engels, Londres, 17 de diciembre de 1851, en Marx-Engels Collected Works, Londres, International Publishers, 1975, vol. 38, p. 563.

[27] De Marx a Weydemeyer, 19 de diciembre de 1851, en MEW, vol. 27, p. 594.

[28] De Marx a Weydemeyer, 16 de enero de 1852, en MEW, vol. 28, p. 475.

[29] De Marx a Weydemeyer, 23 de enero de 1852, ibíd., p. 477.

[30] De Marx a Weydemeyer, 30 de enero de 1852, ibíd., p. 486.

[31] De Marx a Weydemeyer, 13 de febrero de 1852, ibíd., p. 489.

[32] De Marx a Weydemeyer, 20 de febrero de 1852, ibíd., p. 492.

[33] De Marx a Engels, 27 de febrero de 1852, ibíd., p. 30.

[34] De Marx a Weydemeyer, 25 de marzo de 1852, ibíd., p. 510. Una vez copiado en Nueva York, el editor despachó el manuscrito de regreso a Londres, adjunto a su carta a Marx del 6 de abril de 1852.

[35] De Marx a Weydemeyer, 20 de febrero de 1852, ibíd., p. 494.

[36] De Marx a Cluss, 30 de julio de 1852, ibíd., p. 539.

[37] De Marx a Engels, 18 de agosto de 1852, fragmento de Cluss, ibíd., p. 113.

[38] De Marx a Engels, 6 de mayo de 1852, ibíd., p. 68.

[39] De Marx a Cluss, 15 de mayo de 1852, ibíd., p. 523.

[40] De Engels a Weydemeyer, 11 de junio de 1852, ibíd., p. 529.

[41] De Marx a Engels, 2 de septiembre de 1852, ibíd., p. 124.

[42] De Marx a Engels, 25 de octubre, ibíd., p. 161.

[43] De Marx a Cluss, 7 diciembre 1852, ibíd., p. 560.

[44] Véase p. 57 de la presente edición.

[45] Sam Starck, The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte in the United States, Germany, and France, 1852-1932, tesis parcial de doctorado en Filosofía, University of Pennsylvania, 2021.

[46] De Marx a Engels, 2 de septiembre de 1852, ya cit., en MEW, vol. 28, p. 124.

[47] Respectivamente, El XVIII Brumario de Luis Bonaparte, Buenos Aires, Claridad, 1934, trad. de Hofca; y El 18 Brumario de Luis Bonaparte, Madrid, Bergua, 1935, trad. de José Bullejos.

[48] B. A. Krylov, “Vosemnadtsatoye Bryumera Lui Bonaparta”, entrada de la Bolshaia soviétskaia enciklopedia, Moscú, Soviétskaia Enciklopedia, 1969-1978, 3ª ed., disponible en <bse.uaio.ru/BSE/1502.htm>.

[49] Escribe Marx: “Este Poder Ejecutivo, con su inmensa organización burocrática y militar, con su compleja y artificiosa maquinaria de Estado, un

ejército de funcionarios que suma 500.000 hombres, junto a un ejército de otros 500.000 hombres, este espantoso organismo parasitario que se ciñe como una red al cuerpo de la sociedad francesa y le tapona todos los poros, surgió en la época de la monarquía absoluta, de la decadencia del régimen feudal, que dicho organismo contribuyó a acelerar”. Véase p. 186 de la presente edición.

[50] Alan Wolfe, Los límites de la legitimidad. Las contradicciones políticas del capitalismo contemporáneo, México, Siglo XXI, 1980.

[51] David Mitrany, Marx Against the Peasant. A Study in Social Dogmatism, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1951.

[52] Carlos Rossi [Michael Löwy], “Le trotskysme a-t-il sous-estimé la paysannerie?”, Critique Communiste, nº 25, París, 1978, pp. 137-143; Michael Duggett, “Marx on peasants”, The Journal of Peasant Studies, vol. 2, nº 2, Londres, 1975, pp. 159-182.

[53] Pierre Rousset, El campesinado y el marxismo, Madrid, Izquierda Anticapitalista, 2014.

[54] Teodor Shanin (ed.), El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo (1984), Madrid, Revolución, 1990.

[55] Gareth Stedman Jones, Karl Marx. Ilusión y grandeza, Madrid, Taurus, 2018, pp. 391-392. Más específicamente –ibíd., p. 395 y ss.–, este autor afirmó que el análisis del Lumpenproletariat al servicio de Bonaparte participaba del “mito urbano” propio del siglo XIX acerca de las “clases peligrosas”.

[56] Jonathan Sperber, Karl Marx. Una vida decimonónica, ob. cit., pp. 279-289.

[57] Claude Levi-Strauss, Tristes trópicos, Buenos Aires, Eudeba, 1973, p. 45.

[58] Herbert Marcuse, “Nachwort” a Karl Marx, Der 18. Brumaire des Louis Bonaparte, Frankfurt, Insel, 1965, pp. 143-150; en especial, p. 143.

[59] Slavoj Žižek, Primero como tragedia, después como farsa, Madrid, Akal, 2011.

[60] Peter Sloterdijk, La fuerte razón para estar juntos, Buenos Aires, Godot, 2021, pp. 23-24.

[61] Martin Harries, "Homo Alludens: Marx's Eighteenth Brumaire", New German Critique, nº 66, Cornell, otoño de 1995, p. 36.

[62] Cornelius Castoriadis, La institución imaginaria de la sociedad, 2 vols., Barcelona, Tusquets, 1983; Edgar Morin, Le cinéma ou l'homme imaginaire, París, Minuit, 1956 [ed. cast.: El cine o el hombre imaginario (1972), Barcelona, Paidós, 2011]; Pierre Ansart, Ideologies, conflits et pouvoir, París, PUF, 1977 [ed. cast.: Ideologías, conflictos y poder, México, Premia, 1983]. Es cierto que Castoriadis desarrolla su teoría de la institución imaginaria de la sociedad en debate con el marxismo. Sin embargo, las armas de su crítica se dirigen al marxismo economicista que reducía lo político y lo imaginario a su ultima ratio económica, el nivel de las significaciones al de las causaciones, una lógica reduccionista justamente ausente en El Dieciocho Brumario.

[63] Bob Jessop, "The Political Scene and the Politics of Representation: Periodizing Class Struggle and the State in The Eighteenth Brumaire", en M. Cowling y J. Martin (eds.), Marx's Eighteenth Brumaire. (Post)modern Interpretations, Londres, Pluto, 2002, p. 182.

[64] Nicos Poulantzas había sostenido desde fines de la década de 1960 la tesis de "la autonomía relativa del Estado respecto de las clases sociales" como una forma más eficiente para la defensa y gestión de los intereses de las clases dominantes (así como para ganar el apoyo de las clases subalternas). Véase su Poder político y clases sociales en el Estado capitalista, México, Siglo XXI, 1969. Véanse, además, Giacomo Marramao, Lo político y las transformaciones. Crítica del capitalismo e ideologías de la crisis entre los años veinte y treinta, México, Siglo XXI - Pasado y Presente, 1982; Biagio de Giovanni, La teoría política de las clases en El capital, México, Siglo XXI - Pasado y Presente, 1984.

[65] Entre los numerosos textos de Engels que podrían mencionarse, véase su "Contribución al problema de la vivienda", donde señala que Bismarck "intenta organizar un proletariado a su servicio, para poner freno a la acción política de la burguesía" y añade: "¿Qué es esto sino un procedimiento bonapartista?" (en Marx y Engels, Obras escogidas en dos tomos, ya citadas, t. I, p. 622 y ss.). Véase también un itinerario del concepto en Mauro Volpi, La democrazia autoritaria. Forma di governo bonapartista e V Repubblica Francese, Bolonia, Il Mulino, 1979.

[66] La voz césarisme figuraba como neologismo en un clásico de la lexicografía

(E. Littré, Dictionnaire de la Langue française, t. I, parte I, A-C, París, Hachette, 1863, p. 534), y su primera acepción era: “Dominación de los Césares, es decir, los príncipes llevados al gobierno por la democracia pero revestidos de un poder absoluto”, mientras que bonapartisme (ibíd., sub voce) solo consideraba la “adhesión al gobierno imperial fundado por Napoleón I, y a su dinastía”.

[67] Véase p. 59 de la presente edición.

[68] Juan Bautista Alberdi, La guerra o el cesarismo en el Nuevo Mundo, ed. crítico-genética y apéndice documental de Élida Lois, Buenos Aires, Unsam, 2005.

[69] Max Weber, Economía y Sociedad, México, FCE, 1987, p. 721.

[70] Antonio Gramsci, Cuadernos de la cárcel, México, Era - Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, t. V, 1999, Cuaderno 13 (XXX), 1932-1934, pp. 65-67.

[71] León Trotsky, La revolución traicionada, Buenos Aires, Claridad, 1938, pp. 228-229.

[72] Claude Lefort, ¿Qué es la burocracia?, París, Ruedo Ibérico, 1970.

[73] “Discusión sobre América Latina”, en León Trotsky, Sobre la liberación nacional, Bogotá, Pluma, 1976, pp. 209-228.

[74] León Trotsky, “La administración obrera en la industria nacionalizada”, en Sobre la liberación nacional, ob. cit., p. 61, con leves retoques.

[75] Horacio Tarcus, El marxismo olvidado en la Argentina. Silvio Frondizi y Milcíades Peña, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.

[76] Alfredo Parera Denis [Milcíades Peña], “Apuntes para una historia del peronismo. 3. El gobierno del ‘como si’”, Fichas de Investigación Económica y Social, año 2, nº 7, Buenos Aires, octubre de 1965, p. 12.

[77] Felipe Demier, O longo bonapartismo brasileiro: 1930-1964. Um ensaio de interpretação, Río de Janeiro, Mauad X, 2013.

[78] En su historia argentina, Ramos había calificado de bonapartista el tramo

que se iniciaba en 1943; así desde la 1ª ed. (Buenos Aires, Amerindia, 1957, cap. "El régimen bonapartista") hasta la 5ª (Plus Ultra, 1974, ya en un vol. autónomo: La era del bonapartismo). Más tarde (Del Mar Dulce, 1981), lo denominó La era del peronismo.

[79] Sperber, ob. cit.

[80] Ernesto Laclau, Política e ideología en la teoría marxista, México, Siglo XXI, 1978; Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, Hegemonía y estrategia socialista, Madrid, Siglo XXI, 1987; Ernesto Laclau, La razón populista, Buenos Aires, FCE, 2005.

[81] Íñigo Errejón, Con todo. De los años veloces al futuro, Madrid, Planeta, 2021.

[82] Jacques Derrida, Espectros de Marx. El Estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional, Madrid, Trotta, 1995.

[83] El investigador en arte dramático Jörn Etzold –"Revolution ohne Szene. Marx' Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte in Theaterfeindlichkeit", en S. Diekmann, C. Wild y G. Brandstetter (eds.), Theaterfeindlichkeit, Múnich, W. Fink, 2012, pp. 173-192– ha querido ver en El Dieciocho Brumario una invectiva contra el teatro. Marx habría pensado la política moderna –esto es, de 1789 en adelante– como una gran puesta en escena, pero postularía para las revoluciones proletarias una nueva forma política que debía romper con la representación teatral. La política revolucionaria, así como el arte revolucionario, debían volverse contra el teatro.

[84] Pierre Ansart, "Marx et la théorie de l'imaginaire social", cit., p. 113.

[85] Bob Jessop, "The Political Scene…", cit.

[86] Enzo Traverso, Revolution. An Intellectual History, Londres, Verso, 2021 [ed. cast.: Revolución. Una historia intelectual, Buenos Aires, FCE, 2022].

Cronología de hechos político-institucionales mencionados

1815-1830. Restauración
1815-1824
1824-1830
27-29 de julio de 1830
1830-1848. Monarquía de julio, encabezada por Luis Felipe
1839
1848-1853. Segunda República
1848
enero-febrero
24 de febrero
25 de febrero
26 de febrero
16 de abril
23-24 de abril
4 de mayo
15 de mayo
junio
10 de diciembre
20 de diciembre
26 de diciembre

Alp

1849	
29 de enero	
25-30 de abril	
7 de mayo	Protesta de la Asa
13-14 de mayo	
16 de mayo	
28 de mayo	
11 de junio	
13 de junio	
18 de agosto	
20 de diciembre	
1850	
10 de marzo	
15 de marzo	
mayo	
julio	
agosto-septiembre	
26 de agosto	
10 de octubre	
1851	
3 de enero	
24 de enero	“
mayo	
1º de junio	

verano boreal	
4 de noviembre	
13 de noviembre	
2 de diciembre	Golpe de
4-10 de diciembre	Se aplasta a la resis
20-21 de diciembre	
1852	
21-22 de noviembre	
2 de diciembre	

AU NOM DU PEUPLE FRANÇAIS.

LE PRÉSIDENT DE LA RÉPUBLIQUE

DÉCRÈTE:

Art. 1.

L'Assemblée nationale est dissoute.

Art. 2.

Le Suffrage universel est rétabli. La loi du 31 mai est abrogée.

Art. 3.

Le Peuple français est convoqué dans ses comices à partir du 14 décembre jusqu'au 21 décembre suivant.

Art. 4.

L'état de siége est décrété dans l'étendue de la 1re division militaire.

Art. 5.

Le Conseil d'État est dissous.

Art. 6.

Le Ministre de l'intérieur est chargé de l'exécution du présent décret.

Fait au Palais de l'Élysée, le 2 décembre 1851.

LOUIS-NAPOLÉON BONAPARTE.

Le Ministre de l'Intérieur,

DE MORNY.

IMPRIMERIE NATIONALE. — Décembre [illegible]

El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte

Die Revolution,

Eine Zeitschrift in zwanglosen Heften.

Herausgegeben von

J. Weydemeyer.

Erstes Heft.

Der 18te Brumaire des Louis Napoleon

von

Karl Marx.

New-York.
Expedition: Deutsche Vereins-Buchhandlung von Schmidt und Helmich.
William-Street Nr. 191.
1852.

Prólogo del autor a la segunda edición (1869)

Mi malogrado amigo Joseph Weydemeyer[87] se proponía editar en Nueva York, a partir del 1º de enero de 1852, un semanario político. Me invitó a mandarle para dicho semanario la historia del coup d'État.[88] Le hice llegar un artículo cada semana, hasta mediados de febrero, bajo el título de El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte. Entre tanto, el plan primitivo de Weydemeyer fracasó. En cambio, comenzó a publicar en la primavera de 1852 una revista mensual titulada Die Revolution, cuyo primer cuaderno estaba formado por mi Dieciocho Brumario. Algunos cientos de ejemplares de este cuaderno salieron camino de Alemania, per[]o sin llegar a entrar en el comercio de libros propiamente dicho. Un librero alemán que se las daba de tremendamente radical, a quien le propuse encargarse de la venta, rechazó con verdadera indignación moral esa pretensión "tan contraria al espíritu de la época".

Como se ve por estos datos, la presente obra nació bajo el impulso inmediato de los acontecimientos, y sus materiales históricos no pasan del mes de febrero de 1852. La actual reedición se debe, en parte, a la demanda de la obra en el mercado librero y, en parte, a instancias de mis amigos de Alemania.

Entre las obras que trataban casi en la misma época del mismo tema, solo dos son dignas de mención: Napoléon le Petit [Napoleón el Pequeño] de Victor Hugo y Coup d'État [Golpe de Estado] de Proudhon.[89]

Victor Hugo se limita a una amarga y sarcástica invectiva contra el autor responsable del golpe de Estado. En cuanto al acontecimiento mismo, parece, en su obra, un rayo que cayese de un cielo sereno. No ve en aquel más que un acto violento de un solo individuo. No advierte que lo que hace es engrandecer a este individuo, en vez de empequeñecerlo, al atribuirle un poder personal de iniciativa que no tenía paralelo en la historia universal. Por su parte, Proudhon intenta presentar el golpe de Estado como resultado de un desarrollo histórico anterior. Pero, entre sus manos, la reconstrucción histórica del golpe de Estado se convierte en una apología histórica del héroe del golpe de Estado. Con ello, cae en el defecto de nuestros pretendidos historiadores objetivos. Yo, por el contrario, demuestro cómo la lucha de clases creó en Francia las circunstancias y

las condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe.

Una reelaboración de la presente obra la habría privado de su matiz peculiar. Por eso, simplemente me he limitado a corregir las erratas de imprenta y a tachar las alusiones que hoy en día no se entenderían.

La oración final de mi obra –“Pero si por último el manto imperial cae sobre los hombros de Luis Bonaparte, la estatua de bronce de Napoleón se vendrá a tierra desde lo alto de la Columna de Vendôme”–[90] es ya una realidad. El coronel Charras abrió el fuego contra el culto napoleónico en su obra sobre la campaña de 1815.[91] Desde entonces, y sobre todo en estos últimos años, la literatura francesa, con las armas de la investigación histórica, de la crítica, de la sátira y del sainete, ha dado el golpe de gracia a la leyenda napoleónica. Fuera de Francia, se ha apreciado poco y se ha comprendido aún menos esta violenta ruptura con la fe tradicional del pueblo, esta formidable revolución espiritual.

Por último, confío en que mi obra contribuirá a eliminar ese tópico del llamado cesarismo, tan usual, sobre todo actualmente, en Alemania. Con esta superficial analogía histórica, se llega a olvidar lo principal: en la antigua Roma, la lucha de clases solo se daba dentro de una minoría privilegiada, entre los libres ricos y los libres pobres, mientras que la gran masa productiva de la población, los esclavos, formaba un pedestal puramente pasivo para aquellos luchadores. Se olvida la importante sentencia de Sismondi: el proletariado romano vivía a costa de la sociedad, mientras que la moderna sociedad vive a costa del proletariado.[92] La diferencia de las condiciones materiales, económicas, de la lucha de clases antigua y moderna es tan radical que sus respectivas criaturas políticas no pueden tener más semejanza las unas con las otras que el arzobispo de Canterbury con el pontífice Samuel.[93]

Karl Marx

Londres, 23 de junio de 1869

▪

[87] Comandante militar del distrito de Saint Louis durante la guerra civil

estadounidense. [N. de K. M.] Este periodista revolucionario alemán fue víctima de censura, migró a Suiza y luego a los Estados Unidos. Murió en 1866. [N. de E.]

[88] Golpe de Estado. [N. de E.]

[89] Victor Hugo, Napoléon le Petit, Londres, Jeffs, 1852 [ed. cast.: Napoleón el pequeño, Buenos Aires, Sopena, 1943]; P.-J. Proudhon, La révolution sociale démontrée par le coup d’État du 2 Décembre, París, Garnier Frères, 1852. [N. de E.]

[90] La Columna de Vendôme fue erigida entre 1806 y 1810 en París en memoria de las victorias de la Francia napoleónica; se fundió con el bronce de los cañones enemigos y estaba coronada con una estatua de Napoleón, luego reemplazada por una efigie suya al estilo cesariano. Fue derribada el 16 de mayo de 1871, según disposición de la Comuna de París. Con la mención de este monumento, Marx se refiere figuradamente al derrumbe del Segundo Imperio. [N. de E.]

[91] Lieutenant-colonel [J.-B.-A.] Charras, Histoire de la campagne de 1815. Waterloo, Bruselas, Lacroix - Verboeckhoven, 1863. [N. de E.]

[92] J.-C.-L. Simonde de Sismondi, Études sur l’économie politique [Estudios sobre economía política], París, 1837, t. I, p. 35. [N. de K. M.]

[93] Respectivamente, el primado de la Iglesia anglicana y el sumo sacerdote, juez y primer profeta de Israel. [N. de E.]

Octidi, 18 Frimaire, an 87 — 5 centimes — No. 11



BUREAUX : 128, RUE DE COURCELLES à Levallois-Perret (près Paris) | JOURNAL POLITIQUE | ABONNEMENTS : Paris, 3 fr. — Départements, 3 fr. 50

ANNIVERSAIRE DU 2 DÉCEMBRE 1851

BOULEVARD MONTMARTRE

Alfred Le Petit

Le 2 décembre 1851, Louis-Napoléon Bonaparte, au mépris de son serment de fidélité à la République, fait mitrailler la foule pour s'emparer de la couronne impériale, qu'il ramasse dans le sang du peuple.

El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte

I

Hegel señala, en alguna parte, que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, por así decir, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y la otra como farsa. Caussidière por Danton, Louis Blanc por Robespierre, la Montaña de 1848 a 1851 por la Montaña de 1793 a 1795,[94] el sobrino por el tío. ¡Y la misma caricatura en las circunstancias que acompañan a la segunda edición del 18 Brumario![95]

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por los hechos y por la tradición. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando parece que estos se dedican precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal. Así, Lutero se disfrazó de apóstol Pablo, la Revolución de 1789 a 1814 se vistió alternativamente con el atuendo de la República Romana y del Imperio Romano, y la Revolución de 1848 no supo hacer nada mejor que parodiar aquí ese 1789 y allá la tradición revolucionaria de 1793 a 1795. Es como el principiante que al aprender un idioma nuevo lo traduce mentalmente a su idioma materno; sin embargo, solo consigue asimilar el espíritu del nuevo idioma y expresarse libremente en él cuando llega a manejarlo sin recuerdos de su lengua originaria (para entonces, la habrá olvidado).

Si examinamos esas conjuraciones a los muertos en la historia universal, observaremos enseguida una diferencia que salta a la vista. Camille Desmoulins, Danton, Robespierre, Saint-Just, Napoleón, los héroes, y en igual medida los partidos y la masa de la antigua Revolución Francesa, cumplieron, bajo el ropaje romano y con frases romanas, la misión de su tiempo: librar de las cadenas e instaurar la sociedad burguesa moderna. Los unos hicieron añicos las instituciones feudales y segaron las cabezas feudales que habían brotado en ellas.

El otro creó en el interior de Francia las condiciones bajo las cuales ya podía desarrollarse la libre competencia, explotarse la propiedad territorial parcelada, aplicarse las fuerzas productivas industriales de la nación, previamente liberada; y más allá de las fronteras francesas barrió por todas partes las formaciones feudales, en el grado en que esto era necesario para rodear a la sociedad burguesa de Francia de un ambiente adecuado, acomodado a los tiempos en el continente europeo. Una vez instaurada la nueva formación social, desaparecieron los colosos antediluvianos y, con ellos, la romanidad resucitada: los Bruto, los Graco, los Publícola, los tribunos, los senadores y hasta el propio César. En la sobria realidad, la sociedad burguesa se había creado sus verdaderos intérpretes y portavoces en los Say, los Cousin, los Royer-Collard, los Benjamin Constant y los Guizot; sus verdaderos caudillos estaban en las oficinas comerciales, y la cabeza dura de Luis XVIII era su cabeza política. Completamente absorbida por la producción de la riqueza y por la lucha pacífica de la competencia, ya no se daba cuenta de que los espectros del tiempo de los romanos habían velado su cuna. Pero, por escasamente heroica que la sociedad burguesa fuese, para traerla al mundo habían sido necesarios el heroísmo, la abnegación, el terror, la guerra civil y las batallas entre los pueblos. Y sus gladiadores encontraron en las tradiciones estrictamente clásicas de la República Romana los ideales y las formas artísticas, las ilusiones que necesitaban para ocultarse a sí mismos el contenido estrechamente burgués de sus luchas y mantener su pasión a la altura de la gran tragedia histórica. Así, en otra etapa de desarrollo, un siglo antes, Cromwell y el pueblo inglés habían tomado en préstamo del Antiguo Testamento el lenguaje, las pasiones y las ilusiones para su revolución burguesa. Alcanzada la verdadera meta, realizada la transformación burguesa de la sociedad inglesa, Locke desplazó a Habacuc.[96]

Por consiguiente, en esas revoluciones la resurrección de los muertos servía para glorificar las nuevas luchas, no para parodiar las antiguas; para exagerar en la fantasía la misión trazada, no para retroceder ante su cumplimiento en la realidad; para encontrar de nuevo el espíritu de la revolución, no para hacer vagar otra vez a su espectro.

En el período 1848-1851, no hizo más que evocar el espectro de la antigua revolución, desde Marrast, le républicain en gants jaunes,[97] que se disfrazó del viejo Bailly, hasta el aventurero que esconde sus vulgares y repugnantes rasgos bajo la férrea máscara mortuoria de Napoleón. Todo un pueblo que creía haberse dado un impulso acelerado por medio de una revolución se ve de pronto retrotraído a una época fenecida, y para que no pueda haber engaño sobre la

recaída, vuelven a aparecer las viejas fechas, el viejo calendario, los viejos nombres, los viejos edictos (entregados, hace largo tiempo ya, a la erudición de los anticuarios) y los viejos esbirros, que parecían haberse podrido desde mucho tiempo atrás. La nación se parece a aquel inglés loco de Bedlam[98] que creía vivir en tiempos de los antiguos faraones y se lamentaba diariamente por las duras faenas que tenía que realizar como minero en los yacimientos de oro de Etiopía, emparedado en aquella cárcel subterránea, con una lámpara de luz mortecina sujeta en la cabeza; detrás, el guardián de los esclavos con su largo látigo y, en las salidas, una turbamulta de mercenarios bárbaros, incapaces de comprender a los forzados y de entenderse entre sí porque no hablaban el mismo idioma. "¡Y todo esto" –se lamentaba el loco– "me lo han impuesto a mí, a un ciudadano inglés libre, para sacar oro en beneficio de los antiguos faraones!". "¡Para pagar las deudas de la familia Bonaparte!", se lamenta la nación francesa. El inglés, mientras estaba en uso de su razón, no podía sobreponerse a la idea fija de obtener oro. Los franceses, mientras estaban en revolución, no podían sobreponerse al recuerdo napoleónico, como demostraron las elecciones del 10 de diciembre.[99] Ante los peligros de la revolución se sintieron atraídos por el recuerdo de las ollas de Egipto,[100] y la respuesta fue el 2 de diciembre de 1851. No solo obtuvieron la caricatura del viejo Napoleón, sino al propio viejo Napoleón en caricatura, tal como necesariamente tiene que aparecer a mediados del siglo XIX.

La revolución social del siglo XIX no puede tomar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de cualquier veneración supersticiosa por el pasado. Las revoluciones anteriores necesitaban remontarse a los recuerdos de la historia universal para aturdirse acerca de su propio contenido. La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos para así cobrar conciencia de su propio contenido. Allí, la frase desbordaba el contenido; aquí, el contenido desborda la frase.

La Revolución de Febrero tomó desprevenida, sorprendió de golpe a la vieja sociedad, y el pueblo proclamó ce coup de main[101] inesperado como una hazaña de la historia universal con la que se abría la nueva época. El 2 de diciembre, la Revolución de Febrero es escamoteada por los pases de manos de un embaucador, y lo que parece derribado no es ya la monarquía sino las concesiones liberales que le habían sido arrancadas a expensas de seculares luchas. Lejos de que la sociedad misma haya conquistado para sí un nuevo contenido, parece que, sin más, el Estado hubiese vuelto a su forma más antigua,

a la dominación desvergonzadamente simple del sable y la sotana.[102] Así contesta al coup de main de febrero de 1848 el coup de tête[103] de diciembre de 1851. Tal como llegó, se fue. Sin embargo, el intervalo no pasó en vano. Durante los años de 1848 a 1851, la sociedad francesa asimiló –y lo hizo mediante un método abreviado, por ser revolucionario– las enseñanzas y las experiencias que en un desarrollo normal, lección tras lección, por así decir, habrían debido preceder a la Revolución de Febrero, para que esta fuese algo más que una conmoción superficial. En la actualidad, la sociedad parece haber retrocedido más allá de su punto de partida; en realidad, sucede que ahora tiene que empezar por crearse el punto de partida revolucionario: la situación, las relaciones, las condiciones, sin las cuales no adquiere un carácter serio la revolución moderna.

Las revoluciones burguesas, como las del siglo XVIII, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito: sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por resplandores de diamantes, el éxtasis es el talante de cada día; pero estas revoluciones duran poco. Llegan enseguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad antes de que esta aprenda a asimilar con serenidad los resultados de su período impetuoso y agresivo. En cambio, las revoluciones proletarias, las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, interrumpen a cada instante su propia marcha, revisan lo que parecía terminado para comenzarlo de nuevo, se burlan concienzuda y despiadadamente de las indecisiones, de las facetas endebles y de las mezquindades de sus primeros intentos, parecen derribar a su adversario tan solo para que este saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente, aterradas por la infinita enormidad de sus propios objetivos, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan:

Hic Rhodus, hic salta!

¡Aquí está la rosa, baila aquí![104]

Por lo demás, cualquier observador medio, aunque no hubiese seguido paso a paso la marcha de los acontecimientos en Francia, tenía que presentir que un

inaudito oprobio esperaba a la revolución. Bastaba con escuchar los engreídos ladridos de triunfo con que los señores demócratas se felicitaban mutuamente por los efectos milagrosos que esperaban del segundo domingo de mayo de 1852.[105] En sus cabezas, el segundo domingo de mayo de 1852 se había convertido en una idea fija, en un dogma, así como en las cabezas de los quiliastas[106] el día en que había de reaparecer Cristo y comenzar el reino de los mil años. La debilidad había encontrado refugio, como siempre, en la fe en el milagro: creía vencer al enemigo con solo descartarlo mágicamente con la fantasía, y perdía toda la comprensión del presente ante la glorificación pasiva del futuro que le esperaba y de las hazañas que guardaba in petto,[107] pero que aún no consideraba oportuno llevar a la práctica. Esos héroes, que se esforzaban en refutar su probada incapacidad prestándose mutua compasión y reuniéndose en un tropel, habían hecho sus atados, embolsado como anticipo sus coronas de laurel y se disponían, precisamente, a descontar en la Bolsa letras de cambio de sus repúblicas in partibus[108] para las que, en el secreto de su ánimo poco exigente, ya habían tomado el recaudo de preparar el personal de gobierno. El 2 de diciembre cayó sobre ellos como un rayo en cielo sereno, y los pueblos, que en épocas de malhumor pusilánime gustan de dejar que los voceadores más chillones ahoguen su miedo interior, se habrán convencido quizá de que pasaron ya los tiempos en que el graznido de los gansos podía salvar al Capitolio.[109]

La Constitución, la Asamblea Nacional, los partidos dinásticos, los republicanos azules y los rojos, los héroes de África,[110] el trueno de la tribuna, el relampagueo de la prensa diaria, toda la literatura, las celebridades políticas y los renombres intelectuales, el Código Civil y el Código Penal, la liberté, égalité, fraternité y el segundo domingo de mayo de 1852: todo se desvaneció como una fantasmagoría al conjuro de un hombre al que ni sus propios enemigos reconocen como brujo. El sufragio universal solo pareció sobrevivir un instante para hacer su testamento de puño y letra a los ojos del mundo entero y poder declarar, en nombre del propio pueblo: “Todo lo que existe merece perecer”.[111]

No basta con decir, como hacen los franceses, que su nación fue tomada de sorpresa. Ni a la nación ni a la mujer se les perdona la hora de descuido en que cualquier aventurero ha podido abusar de ellas por la fuerza. Con estas explicaciones no se aclara el enigma; no se hace más que presentarlo de otro modo. Quedaría por explicar cómo tres estafadores pudieron tomar desprevenida y reducir al cautiverio, sin resistencia, a una nación de 36.000.000 almas.

Recapitulemos, en sus líneas generales, las etapas recorridas por la Revolución Francesa desde el 24 de febrero de 1848 hasta el mes de diciembre de 1851.

Hay tres períodos capitales que son inconfundibles:

el período de Febrero;

del 4 de mayo de 1848 al 28 de mayo de 1849, período de constitución de la República o de la Asamblea Nacional Constituyente;

del 28 de mayo de 1849 al 2 de diciembre de 1851, período de la República constitucional o de la Asamblea Nacional Legislativa.

El primer período, desde el 24 de febrero, es decir, desde la caída de Luis Felipe, hasta el 4 de mayo de 1848, fecha en que se reúne la Asamblea Constituyente –el período de Febrero, propiamente dicho–, puede calificarse como el prólogo de la revolución. Su carácter se revelaba oficialmente en el hecho de que el Gobierno por él improvisado se declarase a sí mismo Provisional, y, al igual que el gobierno, todo lo que este período sugirió, intentó o proclamó se presentaba también como algo puramente provisional. Nada ni nadie se atrevía a reclamar para sí el derecho a existir y a obrar de un modo real. Todos los elementos que habían preparado o determinado la revolución –la oposición dinástica, la burguesía republicana, la pequeña burguesía democrático-republicana y los obreros socialdemócratas– encontraron su puesto provisional en el Gobierno de Febrero.

RÉVOLUTION DE 1848.

























RÉPUBLIQUE FRANÇAISE.

No podía suceder de otro modo. En su origen, las jornadas de Febrero se proponían como objetivo una reforma electoral para ensanchar el círculo de los privilegiados políticos dentro de la misma clase poseedora y derribar la dominación exclusiva de la aristocracia financiera. Pero cuando estalló el conflicto real y verdadero, el pueblo subió a las barricadas, la Guardia Nacional[112] se mantuvo en actitud pasiva, el ejército no opuso una resistencia seria y la monarquía huyó, la república pareció la evidencia por sí misma. Cada partido la interpretaba a su manera. Arrancada por el proletariado armas en mano, este le imprimió su sello y la proclamó república social. Así se indicaba el contenido general de la moderna revolución, el cual se hallaba en la contradicción más peregrina con todo lo que por el momento podía ponerse en práctica directamente, con el material disponible, el grado de desarrollo alcanzado por la masa y bajo las circunstancias y relaciones dadas. Por otra parte, las pretensiones de los demás elementos que habían cooperado con la Revolución de Febrero fueron reconocidas en la parte leonina que obtuvieron en el gobierno. Por eso, en ningún período nos encontramos con una mezcla más heterogénea de frases altisonantes e indecisión y desamparo efectivos, de aspiraciones más entusiastas de innovación y de imperio más firme de la vieja rutina, de más aparente armonía de toda la sociedad y más profunda discordancia entre sus elementos. Mientras el proletariado de París se deleitaba todavía en la contemplación de la gran perspectiva que se había abierto ante él y se entregaba con toda seriedad a discusiones sobre los problemas sociales, las viejas fuerzas de la sociedad se habían agrupado, reunido, conciliado, y encontraban un apoyo inesperado en la masa de la nación: los campesinos y los pequeños burgueses, que se precipitaron todos simultáneamente a la escena política después de derribar las barreras de la Monarquía de Julio.[113]

El segundo período, desde el 4 de mayo de 1848 hasta fines de mayo de 1849, es el período de la constitución, de la fundación de la república burguesa. Inmediatamente después de las jornadas de Febrero no solo se vio tomada de sorpresa la oposición dinástica por los republicanos, y estos por los socialistas, sino Francia entera por París. La Asamblea Nacional, que se reunió el 4 de mayo de 1848, surgida de las elecciones nacionales, representaba a la nación. Era una protesta viviente contra las pretensiones de las jornadas de Febrero y debía reducir al rasero burgués los resultados de la revolución. En vano el proletariado de París, que comprendió inmediatamente el carácter de esta Asamblea Nacional, intentó el 15 de mayo,[114] pocos días después de reunirse esta, descartar por la fuerza su existencia, disolverla, descomponer de nuevo en sus

distintas partes integrantes la forma orgánica con que lo amenazaba el espíritu reaccionario de la nación. Como es sabido, el único resultado del 15 de mayo fue alejar de la escena pública, durante todo el ciclo que examinamos, a Blanqui y sus camaradas, vale decir, a los verdaderos jefes del partido proletario.

A la monarquía burguesa de Luis Felipe solo puede suceder la república burguesa; eso quiere decir que si en nombre del rey había dominado una parte reducida de la burguesía, en lo sucesivo dominará la totalidad de la burguesía en nombre del pueblo. Las reivindicaciones del proletariado de París son patrañas utópicas con las que hay que acabar. El proletariado de París contestó a esta declaración de la Asamblea Nacional Constituyente con la insurrección de junio, [115] el acontecimiento más gigantesco en la historia de las guerras civiles europeas. Triunfó la república burguesa. A su lado estaban la aristocracia financiera, la burguesía industrial, la clase media, los pequeños burgueses, el ejército, el lumpemproletariado organizado como Guardia Móvil, los intelectuales, los curas y la población del campo. Al lado del proletariado de París no estaba más que él solo. Más de 3000 insurrectos fueron pasados a cuchillo después de la victoria y 15.000 fueron deportados sin juicio. Con esta derrota, el proletariado pasa al fondo de la escena revolucionaria. Tan pronto como el movimiento parece adquirir nuevos bríos, intenta una y otra vez ganar nuevamente el primer plano, pero con una energía cada vez más exigua y con resultados cada vez más insignificantes. Tan pronto como una de las capas sociales superiores a él entra en efervescencia revolucionaria, el proletariado anuda un vínculo con ella y así va compartiendo todas las derrotas que, unos tras otros, sufren los diversos partidos. Pero estos golpes sucesivos se atenúan cada vez más conforme se reparten por toda la superficie de la sociedad. Sus jefes más importantes en la Asamblea Nacional y en la prensa van cayendo, sucesivamente, víctimas de los tribunales, y los suplantan al frente de aquel figuras cada vez más equívocas. En parte, el proletariado se entrega a experimentos doctrinarios, bancos de cambio y asociaciones obreras, es decir, a un movimiento en el que renuncia a transformar el viejo mundo, con ayuda de todos los grandes recursos propios de este mundo, e intenta, por el contrario, conseguir su emancipación a espaldas de la sociedad, por la vía privada, dentro de sus limitadas condiciones de existencia, y, por tanto, forzosamente fracasa. Parece que no puede recuperar en sí mismo la grandeza revolucionaria, ni sacar nuevas energías de los nuevos vínculos que ha entablado, mientras no logre que junto a él yazgan todas las clases contra las que ha luchado en junio. Pero, por lo menos, sucumbe con los honores de una gran lucha de alcance histórico-universal; no solo Francia, sino Europa entera tiembla ante el terremoto de junio,

mientras que las sucesivas derrotas de las clases más altas se consiguen a costo tan módico que solo la insolente exageración del partido vencedor puede hacerlas pasar por acontecimientos, y son tanto más ignominiosas cuanto más lejos queda del proletariado el partido que sucumbe.

Ciertamente, la derrota de los insurrectos de junio había preparado, allanado, el terreno donde podía cimentarse y erigirse la república burguesa; pero, al mismo tiempo, había puesto de manifiesto que en Europa se ventilaban otras cuestiones que la de "república o monarquía". Había revelado que aquí república burguesa equivalía a despotismo ilimitado de una clase sobre otras. Había demostrado que en países de vieja civilización, con una formación de clase desarrollada, con condiciones modernas de producción y con una conciencia intelectual, en la que todas las ideas tradicionales se hallan disueltas por un trabajo secular, por lo general la república no significa más que la forma política de la subversión de la sociedad burguesa y no la forma de su conservación con vida (así, por ejemplo, en los Estados Unidos de América, donde, si bien ya existen clases sociales, estas no se han plasmado todavía, sino que cambian constantemente y se ceden unas a otras sus partes integrantes, en movimiento continuo; donde los medios modernos de producción, en vez de coincidir con una superpoblación crónica, suplen más bien la relativa escasez de cabezas y brazos, y donde, por último, el movimiento febrilmente juvenil de la producción material, que tiene un mundo nuevo que apropiarse, no ha dejado tiempo ni ocasión para eliminar el viejo mundo espiritual).

Durante las jornadas de junio, todas las clases y todos los partidos se habían unido en un Partido del Orden frente a la clase proletaria, al partido de la anarquía, del socialismo, del comunismo. Habían "salvado" a la sociedad de los "enemigos de la sociedad". Habían recuperado y dado como santo y seña a su ejército los tópicos de la vieja sociedad –"Propiedad, familia, religión y orden"–, y gritado a la cruzada contrarrevolucionaria: "¡Bajo este signo, vencerás!".[116] Desde este instante, tan pronto como cualquiera de los numerosos partidos que se habían agrupado bajo aquel signo contra los insurrectos de junio se esfuerza por defender el campo de batalla revolucionario en su propio interés de clase, sucumbe al grito de "¡Propiedad, familia, religión y orden!". La sociedad es "salvada" cada vez que el círculo de sus dominadores se estrecha y un interés más exclusivo se impone al más amplio. Cualquier reivindicación, aun de la más elemental reforma financiera burguesa, del liberalismo más vulgar, del más formal republicanismo, de la más trivial democracia, es castigada en el acto como un "atentado contra la sociedad" y estigmatizada como "socialismo".

Hasta que, por último, los propios sumos sacerdotes de “la religión y el orden” se ven arrojados a puntapiés de sus sillas píticas,[117] sacados de la cama en medio de la noche y de la niebla, empaquetados en coches celulares, metidos en la cárcel o enviados al destierro; de su templo no queda piedra sobre piedra, sus bocas son selladas, sus plumas rotas y su ley desgarrada en nombre de la religión, la propiedad, la familia y el orden.[118] Burgueses fanáticos del orden son tiroteados en sus balcones por la soldadesca ebria, la santidad de su hogar es profanada y sus casas son bombardeadas como pasatiempo: todo, en nombre de la propiedad, la familia, la religión y el orden. La hez de la sociedad burguesa forma por fin la sagrada falange del orden; y el héroe Krapülinski[119] se instala en las Tullerías[120] como “salvador de la sociedad”.

II

Reanudemos el hilo de los acontecimientos.

La historia de la Asamblea Nacional Constituyente desde las jornadas de junio es la historia de la dominación y de la disgregación de la fracción burguesa republicana, de aquella fracción que es conocida con los nombres de republicanos tricolores, republicanos puros, republicanos políticos, republicanos formalistas, etc.

Bajo la monarquía burguesa de Luis Felipe, esta fracción había armado la oposición republicana oficial y, por tanto, era reconocida como parte integrante del mundo político de la época. Tenía sus representantes en las Cámaras y un considerable campo de acción en la prensa. Su órgano parisino, Le National,[121] era considerado, a su modo, un órgano tan respetable como el Journal des Débats;[122] a esta posición que ocupaba bajo la monarquía constitucional correspondía su carácter. No se trataba de una fracción de la burguesía cohesionada por grandes intereses comunes y deslindada por condiciones peculiares de producción, sino de una pandilla de burgueses, escritores, abogados, oficiales y funcionarios de ideas republicanas, cuya influencia reposaba sobre las antipatías personales del país contra Luis Felipe, sobre los recuerdos de la antigua república, sobre la fe republicana de cierta cantidad de soñadores y, en especial, sobre el nacionalismo francés, cuyo odio contra los Tratados de Viena[123] y contra la alianza con Inglaterra que atizaba constantemente esta fracción. Gran porción de los partidarios que tenía Le National bajo Luis Felipe se debía a este imperialismo disimulado, que más tarde, bajo la República, pudo enfrentarse, por tanto, con él, como un adversario aplastante, en la persona de Luis Bonaparte. Combatía a la aristocracia financiera, como lo hacía el resto de la oposición burguesa. La polémica contra el presupuesto, que en Francia se hallaba directamente relacionada con la lucha contra la aristocracia financiera, brindaba una popularidad demasiado barata y proporcionaba a los leading articles[124] puritanos materia demasiado abundante como para que no se la explotase. La burguesía industrial tenía gratitud por Le National a causa de su defensa servil del sistema proteccionista francés, que él, sin embargo, acogía por razones más bien nacionales que nacional-económicas;

la burguesía, en conjunto, le tenía gratitud a causa de sus odiosas denuncias contra el comunismo y el socialismo. Por lo demás, el partido de Le National era republicano puro, exigía que el dominio de la burguesía adoptase formas republicanas en vez de monárquicas y, sobre todo, exigía su parte de león en este dominio. Respecto de las condiciones de esta transformación, no veía absolutamente nada claro. Lo que, en cambio, veía claro como la luz del sol y lo que se declaraba en público durante los banquetes reformistas en los últimos tiempos del reinado de Luis Felipe era su impopularidad entre los pequeños burgueses demócratas y, sobre todo, entre el proletariado revolucionario. Estos republicanos puros –los republicanos puros son así– estaban completamente dispuestos a contentarse por el momento con una regencia de la duquesa de Orleans[125] cuando estalló la Revolución de Febrero y asignó a sus representantes más conocidos un puesto en el Gobierno Provisional. Poseían de antemano, naturalmente, la confianza de la burguesía y la mayoría dentro de la Asamblea Nacional Constituyente. De la Comisión Ejecutiva, que se formó en la Asamblea Nacional al reunirse esta, fueron excluidos de inmediato los elementos socialistas del Gobierno Provisional, y el partido de Le National aprovechó el estallido de la insurrección de junio para dar la carta de despido a la Comisión Ejecutiva y así librarse de sus rivales más afines, los republicanos pequeñoburgueses o republicanos demócratas (Ledru-Rollin, etc.).

Cavaignac, el general del partido republicano burgués, que había dirigido la batalla de junio, sustituyó la Comisión Ejecutiva, con una especie de poder dictatorial. Marrast, antiguo redactor en jefe de Le National, se convirtió en el presidente perpetuo de la Asamblea Nacional Constituyente, y los ministerios y los demás puestos importantes cayeron en manos de los republicanos puros.

La fracción burguesa republicana, que desde hacía mucho tiempo se consideraba la legítima heredera de la Monarquía de Julio, vio así superadas sus esperanzas más audaces, pero no llegó al poder como había soñado bajo Luis Felipe, por una revuelta liberal de la burguesía contra el trono, sino por una insurrección, sofocada a cañonazos, del proletariado contra el capital. Lo que ella se había imaginado como el acontecimiento más revolucionario resultó ser, en realidad, el más contrarrevolucionario. Le cayó el fruto en el regazo, pero no cayó del árbol de la vida sino del árbol del conocimiento.

La exclusiva dominación de los republicanos burgueses solo duró desde el 24 de junio hasta el 10 de diciembre de 1848. Esta etapa se resume en la redacción de una Constitución republicana y en la proclamación del estado de sitio en París.

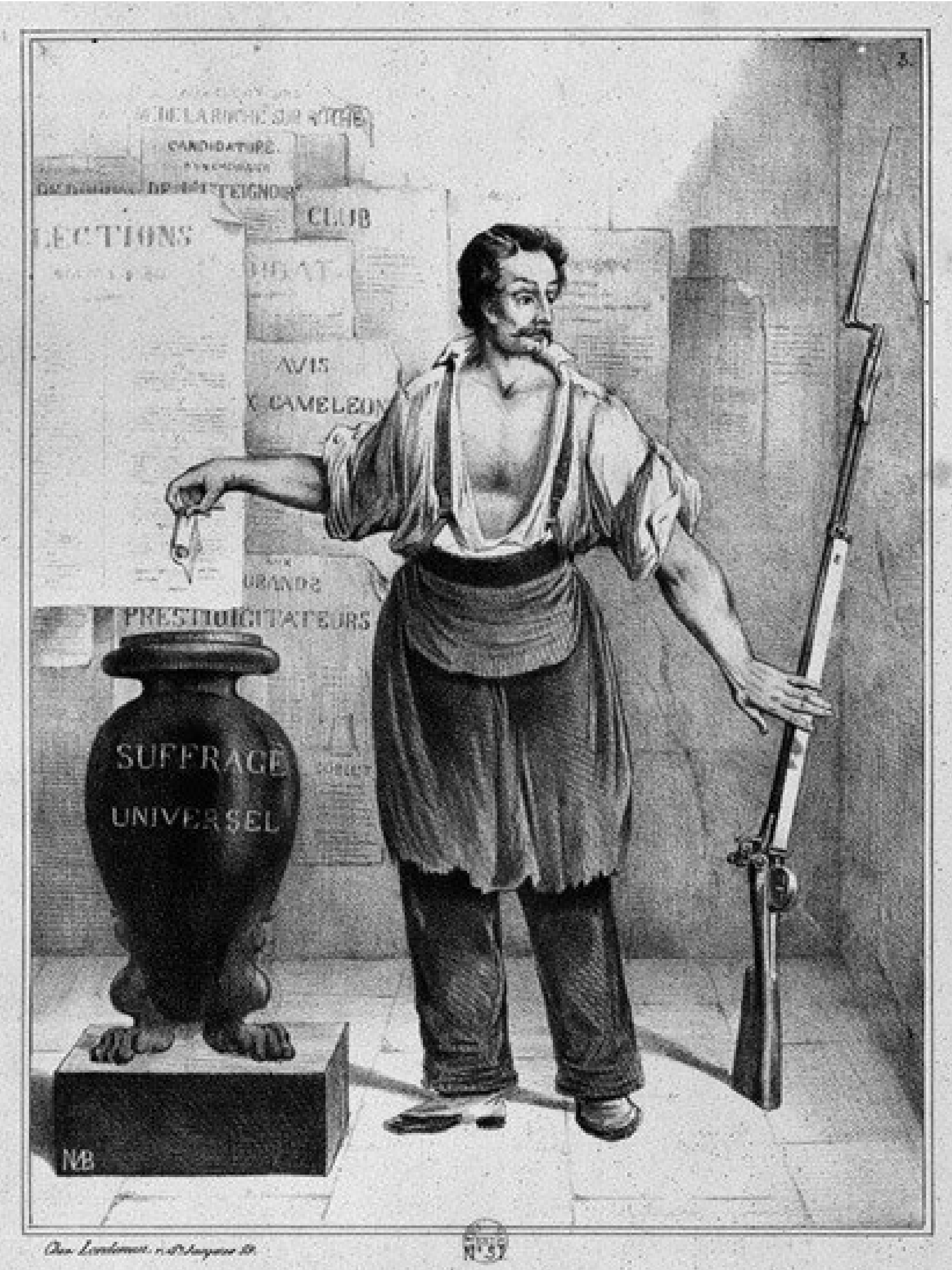
La nueva Constitución no era, en el fondo, más que una reedición republicanizada de la Carta Constitucional, de 1830.[126] El estricto sistema electoral censitario de la Monarquía de Julio, que excluía de la dominación política incluso a gran parte de la burguesía, era incompatible con la existencia de la república burguesa. La Revolución de Febrero había proclamado inmediatamente el sufragio universal y directo para reemplazar ese sistema censitario. Los republicanos burgueses no podían deshacer este hecho. Tuvieron que contentarse con añadir la condición restrictiva de un domicilio mantenido durante seis meses en la circunscripción electoral. La antigua organización administrativa, municipal, judicial, militar, etc. se mantuvo intacta y, allí donde la Constitución la modificó, estas modificaciones afectaban al índice y no al contenido; al nombre, no a la cosa.

El inevitable Estado Mayor de las libertades de 1848 –la libertad personal, de prensa, de palabra, de asociación, de reunión, de enseñanza, de culto, etc.– recibió un uniforme constitucional que las hacía invulnerables. En efecto, cada una de estas libertades es proclamada como derecho absoluto del ciudadano francés, pero con un comentario adicional de que estas mismas libertades son ilimitadas siempre y cuando no sean limitadas por los “derechos iguales de los demás y por la seguridad pública”, o bien por “leyes” tendientes a armonizar estas libertades individuales entre sí y con la seguridad pública. Así, por ejemplo:

Los ciudadanos tienen derecho a asociarse, a reunirse pacíficamente y sin armas, a formular peticiones y a expresar sus opiniones por medio de la prensa o de otro modo. El goce de estos derechos no tiene otro límite que los derechos o la libertad de los demás y la seguridad pública (cap. II de la Constitución francesa, art. 8).

La enseñanza es libre. La libertad de enseñanza se ejerce según las condiciones que determina la ley y bajo el control supremo del Estado (cap. II, art. 9).

El domicilio de todo ciudadano es inviolable, salvo en las condiciones previstas por la ley (cap. I, art. 3).



Çà, c'est pour l'ennemi du dehors ; pour le dedans, voici comme l'on combat loyalement les adversaires. . . .

Etc., etc. Por tanto, la Constitución remite constantemente a futuras leyes orgánicas, que han de precisar y poner en práctica aquellas reservas y regular el disfrute de estas libertades ilimitadas, de modo que no choquen entre sí, ni con la seguridad pública. Estas leyes orgánicas fueron promulgadas más tarde por los amigos del orden, y todas esas libertades, reguladas de modo que la burguesía no chocase en su disfrute con los derechos iguales de las otras clases. Allí donde veda por completo "a los otros" estas libertades, o consiente su disfrute bajo condiciones que son otras tantas celadas policíacas, lo hace siempre, pura y exclusivamente, en interés de la "seguridad pública", es decir, de la seguridad de la burguesía, tal como lo ordena la Constitución. En lo sucesivo, por tanto, ambas partes invocan, con pleno derecho, la Constitución: los amigos del orden, al anular todas esas libertades, y los demócratas, al reivindicarlas todas. En efecto, cada artículo de la Constitución incluye su propia antítesis, su propia Cámara Alta y su propia Cámara Baja. En la cláusula general, la libertad; en el comentario adicional, la anulación de la libertad. Por tanto, mientras se respetase el nombre de la libertad y solo se impidiese su aplicación real y efectiva –por la vía legal, se entiende–, la existencia constitucional de la libertad permanecía íntegra, intacta, por mucho que se asesinase su existencia común y corriente.

Sin embargo, esta Constitución, convertida en inviolable de un modo tan sutil, era, como Aquiles, vulnerable en un punto; no en el talón, sino en la cabeza o, mejor dicho, en las dos cabezas en que culminaba: la Asamblea Legislativa, por una parte, y, por otra, el presidente. Si se repasa la Constitución, se verá que los únicos artículos absolutos, positivos, indiscutibles y sin tergiversación posible son aquellos que determinan las relaciones entre el presidente y la Asamblea Legislativa. En efecto, aquí se trataba, para los republicanos burgueses, de asegurar su propia posición. Los arts. 45-70 de la Constitución están redactados de tal forma que la Asamblea Nacional puede destituir al presidente constitucionalmente, mientras que el presidente solo puede eliminar a la Asamblea Nacional inconstitucionalmente, desechando la propia Constitución. Así, ella misma provoca su violenta supresión. No solo consagra la división de poderes, como la Carta Constitucional de 1830, sino que la extiende hasta una contradicción insostenible. El juego de los poderes constitucionales –como Guizot llamaba a las camorras parlamentarias entre el Poder Legislativo y el Ejecutivo– en la Constitución de 1848 siempre se juega va banque.[127] Por un lado, 750 representantes del pueblo, elegidos por sufragio universal y reelegibles, que forman una Asamblea Nacional no fiscalizable, indisoluble e indivisible, una Asamblea Nacional que goza de omnipotencia legislativa, que

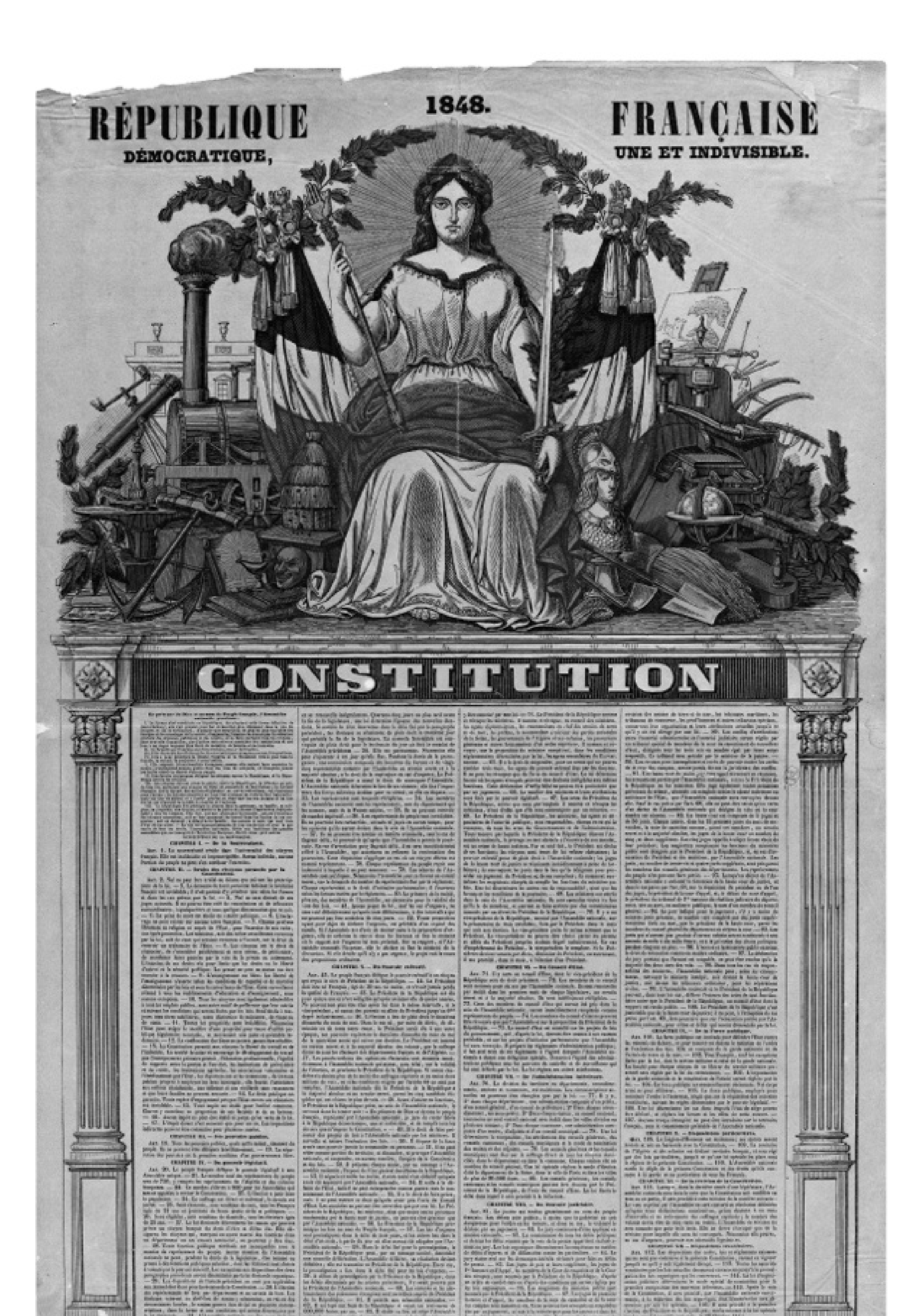
decide en última instancia acerca de la guerra, la paz y los tratados comerciales, la única que tiene el derecho de amnistía y que, dado que es permanente, no deja de ocupar el primer plano de la escena. Por otro lado, el presidente, con todos los atributos del poder regio, con facultades para nombrar y separar a sus ministros independientemente de la Asamblea Nacional, con todos los medios del Poder Ejecutivo en sus manos, ya que distribuye todos los puestos y, por tanto, decide en Francia la suerte de más de 1.500.000 existencias, que dependen de los 500.000 funcionarios y oficiales de todos los grados. Tiene bajo su mando todo el poder armado. Goza del privilegio de indultar a delincuentes individuales, de imponer suspensiones a los guardias nacionales, de destituir –de acuerdo con el Consejo de Estado– los Consejos Generales, Cantonales y Municipales elegidos por los propios ciudadanos. La iniciativa y la dirección de todos los tratados con el extranjero son facultades reservadas a él. Mientras la Asamblea Nacional actúa constantemente sobre tablas, expuesta a la luz del día y a la crítica pública, el presidente lleva una vida oculta en los Campos Elíseos[128] y, además, tiene siempre clavado en los ojos y en el corazón el art. 45 de la Constitución, que cotidianamente le grita: “Frère, il faut mourir![129] ¡Tu poder caduca el segundo domingo del hermoso mes de mayo del cuarto año de tu elección! ¡Y entonces, todo este esplendor se acaba y la función no puede repetirse, y si tienes deudas, mira a tiempo cómo te las arreglas para saldarlas con los 600.000 francos que te asigna la Constitución, si es que acaso no prefieres dar con tus huesos en Clichy[130] al segundo lunes del hermoso mes de mayo!”. A la par que asigna al presidente el poder efectivo, la Constitución procura asegurar a la Asamblea Nacional el poder moral. Aparte de que es imposible atribuir un poder moral mediante los artículos de una ley, la Constitución aquí vuelve a anularse a sí misma, al disponer que el presidente será elegido por todos los franceses mediante sufragio universal y directo. Mientras los votos de Francia se dispersan entre los 750 diputados de la Asamblea Nacional, aquí se concentran, por el contrario, en un solo individuo. Mientras cada uno de los representantes del pueblo solo representa a este o a aquel partido, a esta o aquella ciudad, a esta o aquella cabeza de puente o incluso a la mera necesidad de elegir a uno cualquiera que complete el número de los 750, sin parar mientes minuciosamente en la cuestión ni en el hombre, él es el elegido de la nación, y el acto de su elección es la carta de triunfo que juega una vez cada cuatro años el pueblo soberano. Con la nación, la Asamblea Nacional elegida sostiene una relación metafísica, mientras que el presidente elegido sostiene una relación personal. Desde luego, la Asamblea Nacional representa, en sus distintos diputados, las múltiples facetas del espíritu nacional, pero en el presidente se encarna este espíritu. El presidente posee frente a ella una suerte de derecho

divino, es presidente por Gracia del Pueblo.

Tetis, la diosa del mar, había profetizado a Aquiles que moriría en la flor de la juventud. La Constitución, que tenía su punto vulnerable, como Aquiles, tenía también como este el presentimiento de que moriría de muerte prematura. A los constituyentes republicanos puros les bastaba con echar desde el alto paraíso de su república ideal una mirada al mundo profano para darse cuenta de que, conforme se acercaban a la consumación de su gran obra de arte legislativo, crecían por días la insolencia de los monárquicos, de los bonapartistas, de los demócratas, de los comunistas, y su propio descrédito, sin que, por tanto, Tetis necesitase abandonar el mar y confiarles el secreto. Intentaron salir astutamente al paso de la fatalidad con un ardid constitucional, mediante el art. 111 de la Constitución, según el cual cada propuesta de revisión constitucional debe votarse en tres debates sucesivos, con un intervalo de un mes entero entre cada debate, por las tres cuartas partes de los votantes, por lo menos, y siempre y cuando, además, voten no menos de 500 diputados de la Asamblea Nacional. Con esto no hacían más que el pobre intento de seguir ejerciendo como minoría –porque ya se veían proféticamente como tal– un poder que en aquel momento, en que disponían de la mayoría parlamentaria y de todos los resortes del poder del gobierno, se les iba escapando de las débiles manos en cuestión de días.

Hacia el final, en un artículo melodramático, la Constitución se confía “a la vigilancia y al patriotismo de todo el pueblo francés y de cada francés por separado”, después de que en otro artículo entregó ya los “vigilantes” y “patriotas” a los tiernos y criminalísimos cuidados de la Corte Suprema, Haute Cour, creada expresamente por ella.

Tal era la Constitución de 1848, que no fue derribada el 2 de diciembre de 1851 al contacto de una cabeza, sino que se desplomó cuando la tocó un simple sombrero; cierto es que este sombrero era el tricornio napoleónico.



Fabrique d'Images de DEMBOUR et GANGEL, à Metz, et à Paris, rue Serpente, 7.

Mientras los republicanos burgueses de la Asamblea se ocupaban en cavilar, discutir y votar esta Constitución, Cavaignac mantenía, fuera de la Asamblea, el estado de sitio en París. El estado de sitio en París fue el comadrón de la Constituyente en sus dolores republicanos de parto. Si más tarde la Constitución fue muerta por las bayonetas, no hay que olvidar que también había sido guardada en el vientre materno y traída al mundo por las bayonetas, por bayonetas vueltas contra el pueblo. Los antepasados de los "republicanos honestos" habían hecho dar la vuelta por Europa a su símbolo, la bandera tricolor.[131] Por su parte, ellos hicieron también un invento que por sí mismo se abrió paso por todo el continente, pero retornando a Francia con amor siempre renovado, hasta que acabó por adquirir carta de ciudadanía en la mitad de sus departamentos: el estado de sitio. ¡Magnífico invento, aplicado con regularidad en cada una de las crisis sucesivas en el curso de la Revolución Francesa! Y el cuartel y el vivac, puestos así, periódicamente, sobre la cabeza de la sociedad francesa para aplastarle el cerebro y convertirla en un ser tranquilo; el sable y el mosquetón, que periódicamente impartían la justicia y la administración, ejercían tutela y censura, ejercían funciones de policía y oficio de serenos; el bigote y el uniforme, que se preconizaban periódicamente como la sabiduría suprema y como los rectores de la sociedad: ese cuartel y ese vivac, ese sable y ese mosquetón, ese bigote y ese uniforme ¿no tenían necesariamente que terminar por creer que era mejor salvar a la sociedad de una vez para siempre, proclamando su propio régimen como el más alto de todos y descargando por completo a la sociedad burguesa de la preocupación de gobernarse por sí misma? El cuartel y el vivac, el sable y el mosquetón, el bigote y el uniforme tenían necesariamente que terminar por creerlo, con tanta mayor razón cuanto que en ese caso podían esperar además una mejor recompensa por sus altos servicios, mientras que si se limitaban a declaraciones periódicas de estado de sitio y a salvatajes transitorios de la sociedad, por encargo de esta o aquella fracción de la burguesía, se ganaba poco de sólido, fuera de algunos muertos y heridos y de algunas muecas amistosas de burgueses. ¿Por qué el elemento militar no podía jugar por fin de una vez al estado de sitio en su propio interés y para su propio beneficio, sitiando al mismo tiempo los bolsillos burgueses? Por lo demás, digámoslo de paso: no olvidemos que el coronel Bernard, el mismo que, como presidente de la comisión militar, bajo órdenes de Cavaignac, había ayudado a mandar a la deportación, sin juicio, a 15.000 insurrectos, volvía a hallarse en este momento a la cabeza de las comisiones militares que estaban activas en París.

Si con el estado de sitio de París los republicanos "honestos", los republicanos

puros, plantaron el vivero en que habrían de criarse los pretorianos[132] del 2 de diciembre de 1851, merecen en cambio que se ensalce en ellos la circunstancia de que, lejos de exagerar el sentimiento nacional como habían hecho bajo Luis Felipe, ahora, cuando disponen del poder de la nación, se arrastran a los pies del extranjero y, en vez de liberar a Italia, hacen que vuelvan a ocuparla los austríacos y los napolitanos.[133] La elección de Luis Bonaparte como presidente, el 10 de diciembre de 1848, puso fin a la dictadura de Cavaignac y a la Constituyente.

En el art. 44 de la Constitución se dice: “El presidente de la República Francesa no deberá haber perdido nunca la ciudadanía francesa”. El primer presidente de la República Francesa, L. N. Bonaparte, no solo había perdido la ciudadanía francesa, no solo había sido agente especial de la policía inglesa, sino que incluso era un suizo naturalizado.[134]

Ya he expuesto en otro lugar la significación de las elecciones del 10 de diciembre.[135] Ya no retomaré aquí esos temas. Baste observar que fue una reacción de los campesinos, que habían tenido que pagar el costo de la Revolución de Febrero, contra las demás clases de la nación, una reacción del campo contra la ciudad. Esta reacción encontró gran eco en el ejército, al que los republicanos de Le National no habían dado fama ni aumento de sueldo; entre la gran burguesía, que saludó en Bonaparte el puente hacia la monarquía; entre los proletarios y los pequeños burgueses, que lo saludaron como un azote para Cavaignac. Más adelante tendré ocasión de examinar con mayor detalle el papel de los campesinos en la Revolución Francesa.

El lapso que va desde el 20 de diciembre de 1848 hasta la disolución de la Constituyente en mayo de 1849 abarca la historia del ocaso de los republicanos burgueses. Después de crear una república para la burguesía, de expulsar del campo de lucha al proletariado revolucionario y de reducir provisionalmente al silencio a la pequeña burguesía democrática, ellos mismos se ven relegados por la masa de la burguesía que, con justo derecho, embarga a esta república como cosa de su propiedad. Pero esta masa burguesa era realista. Una parte de ella, los grandes propietarios de tierras, había dominado bajo la Restauración y, por tanto, era legitimista. La otra parte, los aristócratas de las finanzas y de la gran industria, había dominado bajo la Monarquía de Julio y, por tanto, era orleanista.[136] Los altos dignatarios del Ejército, de la Universidad, de la Iglesia, del Foro, de la Academia y de la Prensa se repartían entre ambos campos, aunque en distinta proporción. Aquí, en la república burguesa, que no ostentaba el nombre

de Borbón ni el nombre de Orleans, sino el nombre de Capital, habían encontrado la forma de gobierno bajo la cual podían dominar conjuntamente. Ya la insurrección de junio los había unido en las filas del Partido del Orden.[137] Para entonces, la cuestión prioritaria era eliminar a la pandilla de los republicanos burgueses que ocupaban todavía los escaños de la Asamblea Nacional. Y todo lo que estos republicanos puros habían tenido de brutales para abusar de la fuerza física contra el pueblo lo tuvieron luego de cobardes, de pusilánimes, de timoratos, de alicaídos, de incapaces de luchar para mantener su republicanismo y su derecho de legisladores frente al Poder Ejecutivo y los realistas. No me incumbe relatar aquí la historia ignominiosa de su desintegración. No decayeron, se desvanecieron. Su historia terminó para siempre, y en el período siguiente, lo mismo dentro que fuera de la Asamblea, ya solo figuran como recuerdos, recuerdos que parecen revivir tan pronto como se trata del mero nombre de república y cuantas veces el conflicto revolucionario amenaza con descender hasta el nivel más bajo. Diré, de paso, que en el período siguiente el periódico que dio su nombre a este partido, Le National, se pasó al socialismo.

Antes de terminar con este período, tenemos que echar todavía una ojeada retrospectiva a los dos poderes, uno de los cuales anuló al otro el 2 de diciembre de 1851, mientras que desde el 20 de diciembre de 1848 hasta la disolución de la Constituyente vivieron en relaciones conyugales. Nos referimos, por un lado, a Luis Bonaparte y, por otro, al partido de los realistas coligados, al Partido del Orden, al partido de la gran burguesía. Al tomar posesión de la presidencia, Bonaparte formó inmediatamente un Gabinete del Partido del Orden, al frente del cual puso a Odilon Barrot, que era, nótese bien, el antiguo dirigente de la fracción más liberal de la burguesía parlamentaria. Por fin, el señor Barrot había echado mano a la cartera ministerial cuyo espectro lo perseguía desde 1830 y, más aún, la presidencia del Gabinete; pero no como lo había soñado bajo Luis Felipe, como el jefe más avanzado de la oposición parlamentaria, sino con la misión de ultimar a un Parlamento y como aliado de todos sus peores enemigos, los jesuitas y los legitimistas. Por fin, pudo casarse con la novia, pero solo después de que esta había sido ya prostituida. En cuanto a Bonaparte, en apariencia se eclipsó por completo. Ese partido actuaba por él.

Ya en el primer consejo de ministros se decidió la expedición a Roma, que se convino realizar a espaldas de la Asamblea Nacional y arrancándole a esta los medios financieros bajo un pretexto falso.[138] Así comenzó la cosa, con una estafa a la Asamblea Nacional y con una conspiración secreta con las potencias

absolutistas extranjeras contra la República revolucionaria romana. Del mismo modo y con la misma maniobra, Bonaparte preparó su golpe del 2 de diciembre contra la Asamblea Legislativa realista y su República constitucional. No olvidemos que ese mismo partido, que el 20 de diciembre de 1848 formaba el Gabinete de Bonaparte, formaba el 2 de diciembre de 1851 la mayoría de la Asamblea Nacional Legislativa.

La Constituyente había acordado en agosto no disolverse hasta después de preparar y promulgar una serie de leyes orgánicas complementarias de la Constitución. El 6 de enero de 1849, por medio del diputado Rateau, el Partido del Orden le propuso no tocar las leyes orgánicas y, antes bien, decidir su propia disolución. No solo el Gabinete, con el señor Odilon Barrot a la cabeza, sino todos los diputados realistas de la Asamblea Nacional le hicieron saber en ese momento, en tono imperativo, que su disolución era necesaria para restablecer el crédito, para consolidar el orden, para poner fin a aquella equívoca situación provisional y crear un estado de cosas definitivo; le expusieron que entorpecía la actividad del nuevo gobierno y solo procuraba alargar su vida por rencor, que el país estaba cansado de ella. Bonaparte tomó nota de todas estas invectivas contra el Poder Legislativo, se las aprendió de memoria y, el 2 de diciembre de 1851, demostró a los parlamentarios monárquicos que había aprovechado sus lecciones. Repitió contra ellos sus propios tópicos.

El Gabinete Barrot y el Partido del Orden fueron más allá. Hicieron que de toda Francia se dirigiesen petitorios a la Asamblea Nacional para que esta, muy amablemente, se retirase. De este modo, lanzaron a la batalla contra la Asamblea Nacional, expresión constitucionalmente organizada del pueblo, las masas del pueblo no organizadas. Enseñaron a Bonaparte a apelar ante el pueblo contra las asambleas parlamentarias. Por fin, el 29 de enero de 1849 llegó el día en que la Constituyente debía resolver el problema de su propia disolución. La Asamblea Nacional se encontró con el edificio en que se celebraban sus sesiones ocupado por fuerzas militares; Changarnier, el general del Partido del Orden en cuyas manos se concentraba el mando supremo de la Guardia Nacional y las tropas de línea, celebró en París una gran revista de efectivos, como en vísperas de una batalla, y los realistas coligados declararon conminatoriamente a la Constituyente que, si no se mostraba dócil, se emplearía la fuerza.[139] Se mostró dócil y regateó solo un plazo brevísimo de vida. ¿Qué fue el 29 de enero sino el coup d’État del 2 de diciembre de 1851, solo que ejecutado por los realistas junto con Bonaparte contra la Asamblea Nacional republicana? Esos señores realistas no advirtieron, o no quisieron advertir, que Bonaparte se valió

del 29 de enero de 1849 para hacer que desfilase ante él, por las Tullerías, una parte de las tropas, y se aferró ávidamente a esta primera demostración pública del poder militar contra el poder parlamentario para hacer alusión a Calígula.[140] Claro está que ellos no veían más que a su Changarnier.

El motivo que, sobre todo, llevó al Partido del Orden a acortar violentamente la vida de la Constituyente fueron las leyes orgánicas complementarias de la Constitución, como la ley de enseñanza, la ley de cultos, etc. A los realistas coligados les interesaba en extremo hacer ellos mismos estas leyes y no dejar que las hiciesen los republicanos ya recelosos. Entre estas leyes orgánicas figuraba también, sin embargo, una sobre la responsabilidad del presidente de la República. En 1851, la Asamblea Legislativa se ocupaba precisamente de la redacción de esta ley, cuando Bonaparte impidió este coup con el coup del 2 de diciembre. ¡Qué no habrían dado los realistas coligados, en su campaña parlamentaria del invierno de 1851, por haberse encontrado ya hecha la ley sobre la responsabilidad presidencial!

¡Y hecha, además, por una Asamblea desconfiada, rencorosa, republicana! Después de que la Constituyente misma rompiese el 29 de enero de 1849 su última arma, el Gabinete Barrot y los amigos del orden la acosaron a muerte, no dejaron por hacer nada que pudiera humillarla, y arrancaron a su debilidad y a su falta de confianza en sí misma leyes que le costaron el último resto de respeto de que aún gozaba entre el público. Bonaparte, con su idea fija napoleónica, tuvo la audacia suficiente para explotar públicamente esta degradación del poder parlamentario. En efecto, cuando el 8 de mayo de 1849 la Asamblea Nacional da un voto de censura al gobierno por la ocupación de Civitavecchia por Oudinot[141] y ordena que se reduzca la expedición romana a su supuesta finalidad, Bonaparte publica en el Moniteur,[142] en la tarde del mismo día, una carta en la que felicita a Oudinot por sus heroicas hazañas, y se presenta ya, por oposición a los escritorzuelos parlamentarios, como el generoso protector del ejército. Los realistas, al ver esto, se sonrieron, creyendo sencillamente que habían logrado embaucarlo. Al final, cuando Marrast, presidente de la Constituyente, por un momento creyó en peligro la seguridad de la Asamblea Nacional y, apoyándose en la Constitución, requirió a un coronel con su regimiento, el coronel se negó a obedecer, invocó la disciplina y remitió a Marrast a Changarnier, quien lo despidió sardónicamente, diciéndole que no le gustaban las baïonnettes intelligentes.[143] En noviembre de 1851, cuando los realistas coligados quisieron comenzar la lucha decisiva contra Bonaparte, intentaron, con su célebre proyecto de ley de los cuestores,[144] lograr que se

adoptara el principio de la requisición directa de las tropas por el presidente de la Asamblea Nacional. Uno de sus generales, Le Flô, había suscripto el proyecto de ley. Fue inútil que Changarnier votase en favor de la propuesta y que Thiers rindiese homenaje a la circunspecta sabiduría de la antigua Constituyente. El ministro de Guerra, Saint-Arnaud, le contestó como Changarnier había contestado a Marrast, ¡y entre los gritos de aplauso de la Montaña!

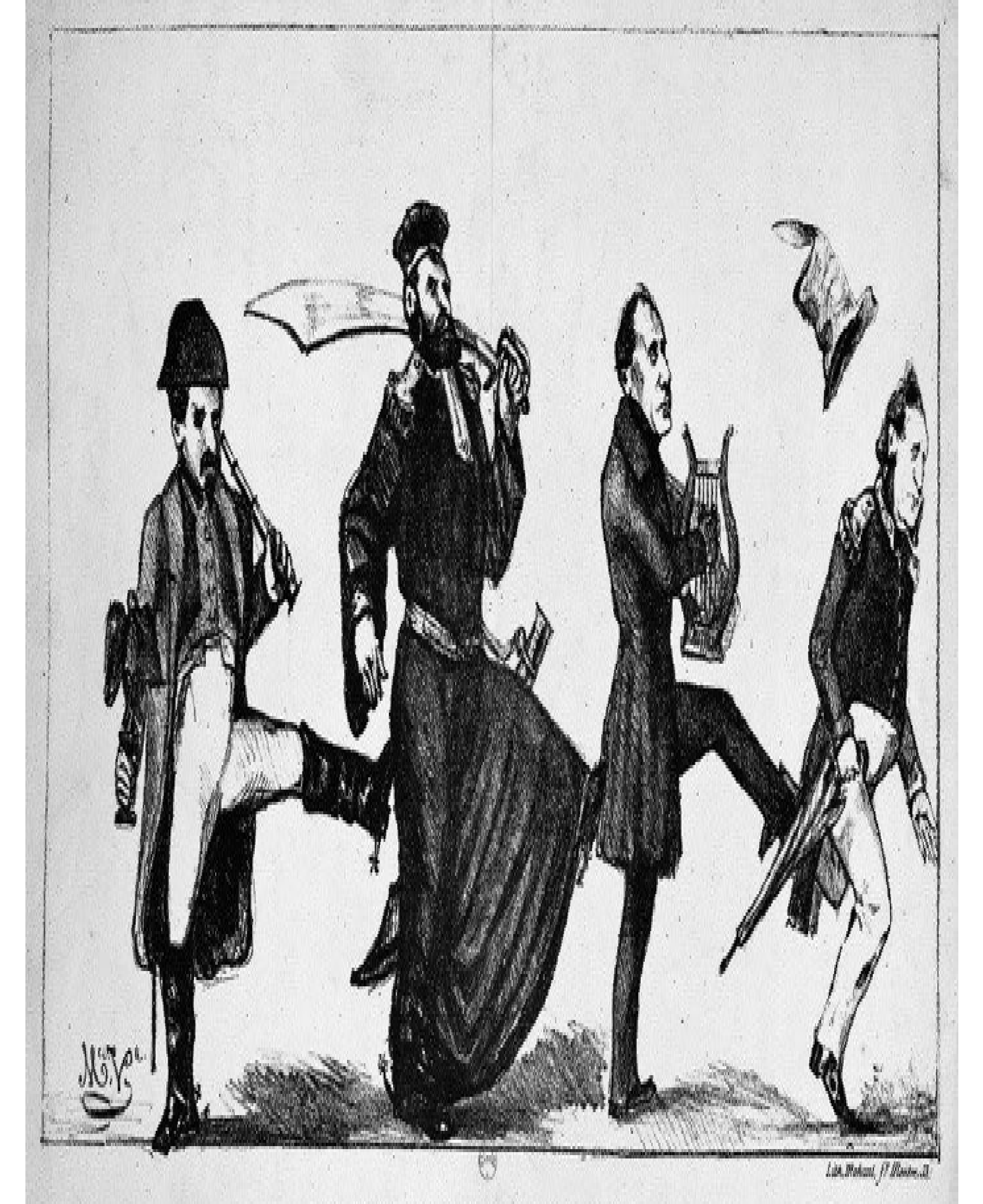
Así fue cómo el propio Partido del Orden, cuando todavía no era Asamblea Nacional, cuando solo era Gabinete, estigmatizó el régimen parlamentario. ¡Y pone el grito en el cielo cuando el 2 de diciembre de 1851 este régimen es desterrado de Francia!

¡Le deseamos feliz viaje!

III

El 28 de mayo de 1849 se reunió la Asamblea Nacional Legislativa. El 2 de diciembre de 1851 fue disuelta por la fuerza. Este período abarca la vida de la República constitucional o parlamentaria.

En la primera Revolución Francesa, a la dominación de los constitucionales le sigue la dominación de los girondinos, y a la dominación de los girondinos, la de los jacobinos.[145] Cada uno de estos partidos se apoya en el que se halla delante. Tan pronto como ha impulsado la revolución lo suficiente como para no poder seguirla, y mucho menos para poder encabezarla, es desplazado y enviado a la guillotina por el aliado, más intrépido, que está detrás de él. La revolución se mueve de este modo en un sentido ascendente.



LA SUITE PROCHAINEMENT.

En la Revolución de 1848 es al revés. El partido proletario aparece como apéndice del pequeñoburgués-democrático. Este lo traiciona y contribuye a su derrota el 16 de abril,[146] el 15 de mayo y en las jornadas de junio.[147] A su vez, el partido democrático se apoya sobre los hombros del republicano burgués. Apenas se consideran seguros, los republicanos burgueses se sacuden al molesto camarada y se apoyan, a su vez, sobre los hombros del Partido del Orden. El Partido del Orden levanta sus hombros, deja caer a los republicanos burgueses dando volteretas y salta, a su vez, a los hombros del poder armado. Y cuando cree que todavía está sentado sobre esos hombros, una buena mañana se encuentra con que los hombros se han convertido en bayonetas. Cada partido da coces al que empuja hacia delante y se apoya en las espaldas del partido que impulsa para atrás. No es extraño que, en esta ridícula postura, pierda el equilibrio y se derrumbe entre extrañas cabriolas, después de hacer las muecas inevitables. De este modo, la revolución se mueve en sentido descendente. En este movimiento de retroceso se encuentra todavía antes de desmontarse la última barricada de Febrero y de constituirse el primer órgano de autoridad revolucionaria. El período que tenemos ante nosotros abarca la mezcolanza más abigarrada de clamorosas contradicciones: constitucionales que conspiran abiertamente contra la Constitución, revolucionarios que confiesan abiertamente ser constitucionales, una Asamblea Nacional que quiere ser omnipotente y no deja de ser, ni un solo momento, parlamentaria; una Montaña que encuentra su misión en la resignación y para los golpes de sus derrotas presentes con la profecía de victorias futuras; realistas que son los patres conscripti[148] de la República y se ven obligados por la situación a mantener en el extranjero las dinastías reales en pugna, de que son partidarios, y sostener en Francia la República, que odian; un Poder Ejecutivo que encuentra la fuerza en su propia debilidad, y la respetabilidad en el desprecio que inspira; una República que no es más que la infamia combinada de dos monarquías, la de la Restauración y la de Julio, con una etiqueta imperial; alianzas cuya primera cláusula es la separación; luchas cuya primera ley es la indecisión; en nombre de la calma, una agitación desenfrenada y vacua; en nombre de la revolución, los más solemnes sermones en favor de la tranquilidad; pasiones sin verdad; verdades sin pasión; héroes sin hazañas heroicas; historia sin acontecimientos; un proceso cuya única fuerza propulsora parece ser el calendario, fatigoso por la sempiterna repetición de tensiones y relajamientos; antagonismos que solo parecen exaltarse periódicamente para embotarse y decaer, sin poder resolverse; esfuerzos pretenciosamente ostentados y espantos burgueses ante el peligro del fin del mundo, mientras los salvadores de este tejen las más mezquinas intrigas y

comedias palaciegas, que en su laisser-aller[149] recuerdan, más que el Juicio Final, los tiempos de la Fronda;[150] el genio colectivo oficial de Francia ultrajado por la estupidez ladina de un solo individuo; la voluntad colectiva de la nación, cuantas veces habla en el sufragio universal, busca su expresión adecuada en los enemigos empedernidos de los intereses de las masas, hasta que, por último, la encuentra en la voluntad obstinada de un filibustero. Si hay pasaje de la historia pintado en gris sobre fondo gris, es este. Hombres y acontecimientos aparecen como un Schlemihl[151] a la inversa, como sombras que han perdido sus cuerpos. La revolución misma paraliza a sus portadores y solo dota de violencia pasional a sus adversarios. Y cuando, por fin, aparece el "espectro rojo", constantemente evocado y conjurado por los contrarrevolucionarios, no aparece tocado con el gorro frigio[152] de la anarquía, sino vistiendo el uniforme del orden, con pantalones rojos.[153]

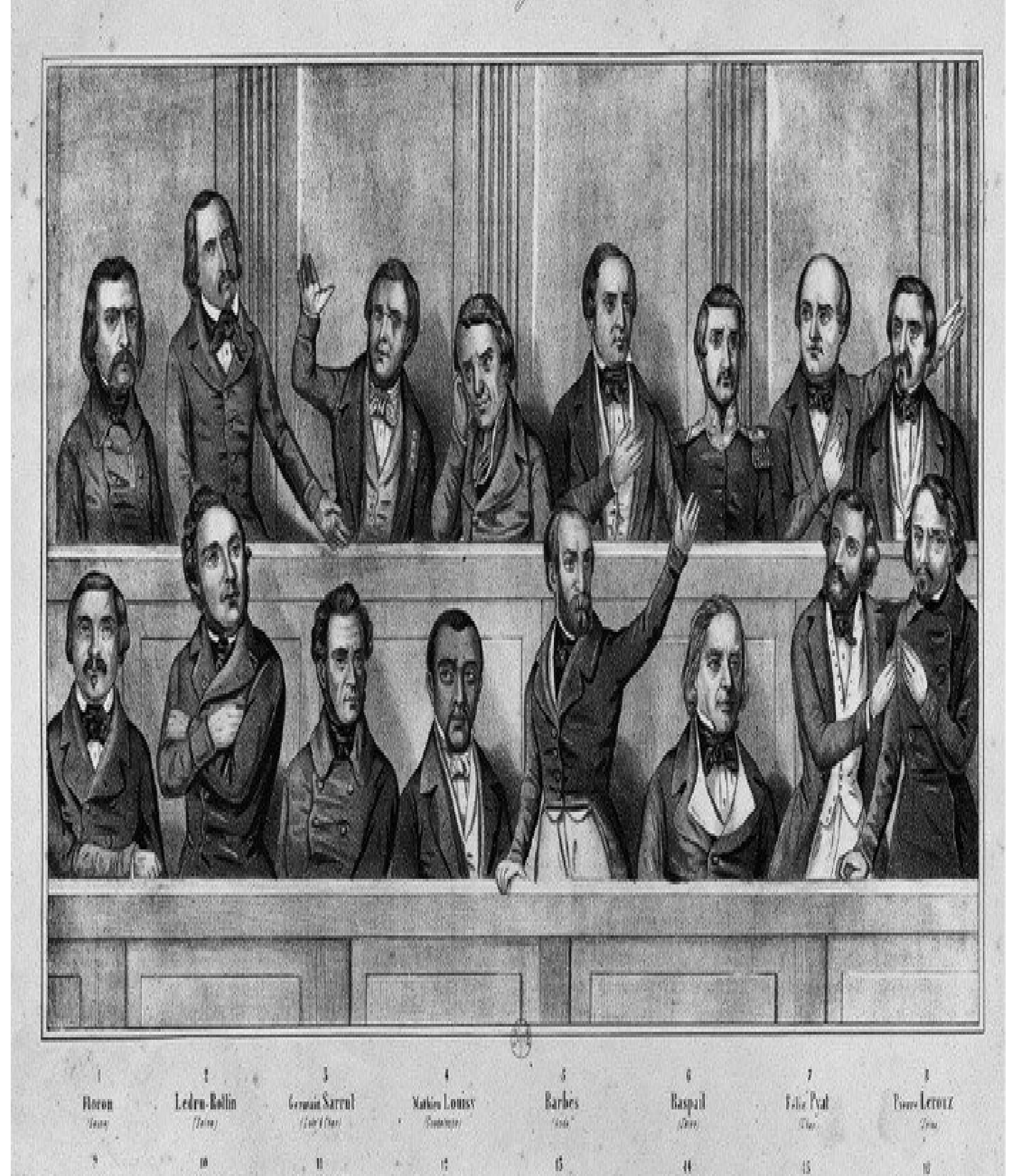
Veíamos que el Gabinete nombrado por Bonaparte el 20 de diciembre de 1848, el día de su ascensión, era un Gabinete del Partido del Orden, de coalición legitimista y orleanista. Este Gabinete Barrot-Falloux había sobrevivido a la Constituyente republicana, cuya vida había acortado de un modo más o menos violento, y empuñaba todavía el timón. Changarnier, el general de los realistas coligados, seguía concentrando en su persona el alto mando de la primera división militar y de la Guardia Nacional de París. Finalmente, las elecciones generales habían asegurado al Partido del Orden la gran mayoría en la Asamblea Nacional. Aquí, los diputados y los pares de Luis Felipe se encontraron con un santo tropel de legitimistas para quienes numerosas papeletas electorales de la nación se habían trocado en entradas para la escena política. Los diputados bonapartistas eran demasiado contados para poder formar un partido parlamentario independiente. Solo aparecían como una mauvaise queue[154] del Partido del Orden. Como vemos, el Partido del Orden tenía en sus manos el poder del gobierno, el ejército y el cuerpo legislativo; en una palabra, todos los poderes del Estado, y se veía fortalecido moralmente por las elecciones generales que daban a su dominación la apariencia de voluntad del pueblo, y por la victoria simultánea de la contrarrevolución en todo el continente europeo.

Jamás un partido abrió la campaña con medios más abundantes ni bajo mejores auspicios.

Los republicanos puros naufragados se vieron reducidos en la Asamblea Nacional Legislativa a una pandilla de unos 50 hombres, con los generales africanos Cavaignac, Lamoricière y Bedeau al frente. Pero el gran partido de

oposición lo formaba la Montaña. Con este nombre parlamentario se había bautizado el Partido Socialdemócrata. Disponía de más de 200 de los 750 votos de la Asamblea Nacional y era, por lo menos, tan fuerte como cualquiera de las tres fracciones del Partido del Orden por separado. Su minoría relativa frente a toda la coalición realista parecía estar compensada por circunstancias especiales. No solo porque las elecciones departamentales pusieron de manifiesto que este partido había ganado simpatías considerables entre la población del campo. Además, porque contaba en sus filas con casi todos los diputados de París, el ejército había hecho una confesión de fe democrática mediante la elección de tres suboficiales, y el jefe de la Montaña, Ledru-Rollin, a diferencia de todos los representantes del Partido del Orden, había sido elevado al rango de la nobleza parlamentaria por cinco departamentos que habían concentrado sus votos en él. Por tanto, el 28 de mayo de 1849, dados los inevitables choques intestinos de los realistas y los del entero Partido del Orden con Bonaparte, la Montaña parecía contar con plenas probabilidades de éxito. Catorce días después había perdido todo, hasta el honor.

La Montagne.



1 Flocon
2 Ledru-Rollin
3 Sarrut
4 Louisy
5 Barbès
6 Raspail
7 Pyat
8 Leroux
9 Considerant
10 Lagrange
11 Proudhon
12 Lamenais
13 Bac
14 Arago
15 Mathieu
16 Bernard

Antes de proseguir con la historia parlamentaria, son indispensables algunas observaciones para evitar los usuales errores acerca del carácter total de la época que nos ocupa. Desde la perspectiva de los demócratas, durante el período de la Asamblea Nacional Legislativa el problema es el mismo que el del período de la Constituyente: la simple lucha entre republicanos y realistas. En cuanto al movimiento mismo, lo acotan en el tópico de la reacción, noche en que todos los gatos son pardos y que les permite salmodiar todos sus lugares comunes, dignos de quien oficia de sereno. Y, ciertamente, a primera vista el Partido del Orden parece un ovillo de diversas fracciones realistas, que no solo intrigan unas contra otras para elevar cada cual al trono a su propio pretendiente y eliminar al del bando contrario, sino que, además, se unen todas en el odio común y en los ataques comunes contra la "República". Por su parte, la Montaña parece la representante de la "República" frente a esta conspiración realista. El Partido del Orden da la sensación de estar constantemente ocupado en una "reacción" que, ni más ni menos que en Prusia, va contra la prensa, contra la asociación, etc., y que, al igual que en Prusia, se traduce en brutales injerencias policíacas de la burocracia, de la gendarmería y de los tribunales. A su vez, la Montaña está constantemente ocupada con no menos celo en repeler estos ataques, defendiendo así los "eternos derechos humanos", como cada partido autoproclamado popular viene haciendo más o menos desde un siglo y medio atrás. Sin embargo, al examinar más de cerca la situación y los partidos, se esfuma esta apariencia superficial, que vela la lucha de clases y la peculiar fisonomía de este período.

Como quedó dicho, legitimistas y orleanistas formaban las dos grandes fracciones del Partido del Orden. ¿Qué era lo que hacía que estas fracciones se aferrasen a sus pretendientes y lo que las mantenía mutuamente separadas? ¿Serían tan solo las flores de lis[155] y la bandera tricolor, la Casa de Borbón y la Casa de Orleans, diferentes matices del realismo o, en general, su profesión de fe realista? Bajo los Borbones había gobernado la gran propiedad territorial, con sus curas y sus lacayos; bajo los Orleans, la alta finanza, la gran industria, el gran comercio, es decir, el capital, con todo su séquito de abogados, profesores y rétores. La monarquía legítima no era más que la expresión política de la dominación heredada de los señores de la tierra, del mismo modo que la Monarquía de Julio no era más que la expresión política de la dominación usurpada de los advenedizos burgueses. Lo que, por tanto, separaba a estas fracciones no era eso que llaman "principios", eran sus condiciones materiales de vida, dos especies distintas de propiedad; era el viejo antagonismo entre la

ciudad y el campo, la rivalidad entre el capital y la propiedad del suelo. Que, al mismo tiempo, había viejos recuerdos, enemistades personales, temores y esperanzas, prejuicios e ilusiones, simpatías y antipatías, convicciones, artículos de fe y principios que los mantenían unidos a una u otra dinastía ¿quién lo niega? Sobre las diversas formas de propiedad y sobre las condiciones sociales de existencia se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida diversos y plasmados de un modo peculiar.

La clase entera los crea y los forma derivándolos de sus bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes. El individuo suelto, a quien se imbuye la tradición y la educación, podrá creer que son los verdaderos móviles y el punto de partida de su conducta. Aunque los orleanistas y los legitimistas, aunque cada fracción se esforzase por convencerse a sí misma y por convencer a la otra de que las separaba la lealtad a sus dos dinastías, los hechos demostraron más tarde que lo que impedía que las dos dinastías se uniesen eran más bien sus intereses divididos. Y así como en la vida privada se distingue entre lo que un hombre piensa y dice de sí mismo y lo que realmente es y hace, en las luchas históricas hay que distinguir todavía más entre las frases y las figuraciones de los partidos y su organismo efectivo y sus intereses efectivos, entre lo que se imaginan ser y lo que en realidad son. Orleanistas y legitimistas se encontraron en la República los unos junto a los otros y con idénticas pretensiones. Si cada parte quería imponer frente a la otra la restauración de su propia dinastía, esto solo significaba una cosa: que cada uno de los dos grandes intereses en que se divide la burguesía –la propiedad del suelo y el capital– aspiraba a restaurar su propia supremacía y la subordinación del otro. Hablamos de dos intereses de la burguesía, pues la gran propiedad del suelo, pese a su coquetería feudal y a su orgullo de casta, estaba completamente aburguesada por el desarrollo de la sociedad moderna. También los tories en Inglaterra se crearon durante mucho tiempo la ilusión de creer que se entusiasmaban con la monarquía, la Iglesia y las bellezas de la vieja Constitución inglesa, hasta que llegó el día del peligro y les arrancó la confesión de que solo se entusiasmaban con la renta del suelo.

Los realistas coligados intrigaban unos contra otros en la prensa, en Ems,[156] en Claremont,[157] fuera del Parlamento. Entre bastidores, volvían a vestir sus viejas libreas orleanistas y legitimistas y reanudaban sus viejos torneos. Pero en la escena pública, en sus grandes representaciones cívicas, como gran partido parlamentario, despachaban a sus respectivas dinastías con simples reverencias y aplazaban in infinitum[158] la restauración de la monarquía. Cumplían con su

verdadero oficio como Partido del Orden, es decir, bajo un título social y no bajo un título político, como representantes del régimen social burgués y no como caballeros de ninguna princesa peregrinante, como clase burguesa frente a otras clases y no como realistas frente a republicanos. Y, como Partido del Orden, ejercieron una dominación más ilimitada y más dura sobre las demás clases de la sociedad que la que habían ejercido vez alguna bajo la Restauración o bajo la Monarquía de Julio, como solo era posible ejercerla en forma de república parlamentaria, pues solo dentro de ese marco podían unirse los dos grandes sectores de la burguesía francesa y, por tanto, poner en la orden del día la dominación de su clase en vez del régimen de un sector privilegiado de ella. Si, a pesar de esto y también como Partido del Orden, insultaban a la República y manifestaban la repugnancia que sentían por ella, no era solo por apego a sus recuerdos realistas. El instinto les enseñaba que, aunque la República había coronado su dominación política, al mismo tiempo socavaba su base social, ya que entonces se enfrentaban con las clases sojuzgadas y tenían que luchar con ellas sin ningún tipo de mediación, sin poder ocultarse detrás de la corona, sin poder desviar el interés de la nación mediante sus luchas subalternas intestinas y con la monarquía. Era un sentimiento de debilidad lo que los hacía retroceder temblando ante las condiciones puras de su dominación de clase y suspirar por las formas más incompletas, menos desarrolladas y, precisamente por ello, menos peligrosas de su dominación. En cambio, cuantas veces los realistas coligados chocan con el pretendiente que tienen enfrente, con Bonaparte, cuantas veces creen que el Poder Ejecutivo hace peligrar su omnipotencia parlamentaria, cuantas veces tienen que exhibir, por ende, el título político de su dominación, actúan como republicanos y no como realistas. Desde el orleanista Thiers, quien advierte a la Asamblea Nacional que la República es lo que menos los separa, hasta el legitimista Berryer, que el 2 de diciembre de 1851, ceñido con la banda tricolor, arenga como tribuno, en nombre de la República, al pueblo congregado delante del edificio de la alcaldía del décimo arrondissement.[159] Claro está que el eco burlón le contestaba con este grito: Henri V! Henri V![160] Frente a la burguesía coligada se había formado una coalición de pequeños burgueses y obreros, el llamado Partido Socialdemócrata. Los pequeños burgueses se vieron mal recompensados después de las jornadas de junio de 1848, sintieron en peligro sus intereses materiales y en entredicho, por obra de la contrarrevolución, las garantías democráticas que habían de asegurarles la posibilidad de hacer valer esos intereses. Se acercaron, por tanto, a los obreros. Por otra parte, su representación parlamentaria, la Montaña, puesta al margen bajo la dictadura de los republicanos burgueses durante la última mitad de la vida de la Constituyente, había reconquistado su perdida popularidad con la

lucha contra Bonaparte y los ministros realistas. Había concertado una alianza con los jefes socialistas. En febrero de 1849 se festejó con banquetes la reconciliación. Se esbozó un programa común, se crearon comités electorales comunes y se proclamaron candidatos comunes. A las reivindicaciones sociales del proletariado se les limó la punta revolucionaria y se les dio un giro democrático; a las exigencias democráticas de la pequeña burguesía se las despojó de la forma meramente política y se afiló su punta socialista. Así nació la socialdemocracia. La nueva Montaña, fruto de esta combinación, incluía, aparte de algunos figurantes de la clase obrera y de algunos sectarios socialistas, los mismos elementos que la vieja, solo que en cantidad más robusta. Sin embargo, en el transcurso del proceso había cambiado, al igual que la clase representada por ella. El carácter peculiar de la socialdemocracia consiste en exigir instituciones democrático-republicanas, no para abolir a la par los dos extremos, capital y trabajo asalariado, sino para atenuar su antítesis y convertirla en armonía. Por mucho que difieran las medidas propuestas para alcanzar este fin, por mucho que se adorne con concepciones más o menos revolucionarias, el contenido es siempre el mismo. Este contenido es la transformación de la sociedad por vía democrática, pero una transformación dentro del marco de la pequeña burguesía. No vaya nadie a formarse la idea limitada de que la pequeña burguesía quiere imponer, por principio, un interés egoísta de clase. Ella cree, por el contrario, que las condiciones especiales de su emancipación son las condiciones generales fuera de las cuales no puede ser salvada la sociedad moderna y evitarse la lucha de clases. Tampoco debe creerse que los representantes democráticos son todos shopkeepers[161] o gentes que se entusiasman con ellos. Pueden estar a un mundo de distancia de ellos, por su cultura y su situación individual. Lo que los hace representantes de la pequeña burguesía es que no van más allá, en cuanto a mentalidad, de los límites que los pequeños burgueses no superan en modo de vida; que, por tanto, en la teoría se ven impulsados a los mismos problemas y a las mismas soluciones a que, en la práctica, el interés material y la situación social impulsan a aquellos. Esa es, en general, la relación que existe entre los representantes políticos y literarios de una clase y la clase por ellos representada.

Por todo lo expuesto se comprende de por sí que, aunque la Montaña luchase constantemente con el Partido del Orden en torno a la república y a los llamados “derechos del hombre”, ni la república ni los derechos del hombre eran su fin último, del mismo modo que un ejército al que se quiere despojar de sus armas y que se apresta a la defensa no se lanza al terreno de lucha solamente para quedar en posesión de sus armas.

No bien se reunió la Asamblea Nacional, el Partido del Orden provocó a la Montaña. La burguesía sentía la necesidad de acabar con los demócratas pequeñoburgueses, lo mismo que un año antes había comprendido la necesidad de acabar con el proletariado revolucionario. Pero la situación del adversario era distinta. La fuerza del partido proletario estaba en la calle, y la de los pequeños burgueses en la Asamblea Nacional misma. Así, era cuestión de sacarlos de la Asamblea Nacional a la calle y hacer que ellos mismos destrozasen su fuerza parlamentaria antes de que tuviesen tiempo y ocasión para consolidarla. La Montaña corrió a rienda suelta hacia la trampa.

El cebo que le echaron fue el bombardeo de Roma por las tropas francesas.[162] Este bombardeo infringía el parágrafo V [del Preámbulo] de la Constitución, que prohíbe a la República Francesa emplear sus fuerzas armadas contra las libertades de otro pueblo. Además, el art. 54 prohíbe cualquier declaración de guerra por el Poder Ejecutivo sin la aprobación de la Asamblea Nacional, y la Constituyente había desaprobado la expedición a Roma con su acuerdo del 8 de mayo. Basándose sobre estas razones, Ledru-Rollin presentó, el 11 de junio de 1849, un acta de acusación contra Bonaparte y sus ministros. Azuzado por las picaduras de tábano de Thiers,[163] se dejó arrastrar incluso a la amenaza de que estaban dispuestos a defender la Constitución por todos los medios, hasta con las armas en la mano. La Montaña se levantó como un solo hombre y repitió este llamamiento a las armas. El 12 de junio, la Asamblea Nacional desechó el acta de acusación, y la Montaña abandonó el Parlamento. Los acontecimientos del 13 de junio son conocidos: la proclama de una parte de la Montaña que declaraba "fuera de la Constitución" a Bonaparte y sus ministros; la manifestación callejera de los guardias nacionales democráticos, que, desarmados como iban, se dispersaron a escape al encontrarse con las tropas de Changarnier, etc., etc. Una parte de la Montaña huyó al extranjero, otra parte fue entregada al Tribunal Supremo de Bourges,[164] y un reglamento parlamentario sometió al resto a la vigilancia de maestro de escuela del presidente de la Asamblea Nacional. En París se declaró nuevamente el estado de sitio, y la parte democrática de su Guardia Nacional fue disuelta. Así se destrozaba la influencia de la Montaña en el Parlamento y la fuerza de los pequeños burgueses en París.

En Lyon, donde el 13 de junio había dado la señal para un sangriento levantamiento obrero, se declaró también el estado de sitio, que se hizo extensivo a los cinco departamentos circundantes, situación que dura hasta el momento actual.

El grueso de la Montaña dejó en la estacada a su vanguardia, negándose a firmar la proclama de esta. La prensa desertó, y solo dos periódicos se atrevieron a publicar el pronunciamiento. Los pequeños burgueses traicionaron a sus representantes: los guardias nacionales no aparecieron, y donde aparecieron fue para impedir que se levantasen barricadas. Los representantes habían engañado a los pequeños burgueses, ya que a los pretendidos aliados del ejército no se los vio por ninguna parte. Finalmente, en vez de obtener un refuerzo de él, el partido democrático contagió al proletariado su propia debilidad; como suele ocurrir con las hazañas democráticas, los jefes tuvieron la satisfacción de poder acusar a su "pueblo" de deserción, y el pueblo la de poder acusar de engaño a sus jefes.

Rara vez se había anunciado una acción con más estrépito que la campaña inminente de la Montaña, rara vez se habían alzado sones de trompeta con más seguridad ni con más anticipación por un acontecimiento que por la victoria inevitable de la democracia. Indudablemente, los demócratas creen en las trompetas, cuyos toques derribaron las murallas de Jericó.[165] Y cuantas veces se enfrentan con las murallas del despotismo, intentan repetir el milagro. Si la Montaña quería vencer en el Parlamento, no debía llamar a las armas. Y si llamaba a las armas en el Parlamento, no debía comportarse en la calle parlamentariamente. Si la manifestación pacífica era un propósito serio, era necio no prever que se la recibiría belicosamente. Y si se pensaba en una verdadera lucha, era peregrino deponer las armas con las que esa lucha debía librarse. Pero las amenazas revolucionarias de los pequeños burgueses y de sus representantes democráticos no son más que intentos de intimidar al adversario. Y cuando se ven metidos en un atolladero, cuando se han comprometido ya lo bastante para verse obligados a poner en acto sus amenazas, lo hacen de un modo equívoco, evitando, sobre todo, los medios que llevan al fin propuesto, y acechan todos los pretextos para sucumbir. Tan pronto como hay que iniciar el fuego, la estrepitosa obertura que anunció la lucha se pierde en un pusilánime cuchicheo, los actores dejan de tomar au sérieux[166] su papel y la acción se derrumba penosamente, como un globo lleno de aire al que se pincha con una aguja.

Ningún partido exagera más ante él mismo sus medios que el democrático, ninguno se engaña con más ligereza acerca de la situación. Porque una parte del ejército había votado a su favor, la Montaña estaba ya convencida de que el ejército se sublevaría por ella. ¿Y con qué motivo? Con un motivo que, desde el punto de vista de las tropas, no tenía otro sentido que el que los revolucionarios se ponían al lado de los soldados romanos y en contra de los soldados franceses.

Por lo demás, estaba todavía fresco el recuerdo del mes de junio de 1848, demasiado para que el proletariado no sintiese una profunda repugnancia contra la Guardia Nacional, y los jefes de las sociedades secretas una completa desconfianza hacia los jefes democráticos. Para superar estas diferencias, haría falta que estuviesen en juego grandes intereses comunes. La infracción de un artículo constitucional abstracto no podía representar dicho interés. ¿Acaso no se había violado ya repetidas veces la Constitución, según aseguraban los propios demócratas? ¿Y acaso los periódicos más populares no habían estigmatizado esta Constitución como un amaño contrarrevolucionario? Pero el demócrata, como representa a la pequeña burguesía, es decir, a una clase de transición, en la que los intereses de dos clases se embotan el uno contra el otro, cree estar por encima del antagonismo de clases en general. Los demócratas reconocen que tienen enfrente a una clase privilegiada, pero ellos, con el resto de la nación que los circunda, forman el pueblo. Lo que ellos representan son los derechos del pueblo, lo que les interesa es el interés del pueblo. Por eso, cuando se prepara una lucha, no necesitan sondear los intereses y las posiciones de las distintas clases. No necesitan ponderar con demasiada escrupulosidad sus propios medios. No tienen más que dar la señal, para que el pueblo, con todos sus recursos inagotables, caiga sobre los opresores. Y si, al poner en práctica la cosa, sus intereses resultan no interesar y su poder se muestra impotente, la culpa la tienen los sofistas perniciosos, que escinden al pueblo indivisible en varios campos enemigos, o el ejército, demasiado embrutecido y cegado para ver en los fines puros de la democracia lo mejor para él, o bien ha fracasado todo por un detalle de ejecución, cuando no ha surgido una casualidad imprevista que ha malogrado la partida por esta vez. En todo caso, el demócrata sale de la derrota más ignominiosa tan inmaculado como inocente entró en ella, con la recobrada convicción de que tiene necesariamente que vencer, no de que él mismo y su partido tienen que abandonar la vieja posición, sino de que, por el contrario, son las condiciones las que tienen que madurar para ponerse a tono con él.

Por eso no debemos formarnos una idea demasiado trágica de la Montaña diezmada, destrozada y humillada por el nuevo reglamento parlamentario. Si el 13 de junio eliminó a sus jefes, por otra parte abrió paso a “capacidades” de segundo rango, a quienes esta nueva posición halagaba. Si su impotencia en el Parlamento ya no dejaba lugar a dudas, esto les daba también derecho a limitar sus actos a estallidos de indignación moral y a estrepitosas declamaciones, en ese trance. Si el Partido del Orden aparentaba ver encarnados en ellos, como últimos representantes oficiales de la revolución, todos los horrores de la anarquía, esto les permitía comportarse en la práctica con tanta mayor trivialidad

y humildad. Y del 13 de junio se consolaban con este giro profundo: “Pero si se atreven a tocar el sufragio universal, ¡ah, entonces! ¡Entonces verán quiénes somos nosotros!”. Nous verrons![167]

En cuanto a los montagnards huidos al extranjero, basta señalar que Ledru-Rollin, en vista de que había conseguido arruinar irremisiblemente en menos de dos semanas el potente partido a cuyo frente estaba, se creyó llamado a formar un gobierno francés in partibus, cuya figura a lo lejos, desgajada del campo de acción, parecía ganar en talla a medida que bajaba el nivel de la revolución y las magnitudes oficiales de la Francia oficial iban haciéndose enanas; que pudo figurar como pretendiente republicano para 1852; que dirigía a los valacos y a otros pueblos circulares periódicas en las que se amenazaba a los déspotas del continente con sus hazañas y las de sus aliados. ¿Acaso le faltaba por completo la razón a Proudhon cuando gritaba a estos señores: Vous n’êtes que des blagueurs!?[168]

El 13 de junio, el Partido del Orden no solo había quebrantado la fuerza de la Montaña, sino que había impuesto el sometimiento de la Constitución a los acuerdos de la mayoría de la Asamblea Nacional. Y así entendía él la república, como el régimen en el que la burguesía domina bajo formas parlamentarias, sin encontrar una barrera como bajo la monarquía; ni en el veto del Poder Ejecutivo ni en el derecho de disolver el Parlamento. Esto era la república parlamentaria, como la llamaba Thiers. Pero si el 13 de junio la burguesía había asegurado su omnipotencia en el seno del Parlamento, ¿no condenaba a este a una debilidad incurable frente al Poder Ejecutivo y al pueblo cuando expulsaba a la parte más popular de la Asamblea? Al entregar a numerosos diputados, sin más ceremonias, a la requisitoria de los tribunales, anulaba su propia inmunidad parlamentaria. El humillante reglamento que impuso a la Montaña elevaba el rango del presidente de la República en la misma proporción en que rebajaba el de cada uno de los representantes del pueblo. Al estigmatizar como un movimiento anárquico encaminado a subvertir la sociedad la insurrección en defensa del régimen constitucional, la burguesía se cerraba a sí misma el camino del llamamiento a la insurrección, tan pronto como el Poder Ejecutivo violase la Constitución en contra de ella. Y la ironía de la historia quiso que el 2 de diciembre de 1851 el general que había bombardeado Roma por orden de Bonaparte, dando así el motivo inmediato para el motín constitucional del 13 de junio, Oudinot, fuera propuesto al pueblo, en tono implorante y en vano, por el Partido del Orden, como el general de la Constitución frente a Bonaparte. Otro héroe del 13 de junio, Vieyra, quien desde la tribuna de la Asamblea Nacional

había cosechado elogios por las brutalidades cometidas en los locales de periódicos democráticos, al frente de una banda de guardias nacionales pertenecientes a la alta finanza, este mismo Vieyra estaba en el secreto de la conspiración de Bonaparte y contribuyó esencialmente a quitar a la Asamblea Nacional, en sus horas de agonía, cualquier apoyo por parte de la Guardia Nacional.

El 13 de junio tenía, además, otra significación. La Montaña había querido arrancar que se entregase a Bonaparte a los tribunales. Por tanto, su derrota era una victoria directa para Bonaparte, un triunfo personal sobre sus enemigos democráticos. El Partido del Orden había conseguido la victoria y Bonaparte no tenía que hacer más que embolsársela. Así lo hizo. El 14 de junio pudo leerse en los muros de París una proclama en la que el presidente, como sin participación suya, resistiéndose, obligado simplemente por la fuerza de los acontecimientos, sale de su recato claustral, se queja, como la virtud ofendida, de las calumnias de sus adversarios y, mientras parece identificar a su persona con la causa del orden, identifica la causa del orden con su persona. Además, la Asamblea Nacional había aprobado, aunque después de realizada, la expedición contra Roma, habiendo la iniciativa corrido a cargo de Bonaparte. Después de restituir en el Vaticano al sumo sacerdote Samuel, podía esperar entrar en las Tullerías como rey David.[169] Se había ganado a los curas.

Como hemos visto, el motín del 13 de junio se limitó a un pacífico desfile callejero. Contra él no se podían, por tanto, ganar laureles guerreros. No obstante, en una época tan pobre en héroes y en acontecimientos, el Partido del Orden convirtió esa batalla incruenta en un segundo Austerlitz.[170] La tribuna y la prensa ensalzaron al ejército, como el poder del orden, en contraposición a las masas del pueblo, como la impotencia de la anarquía, y glorificaron a Changarnier, como el “baluarte de la sociedad”. Un engaño, en el que acabó creyendo hasta él mismo. Pero bajo cuerda fueron desplazados de París los cuerpos que parecían dudosos; los regimientos en que las elecciones habían dado los resultados más democráticos fueron desterrados de Francia a Argelia; las cabezas inquietas que había entre las tropas, enviadas a secciones de castigo, y, por último, la prensa pasó a quedar sistemáticamente proscripta por el cuartel; y el cuartel, aislado de la sociedad civil.

Llegamos aquí al viraje decisivo en la historia de la Guardia Nacional francesa. En 1830 había decidido la caída de la Restauración. Bajo Luis Felipe fracasaron todos los motines en los que la Guardia Nacional estaba al lado de las tropas.

Cuando en las jornadas de febrero de 1848 se mantuvo en actitud pasiva frente a la insurrección y equívoca frente a Luis Felipe, este se dio por perdido, y lo estaba. Así fue arraigando la convicción de que la revolución no podía vencer sin la Guardia Nacional, ni el ejército podía vencer contra ella. Era la fe supersticiosa del ejército en la omnipotencia burguesa. Las jornadas de junio de 1848, en que toda la Guardia Nacional, unida a las tropas de línea, sofocó la insurrección, reforzaban esta fe supersticiosa. Después de ascendido Bonaparte a la presidencia, la posición de la Guardia Nacional descendió en cierto modo, por la fusión anticonstitucional de su mando con el mando de la primera división militar en la persona de Changarnier.

Tal como aquí el mando de la Guardia Nacional parecía un atributo del alto mando militar, la Guardia Nacional parecía quedar reducida a un apéndice de las tropas de línea. Por fin, el 13 de junio fue destrozada. Y no solo a causa de su disolución parcial, que desde aquel momento se repitió periódicamente en todos los puntos de Francia y solo dejó en pie las ruinas de la Guardia Nacional. La manifestación del 13 de junio fue, sobre todo, una manifestación de los guardias nacionales democráticos. Es cierto que no opusieron al ejército sus armas, sino solo sus uniformes, pero precisamente en este uniforme estaba el talismán. El ejército se convenció de que tal uniforme era un trapo de lana como otro cualquiera. El encanto quedó roto. En las jornadas de junio de 1848, la burguesía y la pequeña burguesía, en calidad de Guardia Nacional, estuvieron unidas con el ejército contra el proletariado; el 13 de junio de 1849, la burguesía hizo que el ejército dispersase a la Guardia Nacional pequeñoburguesa; el 2 de diciembre de 1851, había desaparecido la Guardia Nacional de la propia burguesía, y Bonaparte se limitó a registrar, después de producido, este hecho al firmar el decreto de su disolución. Así fue cómo la burguesía rompió ella misma su última arma contra el ejército, pero no tenía más remedio que romperla desde el momento en que la pequeña burguesía dejaba de estar sometida a ella como vasallo, y se alzaba contra ella como rebelde; de igual modo, la burguesía debía destruir en general, con sus propias manos, a partir del instante en que se convirtió en absolutista, todos sus medios de defensa contra el absolutismo.

Entretanto, el Partido del Orden festejaba la conquista de un poder que en 1848 parecía haber perdido únicamente para volver a encontrarlo libre de sus trabas en 1849, con invectivas contra la República y la Constitución, maldiciendo todas las revoluciones futuras, presentes y pasadas, incluidas las hechas por los dirigentes de su propio partido, y por medio de leyes que amordazaban a la prensa, destruían el derecho de asociación y sancionaban el estado de sitio como

institución orgánica. Más tarde, la Asamblea Nacional suspendió sus sesiones desde mediados de agosto hasta mediados de octubre, después de nombrar una Comisión Permanente para el tiempo que durase su ausencia. Durante estas vacaciones, los legitimistas intrigaron con Ems, los orleanistas con Claremont, Bonaparte mediante tournées principescas, y los Consejos Departamentales en cabildeos sobre la revisión constitucional, casos que se repiten con regularidad durante las vacaciones periódicas de la Asamblea Nacional y en los que entraré tan pronto como se conviertan en acontecimientos. De momento, señalemos tan solo que la Asamblea Nacional obró impolíticamente al desaparecer de la escena durante tan largo intervalo, dejando que solo apareciese al frente de la República una figura, aunque lamentable: la de Luis Bonaparte, mientras el Partido del Orden, para escándalo del público, se descomponía en sus partes integrantes realistas y se dejaba llevar por sus apetitos de restauración en pugna. Tan pronto como enmudecía, durante estas vacaciones, el ruido ensordecedor del Parlamento, y su cuerpo se disolvía en la nación, nadie podía dejar de ver que solo faltaba una cosa para consumar la verdadera faz de esta República: hacer permanentes las vacaciones parlamentarias y sustituir su lema de Liberté, Égalité, Fraternité con estas palabras inequívocas: Infanterie, Cavalerie, Artillerie![171]

IV

A mediados de octubre de 1849 reanudó sus sesiones la Asamblea Nacional. El 1º de noviembre, Bonaparte la sorprendió con un mensaje en el que le anunciaba la destitución del Gabinete Barrot-Falloux y la formación de un nuevo Gabinete. Jamás se ha arrojado a lacayos de su puesto con menos cumplidos que Bonaparte a sus ministros. Por el momento, Barrot y demás recibían los puntapiés destinados a la Asamblea Nacional.

El Gabinete Barrot estaba compuesto, como hemos visto, por legitimistas y orleanistas; era un órgano del Partido del Orden. Bonaparte había necesitado de él para disolver la Constituyente republicana, llevar adelante la expedición contra Roma y destrozar el partido democrático. En apariencia, él se había eclipsado detrás de este Gabinete, entregando el poder del gobierno en manos del Partido del Orden y poniéndose la careta de modestia que bajo Luis Felipe llevaba el gerente responsable de los periódicos, la careta del homme de paille.[172] Entonces se quitó la máscara, que ya no era un velo sutil detrás del que podía ocultar su fisonomía, sino la máscara de hierro que le impedía mostrar una fisonomía propia. Había constituido el Gabinete Barrot para hacer saltar, en nombre del Partido del Orden, la Asamblea Nacional republicana; y lo destituyó para declarar su propio nombre como independiente de la Asamblea Nacional del Partido del Orden.

Pretextos plausibles para esta destitución no faltaban. El Gabinete Barrot descuidaba incluso las formas de decoro que habrían hecho aparecer al presidente de la República como un poder al lado de la Asamblea Nacional. Durante las vacaciones parlamentarias, Bonaparte publicó una carta dirigida a Edgar Ney en la que parecía desaprobar la actuación iliberal del papa,[173] del mismo modo que había publicado, en oposición a la Constituyente, otra carta en la que elogiaba a Oudinot por su ataque contra la República Romana. Al votarse en la Asamblea Nacional el presupuesto de la expedición romana, Victor Hugo, por un supuesto liberalismo, puso en discusión esa carta. El Partido del Orden ahogó entre exclamaciones despectivamente incrédulas la ocurrencia de que las ocurrencias de Bonaparte pudieran tener la menor importancia política. Ninguno de los ministros recogió el guante. En otra ocasión, Barrot, con su conocido

patetismo vacuo, dejó escapar desde la tribuna palabras de indignación contra los "manejos abominables" en que, según su testimonio, andaban las personas más cercanas al presidente. Por último, el Gabinete, a la par que hacía aprobar por la Asamblea Nacional una pensión de viudez para la duquesa de Orleans, rechazaba todas las propuestas para aumentar la lista civil[174] de la presidencia. Y en Bonaparte, el pretendiente imperial se fundía tan íntimamente con el vividor arruinado que una gran idea, la de su misión de restaurador del Imperio, se complementaba siempre con otra: la de que el pueblo francés tenía la misión de saldar sus deudas.

El Gabinete Barrot-Falloux fue el primer y último Gabinete parlamentario nombrado por Bonaparte. Por eso su destitución señala un viraje decisivo. Con aquel, el Partido del Orden perdió, para no recuperarlo jamás, un puesto indispensable para afirmar el régimen parlamentario, el control sobre el Poder Ejecutivo. Se comprende de inmediato que en un país como Francia, donde el Poder Ejecutivo dispone de un ejército de funcionarios de más de 500.000 individuos y, por tanto, tiene constantemente bajo su dependencia más incondicional una masa inmensa de intereses y existencias, donde el Estado deja atada, fiscalizada, regulada, vigilada y tutelada a la sociedad civil, desde sus manifestaciones más amplias de vida hasta sus vibraciones más insignificantes, desde sus modalidades más generales de existencia hasta la existencia privada de los individuos, y así este cuerpo parasitario adquiere, por medio de una centralización extraordinaria, una ubicuidad, una omnisciencia, una capacidad acelerada de movimientos y una elasticidad que solo encuentran un correlato en la dependencia desamparada, en el carácter caóticamente informe del auténtico cuerpo social, se comprende que en un país semejante, al perder la posibilidad de disponer de las vacantes ministeriales, la Asamblea Nacional habría perdido cualquier influencia efectiva si al mismo tiempo no simplificaba la administración del Estado, no reducía todo lo posible el ejército de funcionarios y, por último, no dejaba a la sociedad civil y a la opinión pública crearse sus órganos propios, independientes del poder del gobierno. Sin embargo, el interés material de la burguesía francesa está precisamente entretejido del modo más íntimo con la conservación de esa extensa y ramificadísima maquinaria del Estado. Coloca allí a su población sobrante, y completa en forma de sueldos del Estado lo que no puede embolsarse en forma de beneficios, intereses, rentas y honorarios. Además, su interés político la obligaba a aumentar diariamente la represión, y por tanto los recursos y el personal del poder del Estado, a la par que se veía obligada a sostener una guerra ininterrumpida contra la opinión pública y mutilar y paralizar con recelo los órganos independientes de movimiento de la

sociedad, allí donde no conseguía amputarlos por completo. De este modo, la burguesía francesa se veía forzada, por su situación de clase, a destruir las condiciones de vida de cualquier Poder Parlamentario, incluido, por tanto, el suyo propio, y, por otra parte, a volver irrefrenable el Poder Ejecutivo hostil a ella.

El nuevo Gabinete se llamaba Gabinete D’Hautpoul. No porque el general Jean-Joseph Ange d’Hautpoul hubiese obtenido el rango de presidente del consejo [de ministros]. Con Barrot, Bonaparte en la práctica había suprimido esta dignidad, que condenaba al presidente de la República, ciertamente, a la nulidad legal de un rey constitucional; pero de un rey constitucional sin trono y sin corona, sin cetro y sin espada, sin atributo de la irresponsabilidad, sin la posesión imprescriptible de la suprema dignidad del Estado y, lo más fatal de todo, sin lista civil. En el Gabinete D’Hautpoul no había más que un hombre de fama parlamentaria, el prestamista Fould, uno de los miembros de peor reputación de la alta finanza. Le tocó en suerte la cartera de Hacienda. Consúltense las cotizaciones de la Bolsa de París y se verá que, desde el 1º de noviembre de 1849, los fondos franceses suben y bajan con las alzas y bajas de las acciones bonapartistas. Habiendo encontrado así su aliado en la Bolsa, Bonaparte se adueñó, al mismo tiempo, de la policía mediante el nombramiento de Carlier como prefecto de la policía de París.

Sin embargo, las consecuencias del cambio de Gabinete solo podían revelarse conforme se desarrollaran las cosas. Por el momento, Bonaparte solo había dado un paso adelante para luego verse empujado hacia atrás de un modo tanto más visible. A su agrio mensaje siguió la declaración más servil de sumisión a la Asamblea Nacional. Cuantas veces los ministros hacían el tímido intento de presentar como proyectos de ley sus caprichos personales, ellos mismos parecían cumplir a regañadientes un mandato grotesco, obligados tan solo por su posición y convencidos de antemano de la falta de éxito. Cuantas veces a Bonaparte, a espaldas de sus ministros, se le iba la lengua hablando de sus intenciones y jugando con sus idées napoléoniennes,[175] sus propios ministros lo desautorizaban desde lo alto de la tribuna de la Asamblea Nacional. Era como si sus apetitos usurpadores solo se exteriorizasen para que no se acallasen las risas malignas de sus adversarios. Se comportaba como un genio ignorado, considerado como un bobo por el mundo entero. Jamás fue objeto del desprecio de todas las clases de un modo más completo que durante este período. Jamás la burguesía dominó de un modo más incondicional, jamás hizo una ostentación más jactanciosa de las insignias de su dominación.

No me propongo escribir aquí la historia de sus actividades legislativas, que se resume, durante este período, en dos leyes: la ley que restablece el impuesto al vino y la ley de enseñanza, que suprime el descreimiento religioso. Si a los franceses se les ponían obstáculos para beber vino, en cambio se les servía con tanta mayor abundancia el agua de la vida justa. Si en la ley sobre el impuesto al vino la burguesía declaraba intangible el antiguo odioso sistema fiscal francés, con la ley de enseñanza intentaba asegurar el antiguo estado de ánimo de las masas, que se lo volvía soportable. Se asombra uno de ver a los orleanistas, a los burgueses liberales, estos viejos apóstoles del volterianismo y de la filosofía ecléctica, confiar a sus enemigos hereditarios, los jesuitas, la administración del espíritu francés. Sin embargo, orleanistas y legitimistas, aunque discrepasen en lo referido al pretendiente a la corona, comprendían que su dominación coligada exigía unir los medios de opresión de dos épocas, que los medios de sojuzgamiento de la Monarquía de Julio debían completarse y fortalecerse con los medios de sojuzgamiento de la Restauración.

Los campesinos, defraudados en todas sus esperanzas, oprimidos más que nunca –por el bajo nivel de los precios de los cereales y, además, por la carga de las contribuciones y el endeudamiento hipotecario, cada vez mayores–, comenzaron a agitarse en los departamentos. Se les contestó con una batida furiosa contra los maestros de escuela –que fueron sometidos al cura–, contra los alcaldes –que fueron sometidos al prefecto– y con un sistema de espionaje, al que quedaron sometidos todos. En París y en las grandes ciudades, la reacción misma presenta la fisonomía de su época y provoca más de lo que reprime. En el campo, se vuelve burda, vulgar, mezquina, agobiante, vejatoria; en una palabra, el gendarme. Se comprende en qué medida tres años de régimen del gendarme, bendecido por el régimen del cura, tenía que desmoralizar a masas incultas.

Por grande que fuese la suma de pasión y declamación que el Partido del Orden derrochase desde lo alto de la tribuna de la Asamblea Nacional contra la minoría, sus discursos eran monosilábicos, como los del cristiano, que debe decir: sí, sí; no, no. Monosilábicos en la tribuna y monosilábicos en la prensa. Insulsos como los acertijos cuya solución se sabe de antemano. Ya se trate del derecho de petición o del impuesto al vino, de la libertad de prensa o de la libertad de comercio, de los clubes o del reglamento municipal, de la protección de la libertad personal o de la regulación del presupuesto del Estado, la consigna se repite siempre, el tema es siempre el mismo, la sentencia está siempre preparada y reza invariablemente: “¡Socialismo!”. Se presenta como socialista hasta el liberalismo burgués, como socialista el Iluminismo burgués, como socialista la

reforma financiera burguesa. Era socialista construir un ferrocarril donde había ya un canal y socialista defenderse con el palo cuando lo atacaban a uno con la espada. Y esto no era mera retórica, moda, táctica de partido. La burguesía tenía la conciencia exacta de que todas las armas forjadas por ella contra el feudalismo se volvían contra ella misma, de que todos los medios de cultura alumbrados por ella se rebelaban contra su propia civilización, de que todos los dioses que había creado la abandonaban. Comprendía que todas las llamadas "libertades civiles" y los organismos de progreso atacaban y amenazaban, al mismo tiempo, en la base social y en la cúspide política, a su dominación de clase y, por tanto, se habían convertido en socialistas. En esta amenaza y en este ataque veía, con razón, el secreto del socialismo, cuyo sentido y cuya tendencia juzgaba ella más exactamente que lo que se sabe juzgar a sí mismo ese llamado socialismo, el cual no puede comprender por ello cómo la burguesía se cierra a cal y canto contra él, ya gima sentimentalmente sobre los dolores de la humanidad, ya anuncie cristianamente el reino milenario y la fraternidad universal, ya desvaríe humanísticamente hablando de ingenio, cultura y libertad o cavile doctrinalmente un sistema de conciliación y bienestar de todas las clases sociales. Lo que no comprendía la burguesía era la consecuencia de que su propio régimen parlamentario, de que su dominación política en general tenía que caer también bajo la condena general, como socialista. Mientras la dominación de la clase burguesa no se hubiese organizado íntegramente, no hubiese adquirido su verdadera expresión política, tampoco podía destacarse de un modo puro el antagonismo de las otras clases, ni podía, allí donde se destacaba, tomar el giro peligroso que convierte cada lucha contra el poder del Estado en una lucha contra el capital. Cuando en cada manifestación de vida de la sociedad veía un peligro para la "tranquilidad", ¿cómo podía empeñarse en mantener a la cabeza de la sociedad el régimen de la intranquilidad, su propio régimen, el régimen parlamentario, este régimen que, según la expresión de uno de sus oradores, vive en la lucha y merced a la lucha? El régimen parlamentario vive de la discusión; entonces, ¿cómo va a prohibir que se discuta? Cada interés y cada institución social se convierten aquí en ideas generales, se ventilan en forma de ideas; entonces, ¿cómo algún interés y alguna institución van a situarse por encima del pensamiento e imponerse como artículo de fe? La lucha de los oradores en la tribuna provoca la lucha de los engranajes de la prensa, el club de debates del Parlamento se complementa necesariamente con los clubes de debates de los salones y las tabernas, los representantes que apelan continuamente a la opinión del pueblo autorizan a la opinión del pueblo para expresar en petitorios su verdadera opinión. El régimen parlamentario deja todo a la decisión de las mayorías; entonces, ¿cómo no van a querer decidir las

grandes mayorías fuera del Parlamento? Si los que están en la cima del Estado tocan el violín, ¿qué cosa más natural sino que quienes están abajo bailen?

Por ende, cuando la burguesía excomulga como socialista lo que antes ensalzaba como liberal, confiesa que su propio interés le ordena esquivar el peligro de su gobierno propio, que para poder imponer la tranquilidad en el país tiene que imponérsela ante todo a su Parlamento burgués, que para mantener intacto su poder social tiene que quebrantar su poder político; que los individuos burgueses solo pueden seguir explotando a otras clases y disfrutando apaciblemente de la propiedad, la familia, la religión y el orden a condición de que su clase sea condenada con las otras clases a la misma nulidad política; que para salvar la bolsa, hay que renunciar a la corona, y que la espada que debía protegerla tiene que pender al mismo tiempo sobre su propia cabeza como la espada de Damocles.

En el campo de los intereses generales de la burguesía, la Asamblea Nacional se mostró tan improductiva que, por ejemplo, los debates sobre el ferrocarril París-Aviñón, comenzados en el invierno de 1850, no habían terminado todavía el 2 de diciembre de 1851. Donde no era cuestión de oprimir, de obrar reaccionariamente, estaba condenada a una esterilidad incurable.

Mientras el Gabinete de Bonaparte tomaba en parte la iniciativa de leyes en el espíritu del Partido del Orden y, en parte, exageraba todavía más su severidad en el cumplimiento y el manejo de aquellas, el propio Bonaparte intentaba, con propuestas puerilmente necias, ganar popularidad, poner de manifiesto su antagonismo con la Asamblea Nacional y apuntar al designio secreto de abrir al pueblo francés sus tesoros ocultos, designio cuya ejecución solo impedían provisionalmente las circunstancias. Así, la proposición de decretar un aumento de cuatro sous[176] diarios para los sueldos de los suboficiales. Así, la proposición de crear un banco para conceder créditos de honor a los obreros.[177] Obtener dinero regalado y prestado: he aquí la perspectiva con que esperaba que las masas mordiesen el anzuelo. Regalar y recibir prestado: a eso se limita la ciencia financiera del lumpemproletariado, lo mismo del distinguido que del vulgar. A esto se limitaban los resortes que Bonaparte sabía poner en movimiento. Jamás un pretendiente ha especulado más simplemente sobre la simpleza de las masas.

La Asamblea Nacional montó repetidas veces en cólera ante estos innegables intentos de ganar popularidad a costa suya, ante el peligro creciente de que este

aventurero, al que las deudas espoleaban y al que no contenía el temor de perder ninguna reputación adquirida, osase un golpe desesperado. La desarmonía entre el Partido del Orden y el presidente había adoptado ya un carácter amenazante, cuando un acontecimiento inesperado volvió a echar a este, arrepentido, en brazos de aquel. Nos referimos a las elecciones parciales del 10 de marzo de 1850. Estas elecciones se celebraron para cubrir los escaños de diputados que la prisión o el destierro habían dejado vacantes después del 13 de junio. París solo eligió a candidatos socialdemócratas. Concentró incluso la mayoría de los votos en la insurrección de junio de 1848: Paul de Flotte. La pequeña burguesía de París, aliada al proletariado, se vengaba así de su derrota del 13 de junio de 1849. Daba la sensación de que solo se hubiese retirado del campo de batalla en el momento de peligro para volver a pisarlo, con una masa mayor de fuerzas combativas y con una consigna de guerra más audaz, al presentarse la ocasión propicia. Una circunstancia parecía aumentar el peligro de esta victoria electoral. El ejército votó en París por la insurrección de junio, contra La Hitte, un ministro de Bonaparte, y en los departamentos votó en gran parte por los montagnards, que también aquí, aunque no de un modo tan decisivo como en París, afirmaron la supremacía sobre sus adversarios.

De pronto, Bonaparte se vio colocado otra vez frente a la revolución. Lo mismo que el 29 de enero de 1849, lo mismo que el 13 de junio de 1849, el 10 de marzo de 1850 desapareció detrás del Partido del Orden. Se inclinó, pidió pusilánimemente perdón, se brindó a nombrar cualquier Gabinete que la mayoría parlamentaria ordenase, suplicó incluso a los jefes de partido, orleanistas y legitimistas, a los Thiers, a los Berryer, a los Broglie, a los Molé, en una palabra, a los llamados “burgraves”,[178] que empuñasen ellos mismos el timón del Estado. El Partido del Orden no supo aprovechar este momento único. En vez de tomar audazmente el poder que le ofrecían, no obligó siquiera a Bonaparte a reponer el Gabinete destituido el 1º de noviembre; se contentó con humillarlo mediante el perdón y con incorporar al Gabinete D’Hautpoul al señor Baroche. Este Baroche había vomitado furia como acusador público, una vez contra los revolucionarios del 15 de mayo y otra contra los demócratas del 13 de junio, ante el Tribunal Supremo de Bourges, las dos veces por atentado contra la Asamblea Nacional. Más tarde, ninguno de los ministros de Bonaparte iba a contribuir más que Baroche a desprestigiar a la Asamblea Nacional, y después del 2 de diciembre de 1851 lo volvemos a encontrar, bien instalado y espléndidamente retribuido, como vicepresidente del Senado. Había escupido en la sopa de los revolucionarios, para que luego la tomase Bonaparte.

Por su parte, el Partido Socialdemócrata solo parecía acechar pretextos para poner de nuevo en tela de juicio su propia victoria y mellarla. Vidal, uno de los diputados recién elegidos en París, había salido elegido también por Estrasburgo. Lo convencieron de que rechazase el Acta de París y optase por la de Estrasburgo. Por tanto, en vez de dar a su victoria en el terreno electoral un carácter definitivo, obligando con ello al Partido del Orden a discutírsela inmediatamente en el Parlamento, en vez de empujar así al adversario a la lucha en el momento de entusiasmo popular y aprovechando el estado anímico favorable del ejército, el partido democrático aburrió a París durante los meses de marzo y abril con una nueva campaña de agitación electoral, dejó que las pasiones populares excitadas se extenuasen en este nuevo juego de escrutinio provisional, que la energía revolucionaria se saciase con éxitos constitucionales, se gastase en pequeñas intrigas, hueras declamaciones y movimientos aparentes, que la burguesía se reagrupase y tomase sus cautelas y, finalmente, que la significación de las elecciones de marzo encontrase, en la votación parcial de abril, con la elección de Eugène Sue, un comentario sentimental mitigador. En una palabra, le despachó al 10 de marzo una broma de 1º de abril.[179]

La mayoría parlamentaria comprendió la debilidad de su adversario. Sus 17 burgraves –ya que Bonaparte les había entregado la dirección y la responsabilidad del ataque– elaboraron una nueva ley electoral cuyo proyecto se confió al señor Faucher, quien había reclamado para sí este honor. La ley fue presentada por él mismo el 8 de mayo; en su texto, se abolía el sufragio universal, se imponía como condición que el elector llevase tres años domiciliado en la circunscripción electoral y, finalmente, a los obreros se les condicionaba la prueba de este domicilio al testimonio de su patrón.

Toda la excitación y toda la furia revolucionarias de los demócratas durante la lucha constitucional de las elecciones se convirtieron en prédicas constitucionales que recomendaban, visto que se trataba de probar, armas en mano, que aquellos triunfos electorales habían ido en serio: orden, calma mayestática (calme majestueux), actitud legal, es decir, sumisión ciega a la voluntad de la contrarrevolución, que se imponía insolentemente como ley. Durante el debate, la Montaña desconcertó al Partido del Orden, haciendo valer contra su pasión revolucionaria la actitud desapasionada del hombre de bien que no se sale del terreno legal y fulminándolo con el espantoso reproche de que se comportaba revolucionariamente. Hasta los diputados recién elegidos se esforzaron en demostrar, con su actitud correcta y reflexiva, cuán ignorantes eran quienes los denigraban como anarquistas e interpretaban su elección como una

victoria revolucionaria. El 31 de mayo se aprobó la nueva ley electoral. La Montaña se contentó con meter de contrabando una protesta en el bolsillo del presidente. A la ley electoral siguió una nueva ley de prensa, con la que quedaba suprimida de raíz toda la prensa diaria revolucionaria.[180] Era la suerte que se había merecido. Le National y La Presse[181] –dos órganos burgueses–, quedaron después de este diluvio como la avanzada más extrema de la revolución.

Vimos que, durante los meses de marzo y abril, los jefes democráticos hicieron todo lo posible por embrollar al pueblo de París en una lucha ficticia y que después del 8 de mayo hicieron todo lo posible por contenerlo de la lucha real. No debemos, además, olvidar que 1850 fue uno de los años más brillantes de prosperidad industrial y comercial, y que, por tanto, todo el proletariado de París tenía trabajo. Pero la ley electoral del 31 de mayo de 1850 lo apartaba de cualquier intervención en el poder político. Lo aislaba hasta del campo mismo de la lucha. Volvía a precipitar a los obreros a la situación de parias en que vivían antes de la Revolución de Febrero. De cara a estos acontecimientos, al dejarse guiar por los demócratas y al olvidar el interés revolucionario de su clase debido a un bienestar momentáneo, renunciaron al honor de ser una potencia conquistadora, se sometieron a su suerte, demostraron que la derrota de junio de 1848 los había incapacitado durante muchos años para luchar y que, por el momento, el proceso histórico tenía que pasar de nuevo sobre sus cabezas. En cuanto a la democracia pequeñoburguesa –que el 13 de junio había gritado: "¡Ah, pero si tocan el sufragio universal, ah, entonces!"–, se consolaba ya pensando que el golpe contrarrevolucionario que se había descargado sobre ella no era tal golpe y que la ley del 31 de mayo no era tal ley. El segundo domingo de mayo de 1852, cada francés iba a acudir a las urnas empuñando en una mano la papeleta de voto y en la otra la espada. Esta profecía le servía de satisfacción. Finalmente, el ejército volvió a ser castigado por sus superiores por las elecciones de marzo y abril de 1850, como lo había sido por las del 28 de mayo de 1849. Pero esta vez se dijo resueltamente: "¡La revolución no nos engañará por tercera vez!".

La ley del 31 de mayo de 1850 era el coup d'État de la burguesía. Todas sus victorias anteriores sobre la revolución tenían un carácter meramente provisional. Tan pronto como la Asamblea Nacional en funciones se retiraba de la escena, comenzaban a ser dudosas. Dependían del azar de unas nuevas elecciones generales, y la historia de las elecciones desde 1848 probaba irrefutablemente que, en la misma proporción en que se desarrollaba el poder

efectivo de la burguesía, esta iba perdiendo su poder moral sobre las masas del pueblo. El 10 de marzo, el sufragio universal se pronunció directamente en contra de la dominación de la burguesía; esta última contestó proscribiendo el sufragio universal. La ley del 31 de mayo era, pues, una de las necesidades impuestas por la lucha de clases. Por otra parte, la Constitución exigía, para que la elección del presidente de la República fuese válida, un mínimo de 2.000.000 votos. Si ninguno de los candidatos a la presidencia obtenía esta votación mínima, la Asamblea Nacional debía elegir al presidente entre los tres candidatos que obtuviesen más votos. Cuando la Constituyente dictó esta ley, había en el censo electoral 10.000.000 votantes. A juicio de ella, bastaba con los votos de una quinta parte del censo para que la elección del presidente fuese válida. La ley del 31 de mayo suprimió del censo electoral a, por lo menos, 3.000.000 electores, redujo la cantidad de estos a 7.000.000 y mantuvo, no obstante, la cifra mínima de 2.000.000 para la elección del presidente. Por tanto, elevó el mínimo legal de una quinta parte a casi un tercio del censo; es decir, hizo todo lo posible por escamotear la elección del presidente de manos del pueblo, entregándola a manos de la Asamblea Nacional. Así, el Partido del Orden parecía haber consolidado doblemente su dominación con la ley del 31 de mayo, al entregar la elección de la Asamblea Nacional y la del presidente de la República al arbitrio de la parte más estacionaria de la sociedad.

ACTUALITÉS.



LA NOUVELLE LOI SUR LA PRESSE.

La Patrie. – Faites donc attention, madame la Loi, vous assommez tout le monde indistinctement!..... vous êtes par trop timbrée!........

V

Una vez superada la crisis revolucionaria y abolido el sufragio universal, estalló inmediatamente una nueva lucha entre la Asamblea Nacional y Bonaparte.

La Constitución había fijado el sueldo de Bonaparte en 600.000 francos. No había pasado medio año desde su instalación cuando este consiguió elevar la suma al doble. Odilon Barrot arrancó a la Asamblea Constituyente un suplemento anual de 600.000 francos para los llamados "gastos de representación". Después del 13 de junio, Bonaparte había hecho expresar otra demanda igual, sin que esta vez Barrot lo escuchase. En eso, después del 31 de mayo, aprovechó inmediatamente el momento favorable e hizo que sus ministros elevasen a consideración de la Asamblea Nacional una lista civil de 3.000.000. Una larga y aventurera vida de vagabundo lo había dotado de los tentáculos más perfectos para tantear los momentos de debilidad en que podía sacar dinero a sus burgueses. Era un chantaje en toda regla. La Asamblea Nacional con su ayuda y su connivencia había deshonrado la soberanía del pueblo. Bonaparte la amenazó con denunciar su delito ante el tribunal del pueblo si no aflojaba la bolsa y compraba su silencio con 3.000.000 al año. La Asamblea Nacional había robado el voto a 3.000.000 franceses. Él exigía por cada francés políticamente desvalorizado un franco en moneda de curso legal, lo que hacía un total exacto de 3.000.000 francos. El elegido por 6.000.000 electores reclama una indemnización por los votos que le han esquilmado después de su elección. La comisión de la Asamblea Nacional rechazó al descarado. La prensa bonapartista amenazó. ¿Podía la Asamblea Nacional romper con el presidente de la República, en un momento en que había roto fundamental y definitivamente con la masa de la nación? Por eso, aun denegando la lista civil anual, aquella concedió por una sola vez un suplemento de 2.160.000 francos. Así, se hacía rea de una doble debilidad: la de conceder el dinero y la de revelar al mismo tiempo, con su irritación, que lo concedía de mala gana. Más adelante veremos para qué necesitaba Bonaparte este dinero. Tras este molesto epílogo que siguió a la supresión del sufragio universal, pisándole los talones, y en que Bonaparte cambió la humilde actitud que había adoptado durante la crisis de marzo y abril por un desafiante cinismo frente al Parlamento usurpador, la Asamblea Nacional suspendió sus sesiones por tres meses, desde el 11 de agosto hasta el 11 de

noviembre. En lugar suyo, dejó una Comisión Permanente de 28 miembros en la que no entraba ningún bonapartista, aunque sí algunos republicanos moderados. En la Comisión Permanente de 1849 no había más que hombres de orden y bonapartistas. Pero entonces el Partido del Orden se declaraba permanentemente en contra de la revolución. En ese momento, la república parlamentaria se declaraba permanentemente en contra del presidente. Después de la ley del 31 de mayo, el Partido del Orden ya no tenía enfrente más que este rival.

Cuando la Asamblea Nacional volvió a reunirse en noviembre de 1850, parecía inevitable que estallase, en vez de sus escaramuzas anteriores con el presidente, una gran lucha implacable, una lucha a vida o muerte entre los dos poderes.

Lo mismo que en 1849, durante las vacaciones parlamentarias de este año, el Partido del Orden se había dispersado en sus distintas fracciones, cada cual ocupada con sus propias intrigas restauradoras, a las que la muerte de Luis Felipe daba nuevo pábulo. El rey de los legitimistas, Enrique V, incluso había nombrado un Gabinete formal, que residía en París y del que formaban parte miembros de la Comisión Permanente. Entonces, Bonaparte quedaba autorizado para emprender a su vez giras por los departamentos franceses y dejar escapar, recatada o abiertamente, según el estado de ánimo de la ciudad a la que regalaba su presencia, sus propios planes de restauración, reclutando votos para sí. En estas giras, que sin lugar a duda el gran Moniteur oficial y los pequeños “monitores” privados de Bonaparte tenían que celebrar como cruzadas triunfales, lo acompañaban constantemente afiliados de la Sociedad del 10 de Diciembre. Esta sociedad data del año 1849. Bajo el pretexto de crear una sociedad de beneficencia, se organizó al lumpemproletariado de París en secciones secretas, cada una de ellas dirigida por agentes bonapartistas y con un general bonapartista a la cabeza de todas. Junto con roués[182] arruinados, de equívocos medios de vida y de equívoca procedencia, junto con vástagos degenerados y aventureros de la burguesía, vagabundos, soldados pasados a retiro, convictos de presidio, galeotes fugitivos, timadores, saltimbanquis, lazzaroni,[183] carteristas y rateros, tahúres, vividores, regentes de burdeles, mozos de cuerda, escritorzuelos, organilleros, traperos, afiladores, caldereros, mendigos –en una palabra, toda esa masa informe, desintegrada y errante que los franceses llaman la bohème–; con estos elementos, tan afines a él, formó Bonaparte la base de la Sociedad del 10 de Diciembre, “sociedad de beneficencia” ya que todos sus componentes sentían, al igual que Bonaparte, la necesidad de beneficiarse a expensas de la nación trabajadora. Este Bonaparte, que se erige en jefe del lumpemproletariado, que solo en este encuentra configurados en masa los

intereses que él personalmente persigue, que en esta hez, desecho y escoria de todas las clases reconoce la única clase en la que puede apoyarse sin reservas, es el auténtico Bonaparte, el Bonaparte sans phrase.[184] Viejo roué taimado, concibe la vida histórica de los pueblos y los grandes actos de gobierno y de Estado como una comedia, en el sentido más vulgar de la palabra, como una mascarada en que los ropajes, las frases y los ademanes grandiosos no son más que la careta para ocultar las infamias más mezquinas. Así, en su expedición a Estrasburgo, el buitre suizo amaestrado desempeñó el papel de águila napoleónica. Para su incursión en Boulogne, embutió a unos cuantos lacayos de Londres en uniformes franceses.[185] Ellos representaron el ejército. En su Sociedad del 10 de Diciembre, reunió a 10.000 granujas del lumpen, quienes debían representar al pueblo, tal como Nick Bottom representaba el león.[186] En un momento en que la propia burguesía representaba la comedia más completa, pero con la mayor seriedad del mundo, sin quebrantar ninguna de las pedantescas condiciones de la etiqueta dramática francesa, y ella misma obraba a medias engañada y a medias convencida de la solemnidad su dramático desempeño en el Estado, quien debía llevar las de ganar era el aventurero que sin más tomase la comedia como tal. Solo después de eliminar a su solemne adversario, cuando él mismo toma en serio su papel imperial y cree representar, bajo su careta napoleónica, al auténtico Napoleón, solo entonces es víctima de su propia concepción del mundo, el bufón serio que ya no toma la historia universal por una comedia, sino su comedia por la historia universal. Lo que para los obreros socialistas habían sido los Talleres Nacionales,[187] y para los republicanos burgueses las Gardes Mobiles, era para Bonaparte la Sociedad del 10 de Diciembre: su propia fuerza de combate partidaria. Las secciones de esa sociedad, enviadas a las estaciones ferroviarias, debían improvisarle en sus viajes un público, representar el entusiasmo popular, gritar Vive l’Empereur!,[188] insultar y apalear a los republicanos, naturalmente bajo la protección de la policía. En sus viajes de regreso a París, debían formar la vanguardia, adelantarse a las contramanifestaciones o dispersarlas. La Sociedad del 10 del Diciembre le pertenecía, era su obra, su idea más genuina. Todo lo demás de que se apropia se lo da la fuerza de las circunstancias, en todas sus acciones actúan por él las circunstancias o se limita a copiarlo de lo que hacen otros; pero el Bonaparte que se presenta en público, ante los ciudadanos, con las frases oficiales del orden, la religión, la familia y la propiedad, y, detrás de él, la sociedad secreta de los Schufterle y los Spiegelberg,[189] la sociedad del desorden, la prostitución y el robo, es el propio Bonaparte como autor original, y la historia de la Sociedad del 10 de Diciembre es su propia historia. Se había dado el caso de que representantes del pueblo pertenecientes al Partido del

Orden habían sido apaleados por los decembristas. Más aún. El comisionado de policía Yon, adscripto a la Asamblea Nacional y encargado de la vigilancia de su seguridad, denunció ante la Comisión Permanente, sobre la base del testimonio de un tal Allais, que una sección de decembristas había acordado asesinar al general Changarnier y a Dupin, presidente de la Asamblea Nacional, y que ya había elegido a los encargados de perpetrar el hecho. Se comprende el terror del señor Dupin. Parecía inevitable una investigación parlamentaria sobre la Sociedad del 10 de Diciembre, es decir, la profanación del mundo secreto bonapartista. Por eso, antes de que volviera a reunirse la Asamblea Nacional, Bonaparte disolvió prudentemente su sociedad, claro está que solo en los documentos, pues todavía a fines de 1851 el prefecto de policía Carlier, en una detallada memoria, intentaba en vano moverlo a disolver en la práctica a los decembristas.

La Sociedad del 10 de Diciembre debía seguir siendo el ejército privado de Bonaparte mientras este no consiguiese convertir el ejército público en una Sociedad del 10 de Diciembre. Bonaparte hizo la primera tentativa con ese propósito poco después de suspenderse las sesiones de la Asamblea Nacional, y la hizo con el dinero que acababa de arrancarle a esta. Como fatalista que es, abriga la convicción de que hay ciertos poderes superiores a los que el hombre (y sobre todo el soldado) no puede resistirse. Entre estos poderes incluye, en primer término, los cigarros y el champagne, los fiambres de ave y el salchichón adobado con ajo. Por eso, en los salones del Elíseo, empieza obsequiando a los oficiales y suboficiales con cigarros y champagne, fiambres de ave y salchichón adobado con ajo. El 3 de octubre repite esta maniobra con las masas de tropa en la revista de Saint-Maur, y el 10 de octubre vuelve a repetirla en una escala todavía mayor en la revista militar de Satory. El tío se acordaba de las campañas de Alejandro en Asia, el sobrino se acuerda de las cruzadas triunfales de Baco en las mismas tierras. Alejandro era, ciertamente, un semidiós, pero Baco era un dios completo. Y, por añadidura, el dios tutelar de la Sociedad del 10 de Diciembre.

Después de la revista de tropas del 3 de octubre, la Comisión Permanente llamó a comparecer ante ella al ministro de Guerra, D’Hautpoul. Este prometió que ya no se repetirían aquellas infracciones contra la disciplina. Sabido es cómo Bonaparte cumplió el 10 de octubre la palabra dada por D’Hautpoul. Changarnier, como comandante en jefe del ejército de París, había liderado una y otra revistas. Hasta entonces Changarnier, que era a la vez miembro de la Comisión Permanente, jefe de la Guardia Nacional, el “salvador” del 29 de enero

y del 13 de junio, el “baluarte de la sociedad”, candidato del Partido del Orden para la dignidad presidencial, el presunto Monck[190] de dos monarquías, jamás se había reconocido subordinado al ministro de Guerra, siempre se había burlado abiertamente de la Constitución republicana y había perseguido a Bonaparte con una ambigua protección señorial. Alcanzado ese punto, se desvivía por la disciplina contra el ministro de Guerra y por la Constitución contra Bonaparte. Mientras el 10 de octubre una parte de la caballería dejó oír el grito de Vive Napoléon! Vivent les saucissons!,[191] Changarnier combinó que por lo menos la infantería, que desfilaba al mando de su amigo Neumayer, guardase un silencio glacial. Como castigo, el ministro de Guerra, instigado por Bonaparte, relevó al general Neumayer de su puesto en París con el pretexto de entregarle el alto mando de las divisiones 14ª y 15ª. Neumayer rechazó este cambio de destino y así se vio obligado a pedir el retiro. Por su parte, Changarnier publicó el 2 de noviembre una orden del día en la que prohibía a las tropas clamores o cualquier otro tipo de manifestación política mientras estuvieran bajo las armas. Los periódicos elíseos[192] atacaron a Changarnier; los periódicos del Partido del Orden, a Bonaparte; la Comisión Permanente celebraba una sesión secreta tras otra, en las que se presentaba reiteradamente la proposición de declarar a la patria en peligro; el ejército parecía dividido en dos campos enemigos, con dos Estados Mayores enemigos, uno en el Elíseo, donde moraba Bonaparte, y otro en las Tullerías, donde moraba Changarnier. Solo parecía faltar la reanudación de las sesiones de la Asamblea Nacional para que sonase la señal de batalla. Al público francés, esa fricción entre Bonaparte y Changarnier le merecía el mismo juicio que a aquel periodista inglés que la caracterizó en las siguientes palabras:

Las criadas políticas de Francia barren la ardiente lava de la revolución con escobas viejas, y riñen entre sí durante la faena.[193]

Entretanto, Bonaparte se apresuró a destituir a D’Hautpoul, expidiéndolo precipitadamente a Argelia y nombrando al general Schramm para sustituirlo en la cartera de ministro de Guerra. El 12 de noviembre mandó a la Asamblea Nacional un mensaje de prolija verbosidad norteamericana, recargado de detalles, fragante de orden, ávido de reconciliación, lleno de resignación constitucional, en el que se trataba de todos y de todo, menos de las questions brûlantes[194] del momento. Como al pasar, dejaba caer las palabras de que, con

arreglo a las normas expresas de la Constitución, tan solo el presidente podía disponer del ejército. El mensaje terminaba con estas palabras altisonantes:

Francia exige ante todo tranquilidad. […] Soy el único ligado por mi juramento, y me mantengo dentro de los estrictos límites que me traza. […] En lo que me atañe, elegido por el pueblo y no debiendo más que a este mi poder, me someteré siempre a su voluntad legalmente expresada. Si en este período de sesiones acordáis la revisión constitucional, una Asamblea Constituyente reglamentará la posición del Poder Ejecutivo. En otro caso, el pueblo declarará solemnemente su decisión en 1852. Pero, cualesquiera que sean las soluciones del porvenir, lleguemos a un entendimiento, para que jamás la pasión, la sorpresa o la violencia decidan la suerte de una gran nación. […] Lo que sobre todo me preocupa no es saber quién va a gobernar Francia en 1852, sino emplear el tiempo de que dispongo de modo que la transición suceda sin agitación y sin perturbaciones. […] Os he abierto lealmente mi corazón, contestaréis vosotros a mi franqueza con vuestra confianza, a mis buenas intenciones con vuestra colaboración, y Dios hará el resto.[195]

El lenguaje de respetabilidad, hipócritamente moderado, virtuosamente lleno de lugares comunes de la burguesía, descubre su más profundo sentido en labios del autócrata de la Sociedad del 10 de Diciembre y del héroe de las meriendas de Saint-Maur y Satory.

Los burgraves del Partido del Orden no se dejaron engañar ni un solo instante en cuanto al crédito que se podía dar a esa efusión cordial. Acerca de los juramentos, ya desde mucho tiempo atrás estaban hastiados; entre ellos había veteranos, virtuosos del perjurio político, y no pasaron por alto el tramo dedicado al ejército. Observaron con desagrado que, en la prolija e interminable enumeración de las leyes recientemente promulgadas, el mensaje guardaba un silencio deliberado acerca de la más importante de todas, la ley electoral, y más aún, que en caso de que no se revisara la Constitución se dejaba al arbitrio del pueblo, para 1852, la elección del presidente. La ley electoral era la bola de plomo que, encadenada a los pies del Partido del Orden, le impedía andar, y no digamos lanzarse al asalto. Además, con la disolución oficial de la Sociedad del 10 de Diciembre y la destitución del ministro de Guerra, D’Hautpoul, Bonaparte

había sacrificado por su propia mano en el altar de la patria a las víctimas propiciatorias. Había limado las puntas del conflicto que se esperaba. Al final, el propio Partido del Orden procuró rehuir, atenuar, disimular ansiosamente cualquier conflicto decisivo con el Poder Ejecutivo. Por miedo a perder las conquistas logradas contra la revolución, dejó que su rival cosechase los frutos de ellas. “Francia exige ante todo tranquilidad”. Así le gritaba ya desde Febrero[196] el Partido del Orden a la revolución, así le gritaba al Partido del Orden el mensaje de Bonaparte. “Francia exige ante todo tranquilidad”. Bonaparte cometía actos tendientes a la usurpación, pero el Partido del Orden provocaba “agitación” si alzaba su clamor en torno a estos actos y los interpretaba de un modo hipocondríaco. Los salchichones de Satory no despegaban los labios si nadie hablaba de ellos. “Francia exige ante todo tranquilidad”. Por eso, Bonaparte exigía que se le dejase hacer tranquilamente lo que quería, y el partido parlamentario se sentía paralizado por un doble temor: por el temor de reavivar la agitación revolucionaria y por el temor de aparecer como el perturbador de la tranquilidad a los ojos de su propia clase, a los ojos de la burguesía. Dado que Francia exigía sobre todo tranquilidad, el Partido del Orden no se atrevió, después de que Bonaparte, en su mensaje, hablara de “paz”, a contestar con “guerra”. El público, que ya se relamía pensando en las grandes escenas de escándalo que se iban a producir al reanudarse las sesiones de la Asamblea Nacional, vio defraudadas sus esperanzas. Los diputados de la oposición que exigían que se presentasen las actas de la Comisión Permanente acerca de los acontecimientos de octubre fueron arrollados por los votos de la mayoría. Se rehuyeron por principio todos los debates que pudieran caldear los ánimos. Los trabajos de la Asamblea Nacional durante los meses de noviembre y diciembre de 1850 carecieron de interés.

Por último, hacia fines de diciembre, comenzó una guerra de guerrillas en torno a unas u otras prerrogativas del Parlamento. El movimiento se perdió en disputas mezquinas sobre las prerrogativas de los dos poderes, después de que la burguesía, con la abolición del sufragio universal, momentáneamente había puesto fin a la lucha de clases.

Se había ejecutado contra Mauguin, uno de los representantes del pueblo, una sentencia judicial por deudas. El ministro de Justicia, Rouher, a instancia del presidente de la Corte, declaró que podía dictarse sin más trámites mandato de arresto contra el deudor. Mauguin fue recluido, pues, en la cárcel de deudores. Al conocer el atentado, la Asamblea Nacional montó en cólera. No solo ordenó que el preso fuese inmediatamente puesto en libertad, sino que aquella misma

tarde mandó a su greffier[197] a que lo sacase por la fuerza de Clichy.[198] Sin embargo, para testimoniar su fe en la santidad de la propiedad privada y con la segunda intención de abrir, en caso de necesidad, un asilo para montagnards molestos, declaró válida la prisión por deudas de representantes del pueblo, previa autorización de la Asamblea Nacional. Esta olvidó decretar que también se podría recluir por deudas al presidente de la República. Destruyó la última apariencia de inviolabilidad que rodeaba a los miembros de su propia corporación.

Se recordará que, basado sobre información aportada por cierto Allais, el comisionado de policía Yon había denunciado a una sección de decembristas por planificar el asesinato de Dupin y Changarnier. En relación con esto, ya en la primera sesión los cuestores presentaron la propuesta de crear una policía parlamentaria propia, pagada por el presupuesto privado de la Asamblea Nacional e independiente por completo del prefecto de policía. El ministro del Interior, Baroche, protestó contra esta intromisión en su área de competencia. En vista de esto, se llegó a una mísera transacción: el comisario de policía de la Asamblea sería pagado con su presupuesto privado, y nombrado y destituido por sus cuestores, pero previo acuerdo con el ministro del Interior. Entre tanto, Allais había sido entregado por el gobierno a los tribunales, y no fue difícil presentar sus declaraciones como falsas y, por boca del fiscal, cubrir de ridículo a Dupin, Changarnier, Yon y toda la Asamblea Nacional. Ahora, el 29 de diciembre el ministro Baroche escribe una carta a Dupin exigiendo la destitución de Yon. El despacho de la presidencia de la Asamblea Nacional acuerda no destituirlo, pero esta no lo refrenda, asustada por la violencia del proceder en el affaire Mauguin y acostumbrada a que el Poder Ejecutivo le devuelva dos golpes por uno. Destituye a Yon en recompensa por el celo con que le había prestado servicio y se despoja de una prerrogativa parlamentaria indispensable contra un hombre que no decide durante la noche para ejecutar durante el día, sino que decide durante el día y ejecuta durante la noche.[199]

Hemos visto que la Asamblea Nacional, durante los meses de noviembre y diciembre, rehuyó, ahogó, en grandes y decisivas ocasiones la lucha contra el Poder Ejecutivo. Ahora la vemos obligada a aceptar esta lucha por los motivos más mezquinos. En el affaire Mauguin, confirma en principio la prisión por deudas de los representantes del pueblo, pero se reserva la posibilidad de aplicarla solamente a aquellos que no le sean gratos, y regatea por este infame privilegio con el ministro de Justicia. En vez de aprovechar el supuesto plan de asesinato para abrir una investigación sobre la Sociedad del 10 de Diciembre y

desenmascarar irremisiblemente a Bonaparte ante Francia y ante Europa, presentándolo en su verdadera faz, como la cabeza del lumpemproletariado de París, deja que la colisión se rebaje a un punto en que ya lo único que se ventila entre ella y el ministro del Interior es quién tiene competencia para nombrar y separar a un comisario de la policía. Así, por su posición equívoca, vemos al Partido del Orden, durante todo este período, obligado a convertir su lucha contra el Poder Ejecutivo en mezquinas discordias de competencias, chicanas, leguleyerías, litigios de lindes, y a tomar como contenido de sus actividades las más insípidas cuestiones de forma. No se atreve a afrontar el choque en el momento en que este tiene una significación de principio, en que el Poder Ejecutivo se ha comprometido realmente y en que la causa de la Asamblea Nacional sería la causa de toda la nación. Con ello daría a la nación una orden de marcha, y nada teme tanto como el que la nación se mueva. Por eso, en estas ocasiones, desecha las proposiciones de la Montaña y pasa al orden del día. Después de abandonarse así la cuestión litigiosa en sus grandes dimensiones, el Poder Ejecutivo espera tranquilamente el momento en que pueda volver a plantearla por motivos fútiles e insignificantes, cuando solo ofrezca, por así decir, un interés parlamentario puramente local. Y entonces estalla la ira contenida del Partido del Orden, entonces rasga el telón que oculta los bastidores, entonces denuncia al presidente, entonces declara a la República en peligro; pero entonces su patetismo pierde también todo sabor, y el motivo de la lucha aparece como un pretexto hipócrita e indigno de ser tomado en cuenta. La tempestad parlamentaria se convierte en una tempestad en un vaso de agua, la lucha en intriga, el choque en escándalo. Mientras la malignidad de las clases revolucionarias se ceba en la humillación de la Asamblea Nacional, pues estas clases se entusiasman por las prerrogativas parlamentarias de aquella tanto como ella por las libertades públicas, la burguesía fuera del Parlamento no comprende cómo la burguesía dentro del Parlamento puede derrochar el tiempo en tan mezquinas querellas y poner en riesgo la tranquilidad por tan míseras rivalidades con el presidente. La deja confundida una estrategia que sella la paz en los momentos en que todo el mundo espera batallas y ataca en los momentos en que todo el mundo cree que se ha sellado la paz.

El 20 de diciembre, Pascal Duprat interpeló al ministro del Interior sobre la lotería de los lingotes de oro. Esta lotería era una “hija del Elíseo”.[200] Bonaparte la había traído al mundo con sus leales, y el prefecto de policía, Carlier, la había tomado bajo la protección oficial, a pesar de que la ley en Francia prohíbe cualquier clase de loterías, fuera de los sorteos hechos para fines de beneficencia. 7.000.000 billetes por valor de 1 franco cada uno, y la ganancia

destinada, al parecer, a embarcar a vagabundos de París rumbo a California. Por una parte, se quería que los sueños dorados desplazasen los sueños socialistas del proletariado parisino, que la tentadora perspectiva del premio gordo desplazase el derecho doctrinario al trabajo. Naturalmente, los obreros de París no reconocieron en el brillo de los lingotes de oro de California los opacos francos que les habían sacado del bolsillo con engaños. Pero, en lo fundamental, se trataba de una estafa directa. Los vagabundos que querían encontrar minas de oro californianas sin moverse de París eran el propio Bonaparte y los caballeros comidos de deudas que formaban su "Tabla Redonda". Ya se habían gastado alegremente los 3.000.000 concedidos por la Asamblea Nacional, y había que volver a llenar la caja como fuese. En vano había abierto Bonaparte una suscripción nacional para construir las llamadas cités ouvrières,[201] a cuya cabeza figuraba él mismo, con una suma considerable. Los burgueses, duros de corazón, aguardaron con recelo a que desembolsase el capital suscripto, y como, desde luego, el desembolso no se efectuó, la especulación sobre aquellos castillos socialistas en el aire se vino inmediatamente a tierra. Los lingotes de oro dieron mejor resultado. Bonaparte y compañía no se contentaron con embolsarse una parte del remanente de los 7.000.000 que había después de cubrir el valor de las barras sorteadas, sino que fabricaron 10, 15 y hasta 20 billetes falsos con idéntica numeración. ¡Operaciones financieras en el espíritu de la Sociedad del 10 de Diciembre! Aquí, la Asamblea Nacional no tenía enfrente al ficticio presidente de la República, sino al Bonaparte de carne y hueso. Aquí, podía atraparlo in flagranti, cuando este transgredía no ya la Constitución, sino el Code Pénal.[202] Si ante la interpelación de Duprat la Asamblea pasó al orden del día, no fue solamente porque la moción de Girardin de declararse satisfait traía a la memoria del Partido del Orden su corrupción sistemática. El burgués, y sobre todo el burgués inflado como estadista, complementa su vileza práctica con su grandilocuencia teórica. Como estadista, se convierte, al igual que el poder del Estado que tiene enfrente, en un ser superior, contra quien solo puede combatirse de un modo superior, solemne.

Bonaparte, que precisamente como bohémien, como lumpemproletario principesco, tenía sobre el truhan burgués la ventaja de que podía librar la lucha con medios rastreros, vio entonces –después de que la propia Asamblea lo había ayudado a cruzar, llevándolo de la mano, el suelo resbaladizo de los banquetes militares, de las revistas de tropas, de la Sociedad del 10 de Diciembre y, por último, del Code Pénal–, vio entonces llegado el momento en que podía pasar de la aparente defensiva a la ofensiva. Las pequeñas derrotas del ministro de Justicia, del ministro de Guerra, del ministro de Marina y del ministro de

Hacienda, que se le interponían en el camino y con las que la Asamblea Nacional hacía manifiesto su descontento gruñón, no lo molestaban gran cosa. No solo impidió que los ministros renunciasen y así reconociesen la subordinación del Poder Ejecutivo al Parlamento, sino que ya pudo consumar la obra que había comenzado durante las vacaciones de la Asamblea Nacional: desgajar del Parlamento el poder militar, destituir a Changarnier.

Un periódico elíseo[203] publicó una orden del día dirigida, durante el mes de mayo, al parecer, a la primera división del ejército y procedente, por tanto, de Changarnier, en la que se recomendaba a los oficiales, en caso de sublevación, no dar cuartel a los traidores dentro de sus propias filas, fusilarlos inmediatamente y negar las tropas a la Asamblea Nacional si esta llegaba a requerirlas. El 3 de enero de 1851 se interpeló al gobierno acerca de esta orden. Para examinar el asunto pide primero tres meses, luego una semana y por último solo veinticuatro horas de reflexión. La Asamblea insiste en que se dé una explicación inmediata. Changarnier se levanta y declara que aquella orden del día jamás existió. Añade que en cada ocasión se apresurará a atender a los requerimientos de la Asamblea Nacional y que, en caso de colisión, esta puede contar con él. La Asamblea acoge su declaración con indescriptibles aplausos y le concede un voto de confianza. La Asamblea Nacional resigna sus poderes, decreta su propia impotencia y la omnipotencia del ejército, al colocarse bajo la protección privada de un general; pero el general se equivoca, poniendo a disposición de la Asamblea, contra Bonaparte, un poder que solo posee como prebenda del propio Bonaparte y esperando, a su vez, protección de este Parlamento, de su protegido necesitado de protección. Pero Changarnier cree en el poder misterioso de que la burguesía lo ha dotado desde el 29 de enero de 1849. Se considera como el tercer poder al lado de los otros dos poderes del Estado. Comparte la suerte de los demás héroes –o, mejor dicho, santos– de esta época, cuya grandeza consiste precisamente en la gran opinión interesada que sus partidos se forman de ellos y que quedan reducidos a figuras mediocres tan pronto como las circunstancias los invitan a hacer milagros. El descreimiento es siempre el enemigo mortal de estos héroes supuestos y santos reales. De aquí su noble indignación moral contra los bromistas y burlones carentes de entusiasmo.

Esa misma noche fueron llamados los ministros al Elíseo. Bonaparte acucia para que sea destituido Changarnier; cinco ministros se niegan a firmar la destitución; el Moniteur anuncia una crisis ministerial y la prensa del Orden amenaza con la formación de un ejército parlamentario bajo el mando de Changarnier. El Partido del Orden tenía atribuciones constitucionales para dar este paso. Le bastaba con

nombrar a Changarnier presidente de la Asamblea Nacional y requerir cualquier cantidad de tropas para velar por su seguridad. Podía hacerlo con tanta más seguridad cuanto que Changarnier se hallaba todavía realmente al frente del ejército y de la Guardia Nacional de París y solo aguardaba el momento de ser requerido junto con el ejército. La prensa bonapartista no se atrevía siquiera a poner en tela de juicio el derecho de la Asamblea Nacional a requerir directamente las tropas, escrúpulo jurídico que en aquellas circunstancias no auguraba ningún éxito. Y, si se tiene en cuenta que Bonaparte tuvo que buscar en todo París durante ocho días para encontrar por fin dos generales –Baraguay d'Hilliers y Saint-Jean d'Angely– que se declararan dispuestos a refrendar la destitución de Changarnier, parece lo más verosímil que el ejército hubiese respondido a la orden de la Asamblea Nacional. En cambio, es más que dudoso que el Partido del Orden hubiera encontrado en sus propias filas y en el Parlamento el número de votos necesario para este acuerdo, si se advierte que ocho días después se separaron de él 286 votos y que la Montaña rechazó una propuesta semejante, incluso en diciembre de 1851, en la hora final de la decisión. No obstante, quizá, los burgraves habrían conseguido todavía arrastrar a la masa de su partido a un heroísmo que consistía en sentirse seguros detrás de un bosque de bayonetas y en aceptar los servicios de un ejército que había desertado a su campo. En vez de hacer esto, los señores burgraves se trasladaron al Elíseo en la noche del 6 de enero para, mediante giros y reparos de ingeniosos estadistas, hacer desistir a Bonaparte de la destitución de Changarnier. Cuando se trata de convencer a alguien, es porque se lo reconoce como quien domina la situación. Bonaparte, asegurado por este paso, nombra el 12 de enero un nuevo Gabinete en el que continúan los jefes del antiguo, Fould y Baroche. Saint-Jean d'Angely es nombrado ministro de Guerra, el Moniteur publica el decreto de destitución de Changarnier, y su mando se divide entre Baraguay d'Hilliers, al que se le asigna la primera división militar, y Perrot, que se hace cargo de la Guardia Nacional. Se hace dimitir al "baluarte de la sociedad" y, si ninguna piedra cae de los tejados, suben en cambio las cotizaciones de la Bolsa.

El Partido del Orden, rechazando al ejército, que se pone a su disposición en la persona de Changarnier, y entregándoselo así de modo irrevocable al presidente, declara que la burguesía ha perdido la vocación de gobernar. Ya no existía un gobierno parlamentario. Al no disponer más del ejército y de la Guardia Nacional, ¿qué medio de fuerza le quedaba para afirmar a un mismo tiempo el poder usurpado del Parlamento sobre el pueblo y su poder constitucional contra el presidente? Ninguno. Solo le quedaba la apelación a estos principios inermes que él mismo había interpretado siempre como meras reglas generales y que se

prescribían a otros para poder uno moverse con mayor libertad. Con la destitución de Changarnier y la entrega del poder militar a Bonaparte, termina la primera parte del período que estamos examinando, el período de la lucha entre el Partido del Orden y el Poder Ejecutivo. La guerra entre ambos poderes se declara ahora abiertamente, se libra abiertamente, pero cuando ya el Partido del Orden ha perdido sus armas y soldados. Sin Gabinete, sin ejército, sin pueblo, sin opinión pública, sin ser ya, desde su ley electoral del 31 de mayo, representante de la nación soberana, sin ojos, sin oídos, sin dientes, sin nada,[204] la Asamblea Nacional va convirtiéndose poco a poco en un antiguo Parlamento francés,[205] que debe entregar la iniciativa al gobierno y contentarse, por su parte, con gruñidos de recriminación post festum.[206]

El Partido del Orden recibe al nuevo Gabinete con una avalancha de indignación. El general Bedeau evoca en el recuerdo la benignidad de la Comisión Permanente durante las vacaciones y los excesivos miramientos con que había renunciado a la publicación de las actas de sus sesiones. Por su parte, el ministro del Interior insiste en la publicación de estas actas que son ya, naturalmente, tan sosas como agua estancada, que no descubren ningún hecho nuevo y no producen el menor efecto al público hastiado. A propuesta de Rémusat, la Asamblea Nacional se retira a sus despachos y nombra un “Comité de Medidas Extraordinarias”. París no se sale de los carriles de su orden cotidiano, con tanta mayor razón cuanto que en este momento el comercio prospera, las manufacturas trabajan, los precios del trigo están bajos, los víveres abundan, en las cajas de ahorro ingresan todos los días cantidades nuevas. Las “medidas extraordinarias”, tan estrepitosamente anunciadas por el Parlamento, quedan reducidas, el 18 de enero, a un voto de desconfianza contra los ministros, sin que se mencione siquiera el nombre del tal general Changarnier. El Partido del Orden se vio obligado a dar al voto este giro para asegurarse los votos de los republicanos, ya que de todas las medidas del Gabinete, estos solo aprobaban la destitución de Changarnier, mientras que en realidad el Partido del Orden no podía censurar los demás actos ministeriales, dictados por él mismo.

El voto de desconfianza del 18 de enero se decidió por 415 votos contra 286. Por tanto, solo pudo sacarse adelante mediante una coalición de los legitimistas y orleanistas extremos con los republicanos puros y la Montaña. Este voto probaba, pues, que el Partido del Orden no solo había perdido el Gabinete y el ejército, sino que en los conflictos con Bonaparte había perdido también su mayoría parlamentaria independiente, que un tropel de diputados había desertado de su campo por el espíritu de componendas llevado al fanatismo, por miedo a la

lucha, por cansancio, por consideraciones de parentesco hacia los sueldos del Estado, tan entrañables para ellos, especulando con las vacantes de ministros (Odilon Barrot), por ese mezquino egoísmo con que el burgués corriente se inclina siempre a sacrificar a este o al otro motivo privado el interés general de su clase. Desde el principio, los diputados bonapartistas solo se unían al Partido del Orden en la lucha contra la revolución. Para entonces, el jefe del partido católico, Montalembert, ya había puesto su influencia en el platillo de la balanza bonapartista, porque ya no abrigaba esperanzas en la vitalidad del partido parlamentario. Por último, los caudillos de este partido, Thiers y Berryer, el orleanista y el legitimista, se vieron obligados a proclamarse abiertamente republicanos, a reconocer que, aunque su corazón era monárquico, su cabeza abrigaba ideas republicanas y que la república parlamentaria era la única forma posible para la dominación de toda la burguesía. De este modo se vieron obligados a estigmatizar ellos mismos ante los ojos de la clase burguesa, como una intriga tan peligrosa como descabellada, los planes de restauración que seguían urdiendo impertérritos a espaldas del Parlamento.

El voto de desconfianza del 18 de enero fue un golpe contra los ministros, no contra el presidente. Pero no había sido el Gabinete, sino el presidente quien había destituido a Changarnier. ¿El Partido del Orden iba a formular un acta de acusación contra Bonaparte? ¿Por sus veleidades de restauración? Estas no eran más que el complemento de las suyas propias. ¿Por su conspiración en las revistas de tropas y en la Sociedad del 10 de Diciembre? Hacía ya mucho tiempo que se habían enterrado estos temas bajo simples órdenes del día. ¿Por la destitución del héroe del 29 de enero y del 13 de junio, del hombre que en mayo de 1850 amenazaba, en caso de revuelta, con dejar a París en llamas por los cuatro costados? Sus aliados de la Montaña y Cavaignac no le permitían siquiera sostener al caído “baluarte de la sociedad” mediante una manifestación oficial de condolencia. Los del Partido del Orden no podían discutir al presidente la facultad constitucional de destituir a un general. Solo se enfurecían porque habían hecho un uso no parlamentario de su derecho constitucional. ¿No habían hecho ellos un constante uso inconstitucional de sus prerrogativas parlamentarias, sobre todo al abolir el sufragio universal? Estaban obligados, pues, a moverse dentro de los estrictos límites parlamentarios. Y hacía falta padecer aquella peculiar enfermedad que desde 1848 hace estragos en el continente entero, el cretinismo parlamentario, enfermedad que aprisiona como por encantamiento a los contagiados en un mundo imaginario, privándolos de toda percepción, de toda memoria, de toda comprensión del rudo mundo exterior; hacía falta padecer este cretinismo parlamentario para que quienes por

sus propias manos habían destruido, y tenían necesariamente que destruir, en su lucha con otras clases, todas las condiciones del poder parlamentario, considerasen aún como triunfos sus triunfos parlamentarios y creyesen dar en el blanco del presidente cuando disparaban contra sus ministros. No hacían más que darle una ocasión para humillar nuevamente a la Asamblea Nacional ante los ojos de la nación. El 20 de enero, el Moniteur anunció que había sido aceptada la dimisión del Gabinete completo. Bajo el pretexto de que ningún partido parlamentario tenía ya la mayoría, como lo demostraba el voto del 18 de enero, fruto de la coalición entre la Montaña y los monárquicos, y esperando a la formación de una nueva mayoría, Bonaparte nombró un llamado Gabinete de transición, en el que no figuraba ningún diputado y en el que todos los componentes eran individuos completamente desconocidos e insignificantes, un Gabinete de simples mandaderos y escribientes. El Partido del Orden ya podía desgastarse en el juego con estas marionetas; el Poder Ejecutivo no creyó que valiese siquiera la pena estar seriamente representado en la Asamblea Nacional. Cuanto más simples monigotes fuesen sus ministros, más visible era que concentraba Bonaparte en su persona todo el Poder Ejecutivo y mayor margen de libertad tenía para explotarlo al servicio de sus fines.

El Partido del Orden, coligado con la Montaña, se vengó desechando la dotación presidencial de 1.800.000 francos que el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre había obligado a sus mandaderos ministeriales a presentar. Esta vez, la votación se decidió por una ventaja de solo 102 votos, es decir que desde el 18 de enero habían vuelto a desertar 27 votos; la disolución del Partido del Orden seguía su curso. Al mismo tiempo, para que en ningún momento pudiera caber engaño acerca del sentido de su coalición con la Montaña, no se dignó tomar siquiera en consideración una proposición encaminada a la amnistía general de los infractores políticos, firmada por 189 diputados de la Montaña. Bastó con que el ministro del Interior, un tal Vaïsse, declarase que el orden solo era aparente, que en secreto reinaba una gran agitación, que en secreto se organizaban sociedades ubicuas, los periódicos democráticos se preparaban para reaparecer, los informes de las provincias eran desfavorables, los emigrados de Ginebra tendían, a través de Lyon, una conspiración por todo el sur de Francia, Francia misma estaba al borde de una crisis industrial y comercial, los fabricantes de Roubaix habían reducido la jornada de trabajo, los presos de Belle-Île[207] se habían sublevado; incluso bastó con que ese tal Vaïsse conjurase el espectro rojo, para que el Partido del Orden rechazase, sin discutirla siquiera, una proposición que habría valido a la Asamblea Nacional una enorme popularidad y habría obligado a Bonaparte a echarse de nuevo en sus brazos. En vez de dejarse intimidar por el

Poder Ejecutivo con la perspectiva de nuevos disturbios, habría debido, por el contrario, dejar a la lucha de clases un pequeño margen, para mantener bajo su dependencia al Poder Ejecutivo. Pero no se sentía a la altura de la misión de jugar con fuego.

Entretanto, el llamado Gabinete de transición fue vegetando hasta mediados de abril. Bonaparte cansó, aturdió a la Asamblea Nacional con constantes combinaciones de nuevos ministerios. Tan pronto parecía querer formar un Gabinete republicano con Lamartine y Billault, como un Gabinete parlamentario, con el inevitable Odilon Barrot –cuyo nombre no puede faltar cuando se necesita un cándido– o un Gabinete legitimista, con Vatimesnil y Benoist d’Azy, o un Gabinete orleanista, con Maleville. Y mientras de este modo mantiene en tensión a las diversas fracciones del Partido del Orden, unas contra otras, y las atemoriza a todas con la perspectiva de un Gabinete republicano y con la restauración, entonces inevitable, del sufragio universal, suscita en la burguesía la convicción de que sus esfuerzos sinceros por lograr un Gabinete parlamentario se estrellan contra la actitud irreconciliable de las fracciones realistas. Pero la burguesía clamaba tanto más estentóreamente por un “gobierno fuerte”, encontraba tanto más imperdonable dejar a Francia “sin administración”, cuanto más cercana parecía una crisis comercial general, que laboraba en las ciudades en pro del socialismo como laboraba en el campo el bajo precio ruinoso del trigo. El comercio languidecía cada día más, los brazos inactivos aumentaban visiblemente, en París había por lo menos 10.000 obreros sin pan; en Ruan, Mulhouse, Lyon, Roubaix, Tourcoing, Saint-Étienne, Elbeuf, etc., se paralizaban innumerables fábricas. En estas circunstancias, Bonaparte pudo atreverse a restaurar, el 11 de abril, el Gabinete del 18 de enero, con los señores Rouher, Fould, Baroche, etc., reforzados por el señor Léon Faucher, a quien la Asamblea Constituyente, durante sus últimos días, por unanimidad, con la sola excepción de los votos de cinco ministros, había estigmatizado con un voto de desconfianza por la difusión de telegramas falsos. Por tanto, la Asamblea Nacional había conseguido el 18 de enero un triunfo sobre el Gabinete, había luchado durante tres meses contra Bonaparte para que el 11 de abril Fould y Baroche pudiesen recibir en su alianza ministerial, como tercero, al puritano Faucher.

En noviembre de 1849, Bonaparte se había contentado con un Gabinete no parlamentario y en enero de 1851 con uno extraparlamentario; el 11 de abril, se sintió ya lo bastante fuerte para formar un Gabinete antiparlamentario, en el que se unían armónicamente los votos de desconfianza de ambas Asambleas, la Constituyente y la Legislativa, la republicana y la realista. Esta gradación de

Gabinetes era el termómetro con que el Parlamento podía medir el descenso de su propio calor vital. A fines de abril, este había caído tan bajo que Persigny pudo invitar a Changarnier, en una entrevista personal, a pasarse al campo del presidente. Le aseguró que Bonaparte consideraba completamente destruida la influencia de la Asamblea Nacional y que estaba preparada ya la proclama que había de publicarse después del coup d'État, constantemente proyectado, pero otra vez accidentalmente aplazado. Changarnier comunicó a los caudillos del Partido del Orden la esquela mortuoria, pero ¿quién cree que las picaduras de las chinches matan? Y el Parlamento, tan derrotado, tan desintegrado, tan corrompido como estaba, no podía resistirse a ver en el duelo con el grotesco jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre algo más que el duelo con una chinche. Sin embargo, Bonaparte contestó al Partido del Orden como Agesilao al rey Agis: "Te parezco una hormiga, pero algún día te pareceré un león".[208]

LE GRAND NAPOLÉON

ET LE PETIT NAPOLÉON.



L'EMPEREUR A BRIENNE.



LE PRINCE LOUIS A LONDRES.

COMMENT ILS ÉTUDIAIENT LE CANON.



...PEREUR A MONTEREAU.



LE PRINCE A L'ESTAMINET.

VI

La coalición con la Montaña y los republicanos puros a que el Partido del Orden se veía condenado, en sus vanos esfuerzos por retener el poder militar y reconquistar la suprema dirección del Poder Ejecutivo, demostraba irrefutablemente que había perdido su mayoría parlamentaria propia. La mera fuerza del calendario, la manecilla del reloj, dio el 28 de mayo la señal para su completa desintegración. Con el 28 de mayo comienza el último año de vida de la Asamblea Nacional. Esta tenía que decidirse, en ese trance, por seguir manteniendo intacta la Constitución o revisarla. Pero la revisión constitucional no quería decir solamente dominación de la burguesía o de la democracia pequeñoburguesa, democracia o anarquía proletaria, república parlamentaria o Bonaparte, sino que quería decir también Orleans o Borbón. Con esto, se echó a rodar en el Parlamento la manzana de la discordia, que por fuerza tenía que encender abiertamente el conflicto de intereses que dividía al Partido del Orden en fracciones enemigas. El Partido del Orden era una amalgama de sustancias sociales heterogéneas. El problema de la revisión creó la temperatura política que descompuso el producto en sus elementos originarios.

El interés de los bonapartistas por la revisión era sencillo. Para ellos, se trataba sobre todo de derogar el art. 45, que prohibía la reelección de Bonaparte y la prórroga de sus poderes. No menos sencilla parecía la posición de los republicanos. Estos rechazaban incondicionalmente cualquier revisión, viendo en ella una conspiración urdida por todas partes contra la República. Y como disponían de más de la cuarta parte de los votos de la Asamblea Nacional y según la Constitución eran necesarias las tres cuartas partes para validar la revisión y convocar la Asamblea encargada de llevarla a cabo, les bastaba contar sus votos para estar seguros del triunfo. Y estaban seguros de triunfar.

Frente a estas posiciones tan claras, el Partido del Orden se veía presa de inextricables contradicciones. Si rechazaba la revisión, ponía en peligro el statu quo, no dejando a Bonaparte más que una salida, la de la violencia, entregando a Francia el segundo domingo de mayo de 1852, en el momento decisivo, a la anarquía revolucionaria, con un presidente que había perdido su autoridad, con un Parlamento que hacía ya mucho que no la tenía y con un pueblo que aspiraba a reconquistarla. Si votaba por la revisión constitucional, sabía que votaba en vano y que sus votos fracasarían necesariamente ante el veto constitucional de los republicanos. Si, en contra de la Constitución, declaraba vinculante la simple mayoría de votos, solo podía confiar en dominar la revolución sometiéndose sin condiciones a las órdenes del Poder Ejecutivo y erigía a Bonaparte en dueño de

la Constitución, de la revisión constitucional y del propio Partido del Orden. Una revisión apenas parcial, que prorrogase los poderes del presidente, abría el camino a la usurpación imperial. Una revisión general, que acortase la vida de la República, planteaba un conflicto inevitable entre las pretensiones dinásticas, pues las condiciones para una restauración borbónica y para una restauración orleanista no solo eran distintas, sino que se excluían mutuamente.

La república parlamentaria era algo más que el terreno neutral donde con derechos iguales podían convivir las dos fracciones de la burguesía francesa, los legitimistas y los orleanistas, la gran propiedad fundiaria y la industria. Era la condición inevitable para su dominación en común, la única forma de gobierno en que su interés general de clase podía someter a la par las pretensiones de sus distintas fracciones y las de las otras clases de la sociedad. Como realistas, recaían en su antiguo antagonismo, en la lucha por la supremacía de la propiedad fundiaria o la del dinero, y la expresión suprema de este antagonismo, su personificación, eran sus propios reyes, sus dinastías. De aquí la resistencia del Partido del Orden contra el regreso de los Borbones.

El orleanista y diputado Créton había presentado periódicamente, en 1849, 1850 y 1851, la proposición de derogar el decreto de destierro contra las familias reales. Y el Parlamento daba, con la misma periodicidad, el espectáculo de una asamblea de realistas que se obstinaban en cerrar a sus reyes desterrados la puerta por la que podían retornar a la patria. Ricardo III había asesinado a Enrique VI con la observación de que era demasiado bueno para este mundo y estaba mejor en el cielo.[209] Aquellos realistas declaraban que Francia no merecía volver a poseer sus reyes. Obligados por la fuerza de las circunstancias, se habían convertido en republicanos y sancionaban repetidamente la decisión del pueblo que expulsaba de Francia a sus reyes.

La revisión constitucional (y las circunstancias obligaban a tomarla en cuenta) ponía en tela de juicio, a la par que la República, la dominación en común de las dos fracciones de la burguesía y hacía resucitar, con la posibilidad de una restauración de la monarquía, la rivalidad de intereses que esta había representado alternativamente y con preferencia: la lucha por la supremacía de una fracción sobre la otra. Los diplomáticos del Partido del Orden creían poder dirimir la lucha amalgamando ambas dinastías, mediante una llamada fusión de los partidos realistas y de sus casas reales. La verdadera fusión de la Restauración y de la Monarquía de Julio era la república parlamentaria, en la que se borraban los colores orleanista y legitimista y las especies burguesas

desaparecían en el burgués a secas, en el burgués como género. Pero para entonces se trataba de que el orleanista se hiciese legitimista y el legitimista, orleanista. Se quería que la monarquía, encarnación de su antagonismo, pasase a encarnar su unidad, que la expresión de sus intereses fraccionales exclusivos se convirtiese en expresión de su interés común de clase, que la monarquía hiciese lo que solo podía hacer y había hecho la abolición de dos monarquías, la República. Era la piedra filosofal, para cuya obtención se quebraban la cabeza los doctores del Partido del Orden. ¡Como si la monarquía legitimista pudiera convertirse alguna vez en la monarquía del burgués industrial o la monarquía burguesa en la monarquía de la aristocracia tradicional de la tierra! ¡Como si la propiedad territorial y la industria pudiesen hermanarse bajo una sola corona, cuando esta solo podía ceñir una cabeza, la del hermano mayor o la del menor! ¡Como si la industria pudiese avenirse alguna vez con la propiedad territorial, mientras esta no se decida a hacerse industrial! Aunque Enrique V muriese mañana, el conde de París no se convertiría por ello en rey de los legitimistas, a menos que dejase de serlo de los orleanistas. Sin embargo, los filósofos de la fusión, que se engreían a medida que el problema de la revisión pasaba al primer plano, que hicieron de L’Assemblée Nationale[210] su órgano diario oficial y que incluso volvieron a laborar en ese momento (febrero de 1852), buscaban la explicación de todas las dificultades en la resistencia y la rivalidad de ambas dinastías. Los intentos de reconciliar a la familia de Orleans con Enrique V, que comenzaron ya desde la muerte de Luis Felipe pero que, como todas las intrigas dinásticas, solían representarse únicamente durante el receso de la Asamblea Nacional, en los entreactos, entre bastidores, más por coquetería sentimental con la vieja superstición que como un propósito serio, se convirtieron luego en acciones grandiosas, representadas por el Partido del Orden en la escena pública, en vez de representarse, como antes, en un teatro de aficionados. Los correos volaban de París a Venecia,[211] de Venecia a Claremont, de Claremont a París. El conde de Chambord lanza un manifiesto en el que “con la ayuda de todos los miembros de su familia”, anuncia no su restauración, sino la restauración “nacional”. El orleanista Salvandy se echa a los pies de Enrique V. En vano los jefes legitimistas Berryer, Benoist d’Azy y Saint-Priest parten en peregrinación a Claremont, a convencer a los Orleans. Los fusionistas se dan cuenta demasiado tarde de que los intereses de ambas fracciones burguesas no pierden en exclusivismo ni ganan en transigencia por agudizarse bajo la forma de intereses de familia, de los intereses de dos casas reales. Aunque Enrique V reconociese al conde de París como su sucesor (único éxito que, en el mejor de los casos, podía conseguir la fusión),[212] la Casa de Orleans no ganaba con ello ningún derecho que no le garantizase ya la falta de hijos de Enrique V, y en cambio perdía todos

los derechos que la Revolución de Julio le había conquistado. Renunciaba a sus derechos originarios, a todos los títulos que, en una lucha casi secular, había ido arrancando a la rama más antigua de los Borbones; cambiaba sus prerrogativas históricas, las prerrogativas de la monarquía moderna, por las prerrogativas de su árbol genealógico. Por tanto, la fusión no sería más que la abdicación voluntaria de la Casa de Orleans, su resignación legitimista, la rendición arrepentida de la Iglesia estatal protestante a la católica. Una rendición que, además, no la llevaría siquiera al trono que había perdido, sino a las gradas del trono en que había nacido. Los antiguos ministros orleanistas, Guizot, Duchâtel, etc., que se fueron también desplazando hacia Claremont, a abogar por la fusión, en realidad solo representaban la resaca que había dejado la Revolución de Julio, la falta de fe en la monarquía burguesa y en el monarquismo de los burgueses, la fe supersticiosa en la legitimidad como último amuleto contra la anarquía. Se creían mediadores entre los Orleans y los Borbón, pero en realidad solo eran orleanistas apóstatas, y como tales los recibió el príncipe de Joinville. En cambio, el sector viable y batallador de los orleanistas, Thiers, Baze, etc., convenció con tanta mayor facilidad a la familia de Luis Felipe de que si cualquier restauración monárquica inmediata presuponía la fusión de ambas dinastías y esta, a su vez, la abdicación de la Casa de Orleans, correspondía por entero a la tradición de sus ancestros reconocer provisoriamente la República esperando a que los acontecimientos permitiesen convertir el sillón presidencial en trono. Se difundió en forma de rumor la candidatura de Joinville a la presidencia, lo que mantuvo en vilo la curiosidad pública, y fue públicamente proclamada meses más tarde, en septiembre, una vez rechazada la revisión constitucional.

De este modo, no solo fracasó el intento de una fusión realista entre orleanistas y legitimistas, sino que se quebró su fusión parlamentaria, su forma común republicana, volviendo a desdoblarse el Partido del Orden en sus primitivos elementos; pero cuanto más crecía el divorcio entre Claremont y Venecia, cuanto más se rompía su avenencia y más se extendía la agitación a favor de Joinville, más acuciantes y más serias se hacían las negociaciones entre Faucher, el ministro de Bonaparte, y los legitimistas.

La descomposición del Partido del Orden no se detuvo en sus elementos primitivos. Cada una de las dos grandes fracciones se descompuso a su vez. Fue como si reaflorasen todos los viejos matices que antiguamente se habían combatido dentro de cada uno de los dos campos, el legitimista y el orleanista; como ocurre con los infusorios secos al contacto con el agua; como si hubiesen recuperado la suficiente energía vital para formar grupos propios y antagonismos

independientes. Los legitimistas se veían retrotraídos en sueños a los litigios entre las Tullerías y el Pabellón Marsan, entre Villèle y Polignac.[213] Los orleanistas revivían la edad de oro de los torneos entre Guizot, Molé, Broglie, Thiers y Odilon Barrot.

Aunque discorde también en cuanto a los límites de la revisión, el sector revisionista del Partido del Orden, integrado por los legitimistas –bajo Berryer y Falloux de un lado, y de otro La Rochejaquelein– y los orleanistas cansados de luchar –bajo Molé, Broglie, Montalembert y Odilon Barrot–, llegó a un acuerdo con los representantes bonapartistas acerca de la siguiente vaga y amplia proposición:

Los diputados abajo firmantes, con el fin de restituir a la nación el pleno ejercicio de su soberanía, presentan la moción de que la Constitución sea revisada.

Pero al mismo tiempo declaraban unánimemente, por boca de su portavoz, Tocqueville, que la Asamblea Nacional no tenía derecho a pedir la abolición de la República, que este derecho solo correspondía a la Cámara encargada de la revisión. Que, por lo demás, la Constitución solo podía revisarse por la vía “légale”, es decir, cuando votasen por la revisión las tres cuartas partes de los votos constitucionalmente estipuladas. Tras seis días de turbulentos debates, el 19 de julio, la revisión fue rechazada, como cabía esperar. Votaron a favor 446 miembros, pero en contra 278. Los orleanistas extremos –Thiers, Changarnier, etc.– votaron con los republicanos y la Montaña.

La mayoría del Parlamento se declaraba así en contra de la Constitución, pero la Constitución misma se declaraba a favor de la minoría y declaraba que esa votación era vinculante. Pero ¿acaso el Partido del Orden no había supeditado la Constitución a la mayoría parlamentaria el 31 de mayo de 1850 y el 13 de junio de 1849? ¿No descansaba toda su política anterior en la supeditación de los artículos constitucionales a los acuerdos de la mayoría parlamentaria? ¿No había dejado a los demócratas (y castigado en ellos) la superstición bíblica por la letra de la ley? Pero en este momento la revisión constitucional no significaba más que la continuación del poder presidencial, del mismo modo que la persistencia

de la Constitución solo significaba la destitución de Bonaparte. El Parlamento se había declarado a favor de él, pero la Constitución se declaraba en contra del Parlamento. Bonaparte obró, pues, en un sentido parlamentario al desgarrar la Constitución, y en un sentido constitucional al disolver el Parlamento.

El Parlamento había declarado a la Constitución, y con ella su propia dominación, "fuera de la mayoría"; con su acuerdo había abolido la Constitución y prorrogado los poderes presidenciales, declarando simultáneamente que ni aquella podía morir ni estos vivir mientras él mismo existiese. Los que debían enterrarlo estaban ya a la puerta. Mientras el Parlamento discutía la revisión, Bonaparte retiró al general Baraguay d'Hilliers, que se mostraba indeciso, el mando de la primera división y, para sustituirlo, nombró al general Magnan, el vencedor de Lyon, el héroe de las jornadas de diciembre, una de sus criaturas, que ya bajo Luis Felipe se había comprometido más o menos por él con motivo de la expedición de Boulogne.

El Partido del Orden demostró, con su acuerdo sobre la revisión, que no sabía gobernar ni servir, ni vivir ni morir, ni tolerar la República ni derribarla, ni sostener la Constitución ni echarla por tierra, ni cooperar con el presidente ni romper con él. ¿De quién esperaba la solución de todas las contradicciones? Del calendario, de la marcha de los acontecimientos. Dejó de arrogarse un poder sobre estos. Desafió, por tanto, a los acontecimientos a que se impusiesen por la fuerza, lo que entrañaba un desafío al poder, al que, en su lucha contra el pueblo, había cedido un atributo tras otro, hasta reducirse a la impotencia frente a él. Para que el jefe del Poder Ejecutivo estuviese en condiciones de trazar el plan de lucha contra él con mayor desembarazo, fortalecer sus medios de ataque, elegir sus armas, consolidar sus posiciones, acordó, precisamente en este momento crítico, retirarse de la escena y aplazar sus sesiones por tres meses, del 10 de agosto al 4 de noviembre.

El partido parlamentario no solo se había desdoblado en sus dos grandes fracciones –y cada una de estas, a su vez, se había subdividido–, sino que el Partido del Orden dentro del Parlamento se había divorciado del Partido del Orden fuera del Parlamento. Los portavoces y escribas de la burguesía, su tribuna y su prensa, en una palabra, los ideólogos de la burguesía y la burguesía misma, los representantes y los representados estaban divorciados y ya no se entendían más.

Los legitimistas de las provincias, con su horizonte limitado y su ilimitado

entusiasmo, acusaban a sus caudillos parlamentarios, Berryer y Falloux, de deserción, en pro del campo bonapartista, y de traición contra Enrique V. Su inteligencia (pura como la flor de lis) creía en el pecado original, pero no en la diplomacia.

Incomparablemente más funesta y más decisiva era la ruptura de la burguesía comercial con sus políticos. Ella no reprochaba a estos, como los legitimistas a los suyos, el haber desertado de un principio, sino, por el contrario, el aferrarse a principios que se habían vuelto superfluos.

Ya he apuntado que, desde la entrada de Fould en el gobierno, el sector de la burguesía comercial que se había llevado la parte del león en el gobierno de Luis Felipe, la aristocracia financiera, se había hecho bonapartista. Fould no solo representaba el interés de Bonaparte en la Bolsa, sino que al mismo tiempo representaba los intereses de la Bolsa ante Bonaparte. La posición de la aristocracia financiera se retrata del modo más palmario en una cita tomada de su órgano europeo, The Economist[214] de Londres. En su número del 1º de febrero de 1851, el corresponsal en París de la revista escribe:

Por todas partes hemos podido comprobar que Francia exige ante todo tranquilidad. El presidente lo declara en su mensaje a la Asamblea Legislativa,[215] la tribuna nacional le hace eco, los periódicos lo aseguran, se proclama desde el púlpito, lo demuestran la sensibilidad de los títulos del Estado ante la menor perspectiva de desorden y su firmeza tan pronto como triunfa el Poder Ejecutivo.

En su número del 29 de noviembre de 1851, The Economist declara en su propio nombre:

En todas las Bolsas de Europa se reconoce ahora al presidente como el guardián del orden.

Por tanto, la aristocracia financiera condenaba la lucha parlamentaria del Partido del Orden contra el Poder Ejecutivo como una alteración del orden y festejaba todos los triunfos del presidente sobre los supuestos representantes de ella como un triunfo del orden. Por aristocracia financiera hay que entender aquí no solo los grandes promotores de los empréstitos y los especuladores en títulos del Estado, cuyos intereses coinciden, por razones bien comprensibles, con los del poder público. Todo el moderno negocio pecuniario, toda la economía bancaria, se halla entretejida del modo más íntimo con el crédito público. Una parte de su capital activo se invierte, necesariamente, en títulos del Estado que dan réditos y son rápidamente convertibles. Sus depósitos, el capital dejado a su disposición y distribuido por ellos entre los comerciantes e industriales, afluye en parte de los dividendos de los rentistas del Estado. Si en todas las épocas la estabilidad del poder público fue como Moisés y los profetas para todo el mercado monetario y los sacerdotes de ese mercado, ¿cómo no ha de serlo hoy, cuando cualquier diluvio amenaza con arrastrar junto con los viejos Estados las viejas deudas del Estado?

También a la burguesía industrial, en su fanatismo por el orden, le irritaban las querellas del partido parlamentario del Orden con el Poder Ejecutivo. Después de su voto del 18 de enero –con motivo de la destitución de Changarnier–, Thiers, Anglès, Sainte-Beuve, etc., recibieron reprimendas públicas, que les destinaban precisamente sus mandantes de los distritos industriales, en las que se estigmatizaba sobre todo su coalición con la Montaña como un delito de alta traición contra el orden. Hemos visto que las pullas jactanciosas, las mezquinas intrigas en que se manifestaba la lucha del Partido del Orden contra el presidente, no merecían mejor acogida; aun así, por otra parte, este partido burgués, que exigía a sus representantes que dejasen pasar sin resistencia el poder militar de manos de su propio Parlamento a manos de un pretendiente aventurero, no era siquiera digno de las intrigas que se malgastaban en su interés. Demostraba que la lucha por defender su interés público, su propio interés de clase, su poder político, no hacía más que molestarlo y disgustarlo como una perturbación de su negocio privado.

Durante las giras de Bonaparte, los dignatarios burgueses de las ciudades departamentales, las autoridades municipales, los jueces comerciales, etc., lo recibían en todas partes, casi sin excepción, del modo más servil, aunque, como hizo en Dijon, atacase sin reservas a la Asamblea Nacional y, especialmente, al Partido del Orden.

Cuando el comercio marchaba bien, como ocurría aún a comienzos de 1851, la burguesía comercial se enfurecía contra todo lo que fuese lucha parlamentaria, por miedo a que el comercio perdiese el humor. Cuando el comercio marchaba mal, como ocurría constantemente desde fines de febrero de 1851, ella acusaba a las luchas parlamentarias de ser la causa del estancamiento y clamaba por que aquellas luchas se acallaran para que el comercio pudiera reanimarse. Los debates sobre la revisión constitucional coincidieron precisamente con esta época mala. Como aquí se trataba del ser o no ser de la forma de gobierno existente, la burguesía se sintió tanto más autorizada a reclamar a sus representantes que se pusiese fin a esta atormentadora situación provisional y que se mantuviese el statu quo. Esto no era ninguna contradicción. Por poner fin a esta situación provisional ella entendía precisamente su perpetuidad, aplazar hasta un remoto porvenir el momento de tomar una decisión. El statu quo solo podía mantenerse por dos vías: prorrogar los poderes de Bonaparte o hacer que este se retirase constitucionalmente y elegir a Cavaignac. Una parte de la burguesía deseaba la segunda solución y no supo dar a sus representantes mejor consejo que callar, no tocar la cuestión candente. Creía que si sus representantes no hablaban, Bonaparte se abstendría de obrar. Quería un Parlamento-avestruz, que escondiese la cabeza para no ser visto. Otra parte de la burguesía quería que Bonaparte, ya que estaba sentado en el sillón presidencial, continuase sentado en él, para que todo siguiese igual. Y la sublevaba que su Parlamento no violase abiertamente la Constitución y no abdicase sin más rodeos.

Los Consejos Generales de los departamentos, representaciones provinciales de la gran burguesía, reunidos durante las vacaciones de la Asamblea Nacional, desde el 25 de agosto, se declararon casi unánimemente en pro de la revisión, es decir, en contra del Parlamento y a favor de Bonaparte.

Más inequívocamente todavía que el divorcio con sus representantes parlamentarios, la burguesía ponía de manifiesto su furia contra sus representantes literarios, contra su propia prensa. Las condenas a multas exorbitantes y a desvergonzadas penas de cárcel con que los jurados burgueses castigaban cada ataque de los periodistas burgueses contra los apetitos usurpadores de Bonaparte o cada intento por parte de la prensa de defender los derechos políticos de la burguesía contra el Poder Ejecutivo causaban el asombro no solo de Francia sino de toda Europa.

Si el partido parlamentario del Orden, con sus gritos que pedían tranquilidad, se condenaba él mismo, como ya he indicado, a la anuencia, si declaraba la

dominación política de la burguesía incompatible con la seguridad y la existencia de la burguesía, destruyendo por su propia mano, en la lucha contra las demás clases de la sociedad, todas las condiciones de su propio régimen, del régimen parlamentario, la masa extraparlamentaria de la burguesía, con su servilismo hacia el presidente, con sus insultos contra el Parlamento, con el trato brutal a su propia prensa, empujaba a Bonaparte a oprimir, a destruir a sus oradores y sus escritores, sus políticos y sus literatos, su tribuna y su prensa, para así poder proseguir confiadamente sus negocios privados bajo la protección de un gobierno fuerte y absoluto. Declaraba de manera inequívoca que ardía en deseos de deshacerse de su propia dominación política, para deshacerse de los percances y los peligros de esa dominación.

Y esta burguesía extraparlamentaria, que se había rebelado ya contra la lucha puramente parlamentaria y literaria en pro de la dominación de su propia clase y había traicionado a los líderes de esta lucha, ¡se atreve ahora a acusar a posteriori al proletariado por no haberse lanzado por ella a una lucha sangrienta, a una lucha a vida o muerte! Ella, que en todo momento sacrificó su interés general de clase, su interés político, al más mezquino y sórdido interés privado, exigiendo a sus representantes este mismo sacrificio, ¡se lamenta ahora de que el proletariado sacrifique a sus propios intereses materiales los intereses políticos ideales de ella! Se presenta como un alma cándida a la cual el proletariado, extraviado por los socialistas, no ha sabido comprender y ha abandonado en el momento decisivo. Y encuentra un eco general en el mundo burgués. No me refiero, naturalmente, a los politicastros subrepticios y los impostores ideológicos alemanes. Me remito, por ejemplo, al propio Economist, que todavía el 29 de noviembre de 1851, es decir, cuatro días antes del golpe de Estado, presentaba a Bonaparte como el “guardián del orden” y a los Thiers y Berryer como “anarquistas”, y que el 27 de diciembre de 1851, cuando ya Bonaparte había reducido a la tranquilidad a aquellos “anarquistas”, clamaba acerca de la traición cometida por las masas de “ignorantes, incultos y estúpidos proletarios” contra “el ingenio, los conocimientos, la disciplina, la influencia espiritual, los recursos intelectuales y el peso moral de las capas medias y elevadas” de la sociedad. La única masa estúpida, ignorante y vil no fue otra que la propia masa burguesa.

Es cierto que en 1851 Francia había vivido una suerte de pequeña crisis comercial. A fines de febrero se puso de manifiesto la disminución de las exportaciones con respecto a 1850, en marzo se resintió el comercio y comenzaron a cerrarse las fábricas, en abril la situación de los departamentos industriales parecía tan desesperada como después de las jornadas de Febrero, en

mayo los negocios no se habían reavivado aún; todavía el 28 de junio, la cartera del Banco de Francia, con un aumento enorme de los depósitos y un descenso no menos grande de los descuentos de letras de cambio, revelaba el estancamiento de la producción; hasta mediados de octubre no volvió a producirse de nuevo una mejora progresiva en los negocios. La burguesía francesa se explicaba este estancamiento del comercio con motivos puramente políticos, con la lucha entre el Parlamento y el Poder Ejecutivo, con la inestabilidad de una forma de gobierno puramente provisional, con la intimidadora perspectiva del segundo domingo de mayo de 1852. No negaré que todas esas circunstancias ejercían un efecto deprimente sobre algunas ramas industriales en París y en los departamentos. Sin embargo, la influencia de las circunstancias políticas era meramente local y sin importancia. ¿Qué mejor prueba de esto que el hecho de que la situación del comercio comenzase a mejorar precisamente hacia mediados de octubre, en el momento en que las circunstancias políticas empeoraban, en que el horizonte político se oscurecía y a cada instante se esperaba que cayese un rayo del Elíseo? Por lo demás, el burgués de Francia, de "ingenio, conocimientos, influencia espiritual y recursos intelectuales" que no llegan más allá de sus narices, pudo dar de narices con la causa de su miseria comercial durante el tiempo que se extendió la Exposición Industrial de Londres.[216] Mientras en Francia se cerraban las fábricas, en Inglaterra estallaban las bancarrotas comerciales. Mientras en abril y mayo el pánico industrial alcanzaba su apogeo en Francia, en abril y mayo el pánico comercial alcanzaba el apogeo en Inglaterra. La industria lanera inglesa sufría quebrantos como la francesa, y otro tanto ocurría con la manufactura de la seda. Y si las fábricas algodoneras inglesas seguían trabajando, no lo hacían ya con las mismas ganancias que en 1849 y 1850. No había más diferencia, sino que en Francia la crisis era industrial y en Inglaterra, comercial; mientras en Francia las fábricas se cerraban, en Inglaterra se extendía su producción, pero bajo condiciones más desfavorables que en los años anteriores; en Francia la que salía peor parada era la exportación y en Inglaterra, la importación. La causa común, que, naturalmente, no ha de buscarse dentro de los límites del horizonte político francés, era palmaria. Los años 1849 y 1850 fueron de la mayor prosperidad material y de una superproducción que solo se manifestó como tal a partir de 1851. A comienzos de este año, aún se la fomentó de un modo especial con vistas a la Exposición Industrial. Como circunstancias peculiares, hay que añadir: primero, la mala cosecha de algodón de 1850 y 1851; luego la seguridad de una cosecha algodonera más abundante que la que se esperaba; primero el alza y luego la baja repentina; en una palabra, las fluctuaciones de los precios del algodón. La cosecha de seda en bruto había sido todavía inferior, por lo menos en Francia, a

la cifra media. Finalmente, la manufactura lanera se había extendido tanto, desde 1848, que la producción de lana no podía darle abasto y el aumento del precio de la lana en bruto fue desproporcionado en relación con el precio de los artículos de lana. Entonces, aquí, en la materia prima de tres industrias del mercado mundial, ya tenemos triple material para un estancamiento del comercio. Más allá de estas circunstancias especiales, la aparente crisis del año 1851 era apenas el alto que la superproducción y superespeculación hacen cada vez que recorren el ciclo industrial, antes de reunir todas sus fuerzas para recorrer con vertiginosidad febril la última etapa del ciclo y llegar de nuevo a su punto de partida: la crisis comercial general. En estos intervalos de la historia del comercio, estallan en Inglaterra las bancarrotas comerciales, mientras que en Francia se paraliza la industria misma, en parte obligada a retroceder por la competencia de los ingleses en todos los mercados, competencia que precisamente en esos momentos se agudiza hasta términos insoportables, y en parte por ser una industria de lujo, que sufre preferentemente las consecuencias de todos los estancamientos de los negocios. De este modo, Francia, además de recorrer las crisis generales, atraviesa sus propias crisis nacionales de comercio, que, sin embargo, están mucho más determinadas y condicionadas por el estado general del mercado mundial que por las influencias locales francesas. No carecerá de interés oponer al prejuicio del burgués de Francia el juicio del burgués de Inglaterra. Una de las mayores casas de Liverpool escribe en su memoria comercial anual de 1851:

Pocos años han engañado más que este, que ya concluye, en los pronósticos hechos a su inicio; en vez de la gran prosperidad que se preveía casi unánimemente, resultó ser uno de los años más decepcionantes desde hace un cuarto de siglo. Por supuesto, esto solo se refiere a las clases mercantiles, no a las industriales. Y, sin embargo, al comenzar el año había indudables motivos para pensar lo contrario: las reservas de mercancías eran escasas, el capital abundante, los víveres baratos, estaba asegurada una cosecha próspera; paz inalterada en el continente y ausencia de perturbaciones políticas o financieras en nuestro país; realmente, nunca se habían visto más libres las alas del comercio. […] ¿A qué atribuir este resultado desfavorable, entonces? Creemos que al exceso de comercio, tanto en las importaciones como en las exportaciones. Si nuestros comerciantes no ponen, por sí mismos, límites más estrechos a su margen de acción, nada podrá sujetarnos dentro de los carriles, más que un pánico trienal.[217]

Imaginémonos ahora al burgués de Francia: en medio de este pánico de los negocios, su cerebro, obsesionado por el comercio, se ve torturado, aturdido por los rumores de golpe de Estado y de restablecimiento del sufragio universal, por la lucha entre el Parlamento y el Poder Ejecutivo, por la Fronda entre los orleanistas y los legitimistas, por las conspiraciones comunistas del sur de Francia y las supuestas jacqueries[218] de los departamentos de Nièvre y de Cher, por los reclamos de los distintos candidatos a la presidencia, por las consignas chillonas de los periódicos, por las amenazas de los republicanos de defender, armas en mano, la Constitución y el sufragio universal, por los evangelios de los héroes emigrados in partibus, que anunciaban el fin del mundo para el segundo domingo de mayo de 1852, y comprenderemos que, en medio de este desconcierto indecible y estrepitoso de fusión, revisión, prórroga de poderes, Constitución, conspiración, coalición, emigración, usurpación y revolución, el burgués, jadeante, gritase como loco a su república parlamentaria: "¡Antes un final de terror que un terror sin fin!".

Bonaparte supo entender este grito. Su capacidad de comprensión se aguzó por la creciente turbulencia de sus acreedores, que veían en cada crepúsculo que los acercaba al día del vencimiento, al segundo domingo de mayo de 1852, una protesta del movimiento de los astros contra sus letras de cambio terrenales. Se habían convertido en verdaderos astrólogos. La Asamblea Nacional había frustrado a Bonaparte toda esperanza en la prórroga constitucional de su poder y la candidatura del príncipe de Joinville no consentía más vacilaciones.

Si hubo alguna vez un acontecimiento que proyectase delante de sí una sombra mucho tiempo antes de ocurrir, fue el golpe de Estado de Bonaparte. Este, ya el 29 de enero de 1849, cuando apenas había pasado un mes desde su elección, hizo una proposición en ese sentido a Changarnier. Su propio primer ministro, Odilon Barrot, había denunciado veladamente en el verano de 1849, y Thiers abiertamente en el invierno de 1850, la política del golpe de Estado. En mayo de 1851, Persigny había intentado otra vez más ganar a Changarnier para el coup y Le Messager de l'Assemblée[219] había hecho públicas estas negociaciones. Los periódicos bonapartistas amenazaban con un golpe de Estado ante cada tormenta parlamentaria, y cuanto más se acercaba la crisis, más subían de tono. En las orgías que Bonaparte celebraba todas las noches con la swell mob[220] de ambos sexos, en cuanto se acercaba la medianoche y las abundantes libaciones desataban las lenguas y acaloraban la fantasía, se decidía el golpe de Estado para

la mañana siguiente. Se desenvainaban las espadas, tintineaban los vasos, los diputados eran defenestrados y el manto imperial caía sobre los hombros de Bonaparte, hasta que la mañana siguiente ahuyentaba el fantasma, y la asombrada París se enteraba, por las vestales poco reservadas y los indiscretos paladines, del peligro de que había escapado una vez más. Durante los meses de septiembre y octubre se atropellaban los rumores sobre un coup d'État. La sombra cobraba al mismo tiempo color, como un daguerrotipo policromo. Si se ojean las series de septiembre y octubre de los órganos de la prensa diaria europea, se encontrarán textualmente noticias de este tipo: "París está llena de rumores de un golpe de Estado. Se dice que la capital se llenará de tropas durante la noche, y que a la mañana siguiente aparecerán decretos disolviendo la Asamblea Nacional, declarando el departamento de Sena en estado de sitio, restaurando el sufragio universal y apelando al pueblo. Se dice que Bonaparte busca ministros para poner en práctica estos decretos ilegales". Las correspondencias que dan estas noticias terminan siempre con la palabra fatal "aplazado". El golpe de Estado fue siempre la idea fija de Bonaparte. Con esta idea en la cabeza volvió a pisar el territorio de Francia. Estaba poseído por ella, en grado tal que la delataba y se le iba de la lengua a cada paso. Y era tan débil que volvía a abandonarla también a cada paso. La sombra del golpe de Estado se había hecho tan familiar a los parisinos como espectro que cuando por fin aquel se les presentó en carne y hueso no querían creer en él. No fue, pues, ni la reticente discreción del jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre ni una sorpresa insospechada por la Asamblea Nacional lo que hizo que triunfase el golpe de Estado. Si triunfó, fue a pesar de la indiscreción de aquel y a ciencia y conciencia de esta, como resultado necesario e inevitable del proceso anterior.

El 10 de octubre, Bonaparte anunció a sus ministros la resolución de restaurar el sufragio universal; el 16 le presentaron la dimisión, y el 26 París conoció la formación del Gabinete Thorigny. Al mismo tiempo, el prefecto de policía Carlier fue sustituido por Maupas y el jefe de la primera división, Magnan, concentró en la capital los regimientos más seguros. El 4 de noviembre reanudó sus sesiones la Asamblea Nacional. Ya no tenía que hacer otra cosa más que repetir en pocas y sucintas lecciones de repaso el curso que había acabado y probar que la habían sepultado solo después de muerta.

El primer puesto que había perdido en su lucha con el Poder Ejecutivo era el Gabinete. Y no tuvo más remedio que confesar solemnemente esta pérdida, aceptando como de plena validez el simulacro de Gabinete Thorigny. La Comisión Permanente había recibido con risas al señor Giraud, cuando este se

presentó en nombre de los nuevos ministros. ¡Qué débil era el Gabinete para medidas tan fuertes como la restauración del sufragio universal! Pero se trataba precisamente de no sacar nada adelante en el Parlamento, sino de sacarlo todo contra el Parlamento.

El mismo día en que reanudó sus sesiones, la Asamblea Nacional recibió el mensaje en que Bonaparte exigía la restauración del sufragio universal y la derogación de la ley del 31 de mayo de 1850. Ese mismo día, sus ministros presentaron un decreto en este sentido. La Asamblea rechazó inmediatamente la moción de urgencia de los ministros, y el 13 de noviembre la propuesta de ley, por 355 votos contra 348. De este modo, quebrantó una vez más su mandato, confirmó una vez más que había dejado de ser la representación libremente elegida del pueblo, para convertirse en el Parlamento usurpador de una clase; confesó una vez más que había cortado por su propia mano los músculos que unían la cabeza parlamentaria con el cuerpo de la nación.

Si el Poder Ejecutivo, con su moción de restablecimiento del sufragio universal, apelaba desde la Asamblea Nacional hasta el pueblo, el Poder Legislativo, con su proyecto de ley de los cuestores, apelaba desde el pueblo hasta el ejército. Esta ley de los cuestores había de fijar el derecho de la Asamblea Nacional a requerir directamente el auxilio de las tropas, a crear un ejército parlamentario. Al erigir así al ejército en árbitro entre ella y el pueblo, entre ella y Bonaparte, al reconocer al ejército como poder decisivo del Estado, tenía necesariamente que confirmar, por otra parte, que desde mucho tiempo atrás había abandonado su pretensión de mando sobre el ejército. Revelaba la duda en su propio poder cuando, en vez de requerir inmediatamente a las tropas, debatía sobre su derecho a requerirlas. Al rechazar la ley de los cuestores, confesaba abiertamente su impotencia. Esta ley fue desechada: sus promotores quedaron 108 votos por detrás de la mayoría; la Montaña decidió, por tanto, el asunto. Se encontraba en la situación del asno de Buridan, no entre dos montones de heno, por cierto, sin saber cuál sería mejor, sino entre dos tandas de palos, sin saber cuál sería peor. De un lado, el miedo a Changarnier; del otro, el miedo a Bonaparte. Hay que reconocer que la situación no tenía nada de heroica.

El 18 de noviembre se propuso una enmienda a la ley sobre las elecciones municipales presentada por el Partido del Orden; se buscaba que los electores municipales no necesitasen tres años de domicilio para poder votar, sino uno solo. La enmienda se desechó por un solo voto, pero este voto resultó inmediatamente ser un error. Escindido en sus fracciones enemigas, el Partido

del Orden había perdido desde hacía largo tiempo su mayoría parlamentaria propia. De allí en más, ponía de manifiesto que en el Parlamento no existía ya mayoría alguna. La Asamblea Nacional se había vuelto ya incapaz de tomar acuerdos. Sus elementos atomizados ya no se mantenían unidos por ninguna fuerza de cohesión; había gastado su último hálito de vida, estaba muerta.

Al final, pocos días antes de la catástrofe, la masa extraparlamentaria de la burguesía iba a confirmar solemnemente una vez más su ruptura con la burguesía dentro del Parlamento. Thiers, que como héroe parlamentario estaba contagiado preferentemente de la enfermedad incurable del cretinismo parlamentario, había maquinado después de la muerte del Parlamento una nueva intriga parlamentaria con el Consejo de Estado, una ley de responsabilidad con la que se pretendía sujetar al presidente dentro de los límites de la Constitución. Así como el 15 de septiembre, en la fiesta en que se puso la piedra fundamental del nuevo mercado de París, Bonaparte había fascinado a las dames des Halles, a las pescaderas, como un segundo Masaniello[221] (claro está que, en cuanto a fuerza efectiva, una de estas pescaderas valía por 17 burgraves), del mismo modo en que, después de presentada la ley de los cuestores, entusiasmaba a los tenientes agasajados en el Elíseo, después, el 25 de noviembre, arrebató a la burguesía industrial, congregada en el circo para recibir de sus manos las medallas de los premios por la Exposición Industrial de Londres. Reproduciré la parte significativa de su discurso, tomada del Journal des Débats.

Con éxitos tan inesperados, me creo autorizado a decir cuán grande sería la República Francesa si se le consintiese defender sus intereses reales y reformar sus instituciones, en vez de verse constantemente perturbada, de un lado, por los demagogos y, del otro, por las alucinaciones monárquicas. (Grandes, atronadores y repetidos aplausos de todas partes del recinto). Las alucinaciones monárquicas entorpecen todo progreso y todo desarrollo industrial serio. En lugar de progreso, no hay más que lucha. Vemos a hombres que antes conformaban el más celoso sostén de la autoridad y de las prerrogativas reales y que hoy son partidarios de una Convención solamente para quebrantar la autoridad nacida del sufragio universal. (Grandes y repetidos aplausos). Vemos a hombres que han sufrido más que nadie la Revolución y la han deplorado más que nadie, y que provocan una nueva, sin más objeto que encadenar la voluntad de la nación. […] Yo os prometo tranquilidad para el porvenir, etc., etc. (“Bravo, bravo”, atronadores “Bravo”).

Así aplaude la burguesía industrial con su aclamación más servil el golpe de Estado del 2 de diciembre, la aniquilación del Parlamento, el ocaso de su propia dominación, la dictadura de Bonaparte. La tempestad de aplausos del 25 de noviembre tuvo su respuesta en la tempestad de cañonazos del 4 de diciembre, y la mayoría de las bombas fue a estallar en la casa del señor Sallandrouze, en cuya garganta había estallado la mayoría de los vítores.

Cuando Cromwell disolvió el Parlamento Largo,[222] se dirigió solo al centro del recinto, sacó su propio reloj para que aquel no viviese ni un solo minuto más del plazo que le había señalado y fue arrojando del recinto a los diputados, uno por uno, con mofas alegres y risueñas. El Dieciocho Brumario, Napoleón, con menos talla que su modelo, se trasladó, a pesar de todo, al cuerpo legislativo y le leyó, aunque con voz entrecortada, su sentencia de muerte. El segundo Bonaparte, que por lo demás se hallaba en posesión de un Poder Ejecutivo muy distinto del de Cromwell o Napoleón, no fue a buscar su modelo en los anales de la historia universal, sino en los anales de la Sociedad del 10 de Diciembre, en los anales de la jurisprudencia criminal. Roba al Banco de Francia 25.000.000 francos, compra al general Magnan por 1.000.000 y a los soldados por 15 francos cada uno –y por aguardiente–; por la noche se reúne a escondidas, como un ladrón, con sus cómplices; manda asaltar las casas de los líderes parlamentarios más peligrosos, sacándolos de sus camas y llevándose a Cavaignac, Lamoricière, Le Flô, Changarnier, Charras, Thiers, Baze y otros; manda ocupar las plazas principales de París y el edificio del Parlamento con tropas y pegar, al amanecer, en todos los muros, carteles estridentes que proclaman la disolución de la Asamblea Nacional y del Consejo de Estado, la restauración del sufragio universal y la declaración del departamento de Sena en estado de sitio. Y poco después, inserta en el Moniteur un documento falso, según el cual influyentes hombres parlamentarios se han agrupado en torno a él en una Consulta de Estado.

El Parlamento Remanente,[223] formado principalmente por legitimistas y orleanistas, se reúne en el edificio de la alcaldía del décimo arrondissement y acuerda entre gritos de “¡Viva la República!” la destitución de Bonaparte, arenga en vano a la boquiabierta masa congregada delante del edificio y, por último, custodiado por francotiradores africanos, es arrastrado primero al cuartel de Orsay y luego empaquetado en coches celulares y transportado a las cárceles de Mazas, Ham y Vincennes. Así terminaron el Partido del Orden, la Asamblea

Legislativa y la Revolución de Febrero.

Veamos aquí en líneas generales, antes de pasar rápidamente a las conclusiones, el esquema de la historia de esa última:

Primer período. Del 24 de febrero al 4 de mayo de 184 Período de Febrero. Prólogo. Farsa de confraternización general.

Segundo período. Período de constitución de la República y de la Asamblea Nacional Constituyente.

– Del 4 de mayo al 25 de junio de 1848. Lucha de todas las clases contra el proletariado. Derrota del proletariado en las jornadas de junio.

– Del 25 de junio al 10 de diciembre de 1848. Dictadura de los burgueses republicanos puros. Se redacta el proyecto de Constitución. Declaración del estado de sitio en París. El 10 de diciembre se elimina la dictadura burguesa con la elección de Bonaparte como presidente.

– Del 20 de diciembre de 1848 al 28 de mayo de 1849. Lucha de la Constituyente contra Bonaparte y el Partido del Orden coligado con él. Caída de la Constituyente. Derrota de la burguesía republicana.

Tercer período. Período de la República constitucional y de la Asamblea Nacional Legislativa.

– Del 28 de mayo al 13 de junio de 1849. Lucha de los pequeños burgueses contra la burguesía y contra Bonaparte. Derrota de la democracia pequeñoburguesa.

– Del 13 de junio de 1849 al 31 de mayo de 1850. Dictadura parlamentaria del Partido del Orden. Corona su dominación con la abolición del sufragio universal, pero pierde el Gabinete parlamentario.

– Del 31 de mayo de 1850 al 2 de diciembre de 1851. Lucha entre la burguesía parlamentaria y Bonaparte.

· Del 31 de mayo de 1850 al 12 de enero de 1851. El Parlamento pierde el alto mando sobre el ejército.

· Del 12 de enero al 11 de abril de 1851. El Parlamento sucumbe en sus tentativas por recobrar el poder administrativo. El Partido del Orden pierde la mayoría parlamentaria propia. Coalición del Partido del Orden con los republicanos y la Montaña.

· Del 11 de abril al 9 de octubre de 1851. Intentos de revisión, de fusión, de prórroga de poderes. El Partido del Orden se descompone en los elementos que lo integraban. Se intensifica la ruptura del Parlamento burgués y de la prensa burguesa con la masa de la burguesía.

· Del 9 de octubre al 2 de diciembre de 1851. Ruptura franca entre el Parlamento y el Poder Ejecutivo. El Parlamento consuma su defunción y sucumbe, abandonado por su propia clase, por el ejército y por las demás clases. Final del régimen parlamentario y de la dominación burguesa. Triunfo de Bonaparte. Parodia de restauración imperial.

LES COMMUNISTES.



Chez Lordereau, r. St Jacques 39

N°16.

Citoyen, t'as un beau paltot, un beau pantalon et de l'argent dedans, moi je n'ai absolument rien, c'est injuste, donc comme nous sommes frères, tu vas me donner la moitié de ce que t'as, et vivement.

VII

La república social apareció como frase, como profecía, en el umbral de la Revolución de Febrero. En las jornadas de junio de 1848, fue ahogada en la sangre del proletariado de París, pero aparece en los restantes actos del drama como espectro. Se anuncia la república democrática. Se esfuma el 13 de junio de 1849, junto con sus pequeños burgueses en desbandada, pero en su huida arroja tras de sí reclamos doblemente jactanciosos. La república parlamentaria, con la burguesía, se adueña de toda la escena, disfruta su existencia en toda la plenitud, pero el 2 de diciembre de 1851 queda sepultada al son del grito angustiado de los realistas coligados: “¡Viva la República!”.

La burguesía francesa, que se rebelaba contra la dominación del proletariado trabajador, encumbró en el poder al lumpemproletariado, con el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre a la cabeza. La burguesía mantenía a Francia bajo el acezante miedo a los futuros terrores de la anarquía roja; Bonaparte le descontó este porvenir cuando el 4 de diciembre hizo que el ejército del orden, animado por el aguardiente, disparase contra los distinguidos burgueses del Boulevard Montmartre y del Boulevard des Italiens, que estaban asomados a las ventanas. La burguesía hizo la apoteosis del sable, y el sable manda sobre ella. Aniquiló la prensa revolucionaria, y ve aniquilada su propia prensa. Sometió las asambleas populares a la vigilancia de la policía; sus salones se hallan bajo la vigilancia de la policía. Disolvió la Guardia Nacional democrática, y su propia Guardia Nacional ha sido disuelta. Decretó el estado de sitio, y el estado de sitio ha sido decretado contra ella. Suplantó los jurados con comisiones militares, y las comisiones militares suplantan a sus jurados. Sometió la enseñanza del pueblo a los curas, y los curas la someten a ella a su propia enseñanza. Decidió deportaciones sin juicio, y ella es deportada sin juicio. Sofocó todo movimiento de la sociedad mediante el poder del Estado, y el poder del Estado sofoca todos los movimientos de su sociedad. Bajo el impulso del entusiasmo por su bolsa, se rebeló contra sus propios políticos y literatos; sus políticos y literatos fueron quitados de en medio, pero ahora ve amordazada su boca y rota su pluma, y también su bolsa se ve saqueada. La burguesía gritaba incansablemente a la revolución como san Arsenio a los cristianos: Fuge, tace, quiesce! ¡Huye, calla, aplácate![224] Y ahora es Bonaparte el que grita a la burguesía: Fuge, tace,

quiesce! ¡Huye, calla, aplácate!

La burguesía francesa había resuelto desde hacía mucho tiempo el dilema de Napoleón: Dans cinquante ans, l’Europe sera républicaine ou cosaque…[225] Lo había resuelto en la république cosaque.[226] Ninguna Circe desfiguró con su hechizo maligno esa obra de arte, la república burguesa, convirtiéndola en un monstruo. Esa república solo perdió su apariencia de respetabilidad. La Francia actual[227] se contenía ya íntegra en la república parlamentaria. Solo hacía falta el arañazo de una bayoneta para que el absceso estallase y el monstruo saltase a la vista.

¿Por qué el proletariado de París no se rebeló después del 2 de diciembre? La caída de la burguesía solo estaba decretada; el decreto no se había cumplido todavía. Cualquier alzamiento serio del proletariado habría dado a aquella nuevos bríos, la habría reconciliado con el ejército y habría asegurado a los obreros una segunda derrota de junio.

El 4 de diciembre, el proletariado fue espoleado a la lucha por burgueses y tenderos. En la noche de este día prometieron comparecer en el lugar de la lucha varias legiones de la Guardia Nacional, armadas y uniformadas. En efecto, burgueses y tenderos habían descubierto que, en uno de sus decretos del 2 de diciembre, Bonaparte abolía el voto secreto y les ordenaba inscribir en los registros oficiales, detrás de sus nombres, un “sí” o un “no”. La resistencia del 4 de diciembre amedrentó a Bonaparte. Durante la noche mandó pegar en todas las esquinas de París carteles que anunciaban la restauración del voto secreto. Burgueses y tenderos creyeron haber alcanzado su finalidad. Todos los que no se presentaron a la mañana siguiente eran tenderos y burgueses.

Un golpe de mano de Bonaparte, dado durante la noche del 1º al 2 de diciembre, había privado al proletariado de París de sus guías, de los jefes de las barricadas. ¡Un ejército sin oficiales, al que los recuerdos de junio de 1848 y de 1849 y de mayo de 1850 inspiraban la aversión a luchar bajo la bandera de los montagnards, confió a su vanguardia, a las sociedades secretas, la salvación del honor insurreccional de París, que la burguesía entregó tan mansamente a la soldadesca que Bonaparte pudo más tarde desarmar a la Guardia Nacional con el pretexto burlón de que temía que sus armas fuesen empleadas abusivamente contra ella misma por los anarquistas!

C’est le triomphe complet et définitif du socialisme![228] Así caracterizó Guizot

el 2 de diciembre. Pero si en la caída de la república parlamentaria anida ya en germen el triunfo de la revolución proletaria, su resultado inmediato, tangible, era la victoria de Bonaparte sobre el Parlamento, del Poder Ejecutivo sobre el Poder Legislativo, de la fuerza sin frases sobre la fuerza de las frases. En el Parlamento, la nación elevaba su voluntad general a ley, es decir, elevaba la ley de la clase dominante a su voluntad general. Ante el Poder Ejecutivo, abdica de cualquier voluntad propia y se somete a los dictados de un poder ajeno, de la autoridad. El Poder Ejecutivo, por oposición al Legislativo, expresa la heteronomía de la nación por oposición a su autonomía. Por tanto, Francia solo parece escapar al despotismo de una clase para recaer bajo el despotismo de un individuo, y concretamente bajo la autoridad de un individuo sin autoridad. Y la lucha parece resuelta de modo que todas las clases se hinquen de rodillas, con igual impotencia y con igual mutismo, ante la culata del fusil.

Pero la revolución va a fondo. Está pasando todavía por el purgatorio. Cumple su tarea con método. Hacia el 2 de diciembre de 1851 ha terminado la mitad de su labor preparatoria; ahora, termina la otra mitad. Lleva primero a la perfección el Poder Parlamentario, para poder derrocarlo. Ahora, conseguido ya esto, lleva a perfección el Poder Ejecutivo, lo reduce a su más pura expresión, lo aísla, se enfrenta con él como único blanco contra el que debe concentrar todas sus fuerzas de destrucción. Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará, y gritará jubilosa: “¡Bien has cavado, viejo topo!”.[229]

Este Poder Ejecutivo, con su inmensa organización burocrática y militar, con su compleja y artificiosa maquinaria de Estado, un ejército de funcionarios que suma 500.000 hombres, junto a un ejército de otros 500.000 hombres, este espantoso organismo parasitario que se ciñe como una red al cuerpo de la sociedad francesa y le tapona todos los poros, surgió en la época de la monarquía absoluta, de la decadencia del régimen feudal, que dicho organismo contribuyó a acelerar. Los privilegios señoriales de los terratenientes y de las ciudades se convirtieron en otros tantos atributos del poder del Estado; los dignatarios feudales, en funcionarios remunerados y el variopinto muestrario de las soberanías medievales en pugna, en el plan reglamentado de una autoridad estatal cuya labor está dividida y centralizada como en una fábrica. La primera Revolución Francesa, con su misión de romper todos los poderes particulares locales, territoriales, municipales y provinciales, para crear la unidad civil de la nación, tenía necesariamente que desarrollar lo que la monarquía absoluta había iniciado: la centralización; pero al mismo tiempo amplió el volumen, las

atribuciones y la cantidad de servidores del poder del gobierno. Napoleón perfeccionó esta máquina del Estado. La monarquía legítima y la Monarquía de Julio no añadieron otra cosa que una mayor división del trabajo, que crecía a medida que la división del trabajo dentro de la sociedad burguesa creaba nuevos grupos de intereses y, por tanto, nuevo material para la administración del Estado. Cada interés común [gemeinsame] se desglosaba inmediatamente de la sociedad, se contraponía a esta como interés superior, general [allgemeines], se sustraía a la propia iniciativa de los individuos de la sociedad y se convertía en objeto de la actividad del gobierno, desde el puente, la escuela y los bienes comunales de un municipio rural cualquiera, hasta los ferrocarriles, la riqueza nacional y la Universidad de Francia. Por último, la república parlamentaria, en su lucha contra la revolución, se vio obligada a fortalecer, junto con las medidas represivas, los medios y la centralización del poder del gobierno. Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina, en vez de destrozarla. Los partidos que luchaban alternativamente por la dominación consideraban la toma de posesión de este inmenso edificio del Estado como el botín principal del vencedor.

Pero bajo la monarquía absoluta, durante la primera revolución, bajo Napoleón, la burocracia no era más que el medio para preparar la dominación de clase de la burguesía. Bajo la Restauración, bajo Luis Felipe, bajo la república parlamentaria, era el instrumento de la clase dominante, por mucho que ella luchase también para obtener poder propio.

Recien bajo el segundo Bonaparte el Estado parece haber adquirido una completa autonomía. La máquina del Estado se ha consolidado ya frente a la sociedad burguesa, y de tal modo que para liderarla basta el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre, un vividor cualquiera llegado del extranjero y llevado en andas por una soldadesca embriagada, a la que compró con aguardiente y salchichón y a la que tiene que arrojar constantemente más salchichón. De aquí la pusilánime desesperación, el sentimiento de la más inmensa humillación y degradación que oprime el pecho de Francia y contiene su aliento. Francia se siente como deshonrada.

Y sin embargo, el poder del Estado no está suspendido en el aire. Bonaparte representa a una clase, que es, además, la clase más numerosa de la sociedad francesa: los campesinos parcelarios.

Así como los Borbones eran la dinastía de los grandes terratenientes y los

Orleans la dinastía del dinero, los Bonaparte son la dinastía de los campesinos, es decir, de la masa del pueblo francés. El elegido de los campesinos no es el Bonaparte que se sometía al Parlamento burgués, sino el Bonaparte que lo dispersó. Durante tres años las ciudades consiguieron falsificar el sentido de la elección del 10 de diciembre y estafar a los campesinos para restaurar el Imperio. La elección del 10 de diciembre de 1848 solo se consumó con el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851.

Los campesinos parcelarios forman una masa inmensa, cuyos individuos viven en idéntica situación, pero sin que entre ellos existan muchas relaciones. Su modo de producción los aísla a unos de otros, en vez de inducirlos a vínculos mutuos. Este aislamiento es fomentado por los malos medios de comunicación de Francia y por la pobreza de los campesinos. Su campo de producción, la parcela, no admite en su cultivo división alguna del trabajo ni aplicación alguna de la ciencia; no admite, por tanto, multiplicidad de desarrollo, ni diversidad de talentos, ni riqueza de relaciones sociales. Poco falta para que, por separado, cada familia campesina se autoabastezca; ella misma produce directamente la mayor parte de lo que consume y obtiene así sus medios de subsistencia más bien en intercambio con la naturaleza que en contacto con la sociedad. La parcela, el campesino y su familia; y al lado, otra parcela, otro campesino y otra familia. Unas cuantas unidades de estas forman una aldea, y unas cuantas aldeas, un departamento. Así se forma la gran masa de la nación francesa, por la simple suma de unidades del mismo nombre, casi como las papas dentro de una bolsa forman una bolsa de papas. En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen de otras clases por su modo de vivir, por sus intereses y por su cultura y las oponen a estas de un modo hostil, aquellas forman una clase. En la medida en que existe entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, no forman una clase. Son, por tanto, incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre, ya sea por medio de un Parlamento o por medio de una Convención. No pueden representarse, sino que tienen que ser representados. Su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de las demás clases y les envíe desde lo alto la lluvia y el sol. Por consiguiente, la influencia política de los campesinos parcelarios encuentra su última expresión en el Poder Ejecutivo que somete a su mando a la sociedad.

La tradición histórica hizo nacer en el campesino francés la fe en que milagrosamente un hombre llamado Napoleón le devolvería todo el esplendor. Y se encuentra un individuo que se hace pasar por tal hombre, al ostentar el nombre de Napoleón gracias a que el Code Napoléon ordena: La recherche de la paternité est interdite.[230] Tras veinte años de vagabundeo y una serie de grotescas aventuras, se cumple la leyenda, y este hombre se convierte en emperador de los franceses. La idea fija del sobrino se realizó porque coincidía con la idea fija de la clase más numerosa de los franceses.

Pero –se me objetará– ¿y los levantamientos campesinos de media Francia,[231] las batidas del ejercito contra los campesinos y los encarcelamientos y las deportaciones en masa de campesinos?

Desde Luis XIV, Francia no ha asistido a ninguna persecución semejante de campesinos “por manejos demagógicos”.[232]

Pero entiéndase bien. La dinastía de Bonaparte no representa al campesino revolucionario, sino al campesino conservador; no representa al campesino que pugna por salir de su condición social de vida, la parcela, sino al que, por el contrario, quiere consolidarla; no a la población campesina que, con su propia energía y unida a las ciudades, quiere derribar el viejo orden, sino a la que, por el contrario, sombríamente retraída en este viejo orden, quiere verse salvada y favorecida, en unión de su parcela, por el espectro del Imperio. No representa la ilustración, sino la superstición del campesino; no su juicio, sino su prejuicio; no su porvenir, sino su pasado; no sus Cévennes[233] modernas, sino su moderna Vendée.[234]

Los tres años de dura dominación de la república parlamentaria habían curado a una parte de los campesinos franceses de la ilusión napoleónica y los habían revolucionado, aunque solo fuese superficialmente; pero la burguesía los hizo retroceder, reprimiéndolos cuantas veces se ponían en movimiento. Bajo la república parlamentaria, disputaron el predominio de la conciencia moderna de los campesinos franceses y su conciencia tradicional. El proceso se desarrolló en forma de lucha incesante entre los maestros de escuela y los curas. La burguesía abatió a los maestros. Por primera vez, los campesinos hicieron esfuerzos para adoptar una actitud independiente frente a la actividad del gobierno. Esto se manifestó en el conflicto constante de los alcaldes con los prefectos. La burguesía destituyó a los alcaldes. Finalmente, los campesinos de diversas localidades se levantaron durante el período de la república parlamentaria contra

su propio engendro, el ejército. La burguesía los castigó con estados de sitio e incursiones punitivas. Y esta misma burguesía clama ahora acerca de la estupidez de las masas, de la vile multitude[235] que la ha traicionado frente a Bonaparte. Fue ella misma la que consolidó con sus violencias las simpatías de la clase campesina por el Imperio, la que ha mantenido celosamente el estado de cosas que forman la cuna de esta religión campesina. Claro está que la burguesía tiene necesariamente que temer la estupidez de las masas, mientras siguen siendo conservadoras, y su conciencia en cuanto se hacen revolucionarias.

En los levantamientos producidos después del coup d'État, una parte de los campesinos franceses protestó con las armas en la mano contra su propio voto del 10 de diciembre de 1848. La experiencia adquirida desde 1848 les había aguzado el ingenio. Pero habían entregado su alma a las fuerzas infernales de la historia, y esta les había tomado la palabra, y la mayoría estaba aún tan llena de prejuicios que precisamente en los departamentos más rojos la población campesina votó públicamente por Bonaparte. Según ellos, la Asamblea Nacional le había impedido caminar. Ahora no había hecho más que romper las ligaduras que las ciudades habían puesto a la voluntad del campo. En algunos sitios, abrigaban incluso la idea grotesca de colocar, junto a un Napoleón, una Convención.

Después de que la primera revolución había convertido a los campesinos semisiervos en propietarios libres de su tierra, Napoleón consolidó y reglamentó las condiciones bajo las cuales podrían explotar, sin que nadie los molestase, el suelo de Francia que se les acababa de asignar, satisfaciendo su afán juvenil de propiedad. Pero lo que hoy lleva a la ruina al campesino francés es su misma parcela, la división del suelo, la forma de propiedad consolidada en Francia por Napoleón. Fueron precisamente las condiciones materiales las que convirtieron al campesino feudal francés en campesino parcelario y a Napoleón en emperador. Han bastado dos generaciones para engendrar este resultado inevitable: empeoramiento creciente de la agricultura y endeudamiento creciente del agricultor. La forma "napoleónica" de propiedad, que a comienzos del siglo XIX era la condición para la liberación y el enriquecimiento de la población campesina francesa, se ha desarrollado en el transcurso de este siglo como la ley de su esclavización y de su pauperización. Y es precisamente esta ley la primera de las idées napoléoniennes que viene a afirmar el segundo Bonaparte. Si comparte todavía con los campesinos la ilusión de buscar la causa de su ruina no en su propiedad parcelaria sino fuera de ella, en la influencia de circunstancias secundarias, sus experimentos se estrellarán como pompas de jabón contra las

relaciones de producción.

El desarrollo económico de la propiedad parcelaria ha invertido de raíz la relación de los campesinos con las demás clases de la sociedad. Bajo Napoleón, la parcelación del suelo en el campo complementaba la libre competencia y la incipiente gran industria de las ciudades. La clase campesina era la protesta omnipresente contra la aristocracia terrateniente que se acababa de derribar. Las raíces que la propiedad parcelaria echó en el suelo francés quitaron al feudalismo toda sustancia nutritiva. Sus cotas formaban el baluarte natural de la burguesía contra cualquier coup de main de sus antiguos señores. Pero en el transcurso del siglo XIX pasó a ocupar el puesto de los señores feudales el usurero de la ciudad, las cargas feudales del suelo fueron sustituidas por la hipoteca y la propiedad territorial aristocrática fue suplantada por el capital burgués. La parcela del campesino es ya solo el pretexto que permite al capitalista sacar de la tierra ganancia, intereses y renta, dejando que el agricultor se las arregle para sacar como pueda su salario. Las deudas hipotecarias que pesan sobre el suelo francés imponen a los campesinos de Francia un interés tan grande como los intereses anuales de toda la deuda nacional británica. La propiedad parcelaria, en esta esclavización por el capital a que conduce inevitablemente su desarrollo, ha convertido a la masa de la nación francesa en trogloditas. 16.000.000 campesinos (incluidos las mujeres y los niños) viven en chozas, una gran parte de las cuales solo tiene una abertura, otra parte, dos solamente, y las privilegiadas, tres. Las ventanas son para una casa lo que los cinco sentidos para la cabeza. El orden burgués, que a comienzos del siglo puso al Estado de centinela de la parcela recién creada y la abonó con laureles, se ha convertido en un vampiro que le chupa la sangre y la médula y la arroja al crisol de alquimista del capital. El Code Napoléon no es ya más que el código de los embargos, de las subastas y de las adjudicaciones forzosas. A los 4.000.000 (incluidos niños, etc.) paupers,[236] vagabundos, delincuentes y prostitutas que oficialmente cuenta Francia, hay que añadir 5.000.000, cuya existencia se arrastra al borde del abismo y que o bien viven en el mismo campo o desertan constantemente, con sus harapos y sus hijos, del campo a las ciudades y de las ciudades al campo. Por tanto, los intereses de los campesinos no se hallan ya, como bajo Napoleón, en consonancia, sino en contraposición con los intereses de la burguesía, con el capital. Por eso los campesinos encuentran su aliado y jefe natural en el proletariado urbano, que tiene por misión derrocar el orden burgués. Pero el gobierno fuerte y absoluto –que es la segunda idée napoléonienne que viene a poner en práctica el segundo Napoleón– está llamado a defender por la violencia este orden “material”. Y este ordre matériel[237] es también el tópico en todas

las proclamas de Bonaparte contra los campesinos rebeldes.

A la par de la hipoteca que el capital le impone, pesan sobre la parcela los impuestos. Los impuestos son la fuente de vida de la burocracia, del ejército, de los curas y de la corte; en una palabra, de todo el aparato del Poder Ejecutivo. Un gobierno fuerte e impuestos elevados son cosas idénticas. La propiedad parcelaria se presta por naturaleza para servir de base a una burocracia omnipotente e innumerable. Crea un nivel igual de relaciones y de personas en toda la faz del país. Ofrece también, por ende, la posibilidad de influir por igual sobre todos los puntos de esta masa desde un centro supremo. Destruye los grados intermedios aristocráticos entre la masa del pueblo y el poder del Estado. Provoca, por tanto, desde todos lados, la injerencia directa de este poder estatal y la interposición de sus órganos inmediatos. Y finalmente, crea una superpoblación desempleada que no encuentra cabida ni en el campo ni en las ciudades y que, por eso, echa mano de los cargos públicos como de una respetable limosna, provocando la creación de cargos del Estado. Con los nuevos mercados que abrió a punta de bayoneta, con el saqueo del continente, Napoleón devolvió los impuestos forzosos con sus intereses. Estos impuestos eran entonces un acicate para la industria del campesino, mientras que ahora privan a su industria de sus últimos recursos y acaban de exponerlo indefenso al pauperismo. Y de todas las idées napoléoniennes, la de una enorme burocracia, bien galoneada y bien cebada, es la que más agrada al segundo Bonaparte. ¿Y cómo no había de agradarle, si se ve obligado a crear, junto a las clases reales de la sociedad, una casta artificial, para la que la preservación de su régimen es un problema de su sustento diario? Por eso, una de sus primeras operaciones financieras consistió en elevar nuevamente los sueldos de los funcionarios a su nivel antiguo y en crear nuevas sinecuras.

Otra idée napoléonienne es la dominación de los curas como medio de gobierno. Pero si la parcela recién creada, en su armonía con la sociedad, en su dependencia de las fuerzas de la naturaleza y en su sumisión a la autoridad que la protegía desde lo alto, era, naturalmente, religiosa, esta parcela, comida por las deudas, divorciada de la sociedad y de la autoridad y forzada a salirse de sus propios horizontes limitados, se hace, naturalmente, irreligiosa. El cielo era una añadidura muy hermosa a la pequeña porción de tierra recién adquirida, tanto más cuanto que de él vienen el sol y la lluvia; pero se convierte en un insulto tan pronto como se lo quiere imponer a cambio de la parcela. En este caso, el cura ya solo aparece como el ungido sabueso de la policía terrenal: otra idée napoléonienne. La próxima vez, la expedición contra Roma se llevará a cabo en

la propia Francia, pero en sentido inverso al del señor Montalembert.[238]

Finalmente, el punto culminante de las idées napoléoniennes es la preponderancia del ejército. El ejército era el point d'honneur[239] de los campesinos parcelarios, eran ellos mismos convertidos en héroes, defendiendo su nueva propiedad contra el enemigo de fuera, glorificando su nacionalidad recién conquistada, saqueando y revolucionando el mundo. El uniforme era su ropa de gala; la guerra, su poesía; la parcela, prolongada y redondeada en la fantasía, la patria, y el patriotismo, la forma ideal del sentido de propiedad. Pero los enemigos contra quienes ahora tiene que defender su propiedad el campesino francés no son los cosacos: son los alguaciles y los agentes ejecutivos del fisco. La parcela no está ya enclavada en lo que dan en llamar "patria", sino en el registro hipotecario. El ejército ya no es la flor de la juventud campesina, sino la flor del pantano del lumpemproletariado campesino. Está formado en su mayoría por remplaçants,[240] por sustitutos, del mismo modo que el segundo Bonaparte no es más que el remplaçant, el sustituto de Napoleón. Sus hazañas heroicas consisten ahora en las cacerías y batidas contra los campesinos, en el servicio de gendarmería, y si las contradicciones internas de su sistema lanzan al jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre del otro lado de la frontera francesa, tras algunas hazañas de bandidaje el ejército no cosechará precisamente laureles sino palizas.

Como vemos, todas las "idées napoléoniennes" son las ideas de la parcela incipiente, juvenil, pero constituyen un contrasentido para la parcela caduca. No son más que las alucinaciones de su agonía, palabras convertidas en frases, espíritus convertidos en fantasmas. Pero la parodia del Imperio era necesaria para liberar a la masa de la nación francesa del peso de la tradición y hacer que se destacase nítidamente la contraposición entre el Estado y la sociedad. Conforme avanza la ruina de la propiedad parcelaria, se derrumba el edificio del Estado construido sobre ella. La centralización del Estado, que la sociedad moderna necesita, solo se levanta sobre las ruinas de la maquinaria burocrático-militar de gobierno, forjada por oposición al feudalismo.

Las condiciones de los campesinos franceses nos descubren el misterio de las elecciones generales del 20 y 21 de diciembre, que llevaron al segundo Bonaparte al Sinaí pero no para recibir leyes, sino para darlas.

Manifiestamente, la burguesía no tenía ya más opción que elegir a Bonaparte. Cuando, en el Concilio de Constanza,[241] los puritanos se quejaban de la vida licenciosa de los papas y gemían acerca de la necesidad de reformar las

costumbres, el cardenal Pierre d’Ailly les dijo, con voz tonante: “¡Cuando solo el demonio en persona puede salvar a la Iglesia católica, vosotros pedís ángeles!”. La burguesía francesa exclamó también, después del coup d’État: “¡Solo el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre puede ya salvar a la sociedad burguesa! ¡Solo el robo puede salvar a la propiedad; el perjurio, a la religión; la bastardía, a la familia; el desorden, al orden!”.

Bonaparte, como Poder Ejecutivo convertido en fuerza independiente, se cree llamado a garantizar el “orden burgués”. Como la fuerza de este orden burgués está en la clase media, se cree representante de la clase media y promulga decretos en ese sentido. Sin embargo, si es algo, lo es gracias a haber roto y diariamente romper de nuevo la fuerza política de esta clase media. Se afirma, por tanto, como adversario de la fuerza política y literaria de la clase media. Sin embargo, al proteger su fuerza material, engendra de nuevo su fuerza política. Se trata, por tanto, de mantener viva la causa, pero de suprimir el efecto allí donde este se manifieste. No obstante, eso no es posible sin una pequeña confusión de causa y efecto, pues al influir el uno sobre la otra, y viceversa, los dos pierden sus características distintivas. Nuevos decretos que borran la línea divisoria. Bonaparte se reconoce al mismo tiempo, frente a la burguesía, como representante de los campesinos y del pueblo en general, llamado a hacer felices dentro de la sociedad burguesa a las clases inferiores del pueblo. Nuevos decretos que defraudan de antemano a los “verdaderos socialistas”[242] en su sabiduría de gobernantes. Pero Bonaparte se sabe ante todo jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre, representante del lumpemproletariado, al que pertenecen él mismo, su entourage,[243] su gobierno y su ejército, y al que ante todo le interesa beneficiarse a sí mismo y sacar premios de lotería californiana del tesoro público. Y se confirma como jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre con decretos, sin decretos y a pesar de los decretos.

Esta misión contradictoria del hombre explica las contradicciones propias de su gobierno, el confuso tantear aquí y allá, que procura tan pronto atraerse como humillar, unas veces a esta y otras veces a aquella clase, poniéndolas a todas por igual en su contra, y cuya inseguridad práctica forma un contraste altamente cómico con el estilo imperioso y categórico de sus actos de gobierno, estilo que con sumisión imita del tío.

La industria y el comercio, es decir, los negocios de la clase media, deben florecer como en invernadero bajo el gobierno fuerte. Se otorga un sinnúmero de concesiones ferroviarias. Pero el lumpemproletariado bonapartista tiene que

enriquecerse. Manejos especulativos con las concesiones ferroviarias en la Bolsa por gentes iniciadas de antemano. Pero no se presenta ningún capital para los ferrocarriles. Se obliga al banco a adelantar dinero a cuenta de las acciones ferroviarias. Pero, al mismo tiempo, hay que explotar en provecho personal el banco, y, por tanto, halagarlo. Se exime al banco del deber de publicar semana a semana sus informes. Contrato leonino del banco con el gobierno. Hay que dar trabajo al pueblo. Se ordenan obras públicas. Pero las obras públicas aumentan las cargas tributarias del pueblo. Por tanto, rebaja de los impuestos mediante un ataque contra los rentistas, convirtiendo las rentas al 5% en rentas al 4,5%. Pero hay que dar un poco de miel a la burguesía. Por tanto, se duplica el impuesto al vino para el pueblo, que lo bebe en détail,[244] y se rebaja a la mitad para la clase media, que lo bebe en gros.[245] Se disuelven las asociaciones obreras existentes, pero se prometen milagros de asociación para el porvenir. Hay que ayudar a los campesinos: bancos hipotecarios, que aceleran su endeudamiento y la concentración de la propiedad. Pero a estos bancos hay que utilizarlos para sacar dinero de los fundos confiscados a la Casa de Orleans. Ningún capitalista quiere consentir que se preste a esta condición, que no figura en el decreto, y el banco hipotecario queda como mero decreto, etc., etc.



NAPOLÉON III.

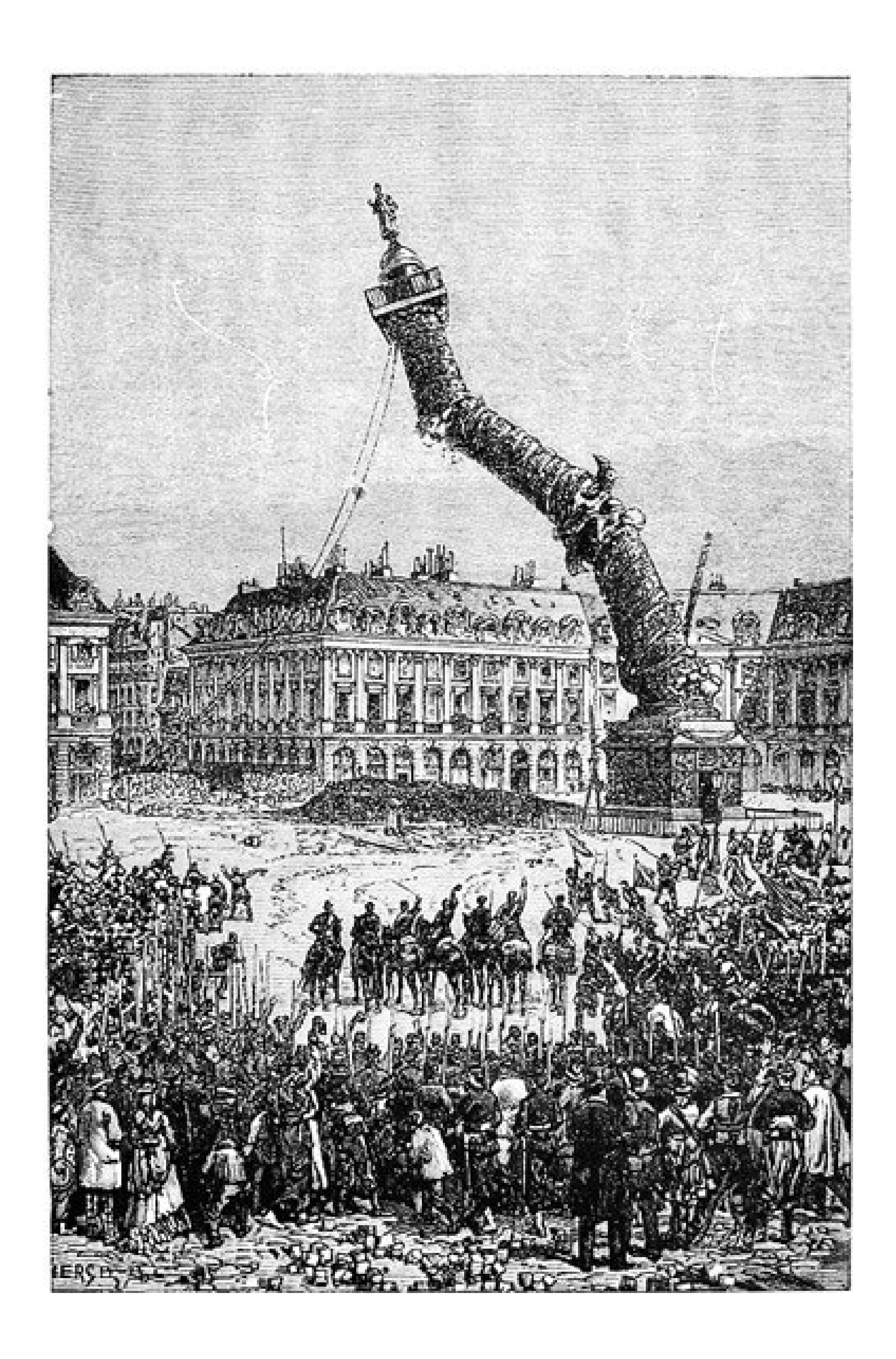
Empereur des Français.

Bonaparte querría aparecer como el bienhechor patriarcal de todas las clases. Pero no puede dar nada a una sin quitárselo a otra. Y así como en los tiempos de la Fronda se decía del duque de Guisa que era el hombre más obligeant[246] de Francia, porque había convertido todas sus fincas en obligaciones de sus partidarios, contra él mismo, Bonaparte querría ser también el hombre más obligeant de Francia y convertir toda la propiedad y todo el trabajo de Francia en una obligación personal contra él mismo. Querría robar Francia entera para regalársela a Francia o, mejor dicho, para recomprar Francia con dinero francés, pues como jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre tiene necesariamente que comprar lo que quiere que le pertenezca. Y en institución de compra se convierten todas las instituciones del Estado: el Senado, el Consejo de Estado, el Cuerpo Legislativo, la Legión de Honor, la medalla del soldado, las casas de baños, los edificios públicos, los ferrocarriles, el Estado Mayor de la Guardia Nacional sin soldados rasos, los bienes confiscados a la Casa de Orleans. En medio de compra se convierten todos los puestos del ejército y de la máquina de gobierno. Pero lo más importante, en este proceso es que se toma a Francia para entregársela a ella misma, son los tantos por ciento que durante la operación de cambio se embolsan el jefe y los individuos de la Sociedad del 10 de Diciembre. El chiste con el que la condesa L., la amante del señor de Morny,[247] caracterizaba la confiscación de los bienes orleanistas: C’est le premier vol de l’aigle,[248] puede aplicarse a todos los vuelos de esta águila, que más que águila es cuervo. Tanto él como sus adeptos se gritan a diario, como aquel cartujo italiano al avaro, que contaba jactanciosamente los bienes que habría de disfrutar durante largos años: Tu fai conto sopra i beni, bisogna prima far il conto sopra gli anni.[249] Para no equivocarse en los años, echan las cuentas por minutos. En la corte, en los ministerios, en la cumbre de la administración y del ejército, se amontona un tropel de bribones, del mejor de los cuales puede decirse que no se sabe de dónde viene, una bohème estrepitosa, sospechosa y rapaz, que se arrastra en sus casacas galoneadas con la misma grotesca dignidad que los grandes dignatarios de Soulouque.[250] Si queremos representarnos plásticamente esta capa superior de la Sociedad del 10 de Diciembre, nos basta con saber que Véron-Crevel[251] es su predicador de moral y Granier de Cassagnac su pensador. Cuando Guizot, durante su Gabinete, utilizaba a este Granier en un periodicucho contra la oposición dinástica, solía ensalzarlo con esta frase: C’est le roi des drôles, “es el rey de los bufones”.[252] Sería injusto recordar, a propósito de la corte y de la tribu de Luis Bonaparte, a la Regencia[253] o a Luis XV. En efecto, “Francia ha pasado ya muchas veces por un gobierno de favoritas, pero nunca todavía por un gobierno de mantenidos”.

[254]

Acosado por las exigencias contradictorias de su situación y al mismo tiempo obligado como un prestidigitador a atraer hacia sí, como sustituto de Napoleón, mediante sorpresas constantes, las miradas del público, es decir, obligado a ejecutar todos los días un golpe de Estado en miniatura, Bonaparte lleva el caos a toda la economía burguesa, atenta contra todo lo que a la Revolución de 1848 había parecido intangible, hace a unos pacientes para la revolución y a otros ansiosos de ella, y engendra una verdadera anarquía en nombre del orden, despojando al mismo tiempo a la máquina del Estado del halo de santidad, profanándola, haciéndola a la par repugnante y ridícula. Copia en París, bajo la forma de culto del manto imperial de Napoleón, el culto a la sagrada túnica de Tréveris.[255] Pero si por último el manto imperial cae sobre los hombros de Luis Bonaparte, la estatua de bronce de Napoleón se vendrá a tierra desde lo alto de la Columna de Vendôme.

[Escrito por Marx entre diciembre de 1851 y marzo de 1852].



[94] La Montaña de 1793 a 1795 fue el grupo democrático-revolucionario de la Convención durante la Revolución Francesa. Su nombre se debía a que sus miembros –los montagnards– se sentaban en los escaños más altos de la Asamblea. Activa desde 1848 y liderada por Ledru-Rollin, la nueva Montaña agrupó a los “demócrata-socialistas”. Fue virtualmente desintegrada por la represión posterior al golpe de Luis Bonaparte. [N. de E.]

[95] El 18 Brumario (9 de noviembre) de 1799, Napoleón dio un golpe de Estado que puso fin al régimen del Directorio. Impuso su tiranía personal, que años después se tornaría Imperio. [N. de E.]

[96] Habacuc es un profeta algo lateral que asume la voz de las víctimas de las conquistas y clama por la redención humana, denunciando la tiranía de su época. Marx lo contrapone irónicamente con Locke, quien barre el sesgo religioso (“las ilusiones”) y deja al descubierto los intereses de la burguesía. [N. de E.]

[97] El republicano de guantes amarillos. Bajo Luis Felipe, esos accesorios marcaban distinción, elegancia aristocrática. Aquí, desde luego, la expresión resalta una paradoja. [N. de E.]

[98] Bedlam: manicomio en Londres. [N. de E.]

[99] El 10 de diciembre de 1848 Luis Bonaparte fue elegido presidente de la República Francesa por sufragio universal (masculino). [N. de E.]

[100] La expresión “recordar las ollas de Egipto” procede de una leyenda bíblica (Éxodo 16:3): al huir los judíos de Egipto, algunos, asustados por las dificultades del camino y por el hambre, empezaron a evocar los días del cautiverio, cuando tenían, por lo menos, comida. [N. de E.]

[101] Este “golpe de mano”. Específicamente, coup de main se refiere a una maniobra (militar, política) veloz y acotada. [N. de E.]

[102] Luis Bonaparte se valió tanto de las fuerzas armadas (para dar el golpe de Estado) como de los sacerdotes (para asegurarse el apoyo de los campesinos). [N. de E.]

[103] Un acto arriesgado, arrogante, resultado de una decisión irreflexiva. [N. de E.]

[104] Hic Rhodus, hic salta! [¡Aquí está Rodas, salta aquí!]. Proverbio latino inspirado en una fábula de Esopo que trata de un fanfarrón que afirmaba haber dado un salto prodigioso en Rodas. Quienes lo escuchaban lo instaron: "¡Aquí está Rodas, salta aquí!". En definitiva, es una incitación a demostrar las verdaderas capacidades. ¡Aquí está la rosa, baila aquí! es la variación de la cita precedente que (valiéndose de que en griego Rodos deriva de rodon, "rosa") ofreció Hegel (en polémica con el rosacrucismo, masonería incipiente) en el prefacio de su Filosofía del derecho. [N. de E.]

[105] Según la Constitución francesa de 1848, las elecciones de nuevo presidente de la República debían celebrarse cada cuatro años, el segundo domingo del mes de mayo. En mayo de 1852 caducaba el mandato presidencial de Luis Bonaparte. [N. de E.]

[106] Quiliastas (del griego kilias, mil): predicadores de la doctrina místico-religiosa de la segunda venida de Jesucristo y la fundación del "reino de los mil años" de la justicia, la igualdad y el bienestar generales en la Tierra. [N. de E.]

[107] En el pecho, en su ánimo. [N. de E.]

[108] In partibus infidelium (literalmente, "en comarcas de infieles"): adición al título de los obispos católicos destinados a cargos puramente nominales en países no cristianos. Marx y Engels solían utilizar esta expresión, aplicada a gobiernos que diversos emigrados políticos habían formado en el extranjero (sobre todo, en Londres) sin tener en cuenta alguna la situación real de sus países. [N. de E.]

[109] Capitolio: colina de Roma que es en sí una ciudadela fortificada donde se erigieron los templos de Júpiter, Juno y otros dioses. Según la tradición, en el año 390 antes de nuestra era, durante la invasión de los galos, esa zona de Roma se salvó únicamente merced a los graznidos de las ocas del templo de Juno que despertaron a la guardia, dormida, del Capitolio. [N. de E.]

[110] Se alude a los denominados "africanistas" o "argelinos", como se conocía en Francia a los generales y oficiales que habían hecho carrera en las guerras coloniales contra los pueblos argelinos que luchaban por su independencia. En la Asamblea Nacional Legislativa, los generales africanistas Cavaignac,

Lamoricière y Bedeau encabezaban la minoría republicana. [N. de E.]

[111] Johann W. Goethe, Fausto, I, III ("Despacho de Fausto"). Son palabras de Mefistófeles. [N. de E.]

[112] Guardia Nacional: milicia voluntaria civil y armada con mandos electivos que existió en Francia y otros países de Europa Occidental. Se formó por primera vez en Francia en 1789, a comienzos de la Revolución Francesa, y existió con intervalos hasta 1871. Aquí Marx se refiere a aquella que funcionó como complemento de la policía y del ejército entre febrero y mayo de 1848; con el nombre de Guardia Nacional Móvil, pasó a ser la más importante de París en ese período. La integraban jóvenes desempleados de entre 16 y 30 años de edad. [N. de E.]

[113] La Monarquía de Julio: período del reinado de Luis Felipe (1830-1848). La denominación se debe a la Revolución de Julio de 1830. [N. de E.]

[114] El 15 de mayo de 1848, durante una manifestación popular, obreros y artesanos parisinos ingresaron en la sala de sesiones de la Asamblea Constituyente, la declararon disuelta y formaron un gobierno revolucionario. Los manifestantes, sin embargo, no tardaron en ser desalojados por la Guardia Nacional y las tropas. Los dirigentes de los obreros (Blanqui, Barbès, Albert, Raspail, Sobrier y otros) fueron detenidos. [N. de E.]

[115] La insurrección de junio: heroico levantamiento de los obreros de París entre el 23 y el 26 de junio de 1848, aplastado con desmedida crueldad por las tropas del general Cavaignac. [N. de E.]

[116] Según el historiador cristiano Eusebio de Cesarea, el emperador Constantino I en el año 312, la víspera de la victoria sobre su rival Majencio, vio en el cielo una cruz con la inscripción in hoc signo vinces (bajo este signo vencerás). Constantino luego protegió al cristianismo. [N. de E.]

[117] Se alude a Pitia, sacerdotisa y profetisa que anunciaba sus oráculos sentada en un trípode junto al templo de Apolo en Delfos. [N. de E.]

[118] Se refiere a la aniquilación de la actividad de los legisladores (el "templo" es la Asamblea). [N. de E.]

[119] Marx se vale de uno de los personajes de "Dos caballeros", poema del

Romancero de Heine, para equiparar a Luis Bonaparte con un noble corrupto y despilfarrador reducido a la miseria. [N. de E.]

[120] Palacio de las Tullerías, en París, residencia de Luis XVIII. [N. de E.]

[121] Le National: diario francés, que se publicó en París de 1830 a 1851; órgano de los republicanos burgueses moderados. Los representantes más destacados de esta corriente en el Gobierno Provisional eran Marrast, Bastide y Garnier-Pagès. [N. de E.]

[122] El Journal des Débats Politiques et Littéraries [Diario de los Debates Políticos y Literarios], fundado en París en 1789, fue durante la Monarquía de Julio el periódico gubernamental, órgano de la burguesía orleanista. Durante la Revolución de 1848, expresó las opiniones de la burguesía agrupada en el denominado Partido del Orden. [N. de E.]

[123] Tratados concertados en Viena (mayo-junio de 1815) por los Estados que, luego de triunfar en las guerras napoleónicas, trazaron el nuevo mapa europeo. [N. de E.]

[124] Columnas editoriales. [N. de E.]

[125] Se refiere a Elena de Mecklemburgo-Schwerin, nuera de Luis Felipe y duquesa de Orleans, cuya posible regencia se consideró después de la Revolución de 1848: el monarca había abdicado a favor de un hijo (menor de edad) de ella. [N. de E.]

[126] La Carta Constitucional fue aprobada después de la Revolución de 1830. Era la ley fundamental de la Monarquía de Julio. Proclamaba formalmente los derechos soberanos de la nación y restringía un tanto el poder del monarca. [N. de E.]

[127] Apuesta contra la banca, el todo por el todo. [N. de E.]

[128] Véanse nn. 192 y 200. [N. de E.]

[129] “¡Hermano, hay que morir!”: palabras con que se saludaban entre sí los monjes católicos trapenses. Acerca de la duración del cargo de presidente, véase n. 105. [N. de E.]

[130] Cárcel de París donde se recluía a los deudores insolventes. [N. de E.]

[131] En los primeros días de la República Francesa se planteó la cuestión de la bandera nacional. Los obreros de París exigían que se eligiese la bandera roja que habían enarbolado durante la insurrección de junio de 1832, pero cedieron ante los representantes de la burguesía republicana, que preferían la tricolor (azul, blanca y roja), que –por impulso de los girondinos– había sido la bandera durante la Revolución de 1789. Además, antes de la Revolución de 1848, la habían adoptado los republicanos que se agrupaban en torno al periódico Le National. Los ancestros mencionados son, precisamente, los girondinos, quienes con su declaración de guerra a las potencias reaccionarias difundieron los ideales revolucionarios por Europa. [N. de E.]

[132] Referencia irónica a quienes secundaron a Luis Bonaparte en el golpe de Estado. En la antigua Roma, la guardia pretoriana custodiaba y protegía a los jefes militares y al emperador. Llegó a ejercer enorme influencia en su elección, ya que proclamó a algunos y asesinó a otros. [N. de E.]

[133] Se alude a la participación conjunta del Reino de Nápoles y de Austria –vueltos a consolidar durante la segunda mitad de 1848– en la intervención contra la República Romana en mayo-julio de 1849. [N. de E.]

[134] Marx se refiere al hecho de que Luis Bonaparte adoptó en 1832 la nacionalidad suiza en el cantón de Turgovia; y en 1848, durante su estancia en Inglaterra, se hizo voluntariamente agente de reserva policial. [N. de E.]

[135] Alusión al cap. II de Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850. [N. de E.]

[136] Se trata de los dos partidos monárquicos de la burguesía francesa de la primera mitad del siglo XIX: los legitimistas y los orleanistas. Estos últimos eran los partidarios de los duques de Orleans, rama menor de la dinastía de los Borbones, que se mantuvo en el poder desde la Revolución de Julio de 1830 hasta la Revolución de 1848; representaban los intereses de la aristocracia financiera y la gran burguesía. Durante la Segunda República (1848-1851), la unión de los dos grupos monárquicos constituyó el núcleo del ya mencionado Partido del Orden, conservador (véase n. siguiente). [N. de E.]

[137] Esta coalición surgió en 1848 como partido de la gran burguesía conservadora; reunía a las dos fracciones monárquicas de Francia, es decir, los

legitimistas y los orleanistas; desde 1849 hasta el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, ocupaba una posición hegemónica en la Asamblea Legislativa de la Segunda República. [N. de E.]

[138] En una proclama del 31 de marzo de 1849, la Asamblea invocó la preservación del territorio piamontés y la salvaguarda de los intereses y del honor de Francia. [N. de E.]

[139] Paráfrasis burlesca de la balada “Der Erlkönig” de Goethe. [N. de E.]

[140] El emperador romano Calígula (37-41) fue elevado al trono por la guardia pretoriana. Entre líneas, Marx alude a la avidez y la torpeza de los dos emperadores. [N. de E.]

[141] El desembarco del general Charles Oudinot (24 de abril de 1849) formó parte de sucesivos intentos de avanzar sobre Roma, reentronizar al papa Pío IX (eran los últimos meses de la República Romana) y limitar el poder austríaco en la región (véase n. 133). Fue contundentemente repelido por Garibaldi. La resolución de la Asamblea (del 7 de mayo) se publicó al día siguiente. [N. de E.]

[142] Le Moniteur Universel [El Monitor Universal]: diario francés, órgano oficial; apareció en París desde 1789 hasta 1901. En sus páginas se insertaban obligatoriamente las disposiciones y decretos del gobierno, informaciones de los debates parlamentarios y otros documentos oficiales. [N. de E.]

[143] Las bayonetas inteligentes. Marx retoma una expresión de la época (designa a soldados capaces de reflexionar sobre las órdenes recibidas). [N. de E.]

[144] En la Asamblea Legislativa, se llamaba “cuestores” a los encargados de administrar la hacienda pública y velar por su seguridad (por analogía con los cuestores de la Roma antigua). El proyecto de ley sobre la concesión al presidente de la Asamblea Nacional del derecho de llamar bajo bandera a las tropas fue presentado por los cuestores realistas Le Flô, Baze y Panat el 6 de noviembre de 1851, y tras suscitar violentos debates, fue rechazado el 17 de noviembre. [N. de E.]

[145] “Constitucionales” se refiere al partido de la gran burguesía francesa que sostenía la monarquía constitucional. Los girondinos eran el grupo político moderado y federalista de la Asamblea Nacional y de la Convención Nacional

durante los primeros años de la Revolución Francesa, compuesto por varios diputados procedentes de Gironda. Pertenecían, en su mayoría, a la burguesía provincial. Su violento enfrentamiento con el grupo de la Montaña dominó los primeros meses de la Convención Nacional. Sus rivales revolucionarios fueron apodados “jacobinos” pues se reunían en el antiguo Club de los Jacobinos, en París. Eran republicanos, defensores de la soberanía popular. Su concepción de la indivisibilidad de la nación los llevaba a propugnar un Estado centralizado. [N. de E.]

[146] El 16 de abril de 1848 la Guardia Nacional, movilizada especialmente con este fin, detuvo en París una manifestación pacífica de obreros que iban a presentar al gobierno provisional una petición sobre la “organización del trabajo” y la “abolición de la explotación del hombre por el hombre”. [N. de E.]

[147] Véanse nn. 114 y 115. [N. de E.]

[148] Los senadores (así se los llamaba en Roma antigua). [N. de E.]

[149] Despreocupación. [N. de E.]

[150] Fronda: movimiento (tanto en el Parlamento y en la burguesía parisina como en el seno de la nobleza) que se desarrolló contra el absolutismo en Francia entre 1648 y 1653. La Corona aprovechó disensos de intereses de esa corriente para desarticularla y reprimirla. [N. de E.]

[151] Se refiere al protagonista del relato de Adelbert von Chamisso La maravillosa historia de Peter Schlemihl, que cambió su sombra por una bolsa mágica. [N. de E.]

[152] Gorro frigio: gorro de color rojo que usaban los antiguos frigios, pueblo del Asia menor. Posteriormente sirvió de modelo para el gorro que usaron los jacobinos. [N. de E.]

[153] Esto es, los característicos de la infantería de línea francesa. [N. de E.]

[154] Un apéndice molesto. [N. de E.]

[155] La flor de lis era el célebre emblema heráldico de la monarquía de los Borbones. [N. de E.]

[156] Referencia al conde de Chambord (que se denominaba a sí mismo Enrique V), de la rama mayor de la dinastía de los Borbones y pretendiente legitimista del trono francés. Una de las residencias permanentes de Chambord en Alemania, además de la ciudad de Wiesbaden, era la ciudad de Ems. [N. de E.]

[157] La finca Claremont, en Surrey, Inglaterra, era uno de los principales núcleos de emigración de los Orleans; allí murió Luis Felipe. [N. de E.]

[158] Sin cesar, hasta el fin de los tiempos. [N. de E.]

[159] Distrito parisino. En esa alcaldía sesionó la Asamblea (cuya sede estaba ocupada por la milicia). [N. de E.]

[160] ¡Enrique V! ¡Enrique V! (Marx resalta la ironía: el eco revela el verdadero objetivo de un legitimista disfrazado de republicano). [N. de E.]

[161] Tenderos. [N. de E.]

[162] Formó parte de las ya mencionadas ofensivas del general Oudinot (véase n. 141). Marx desarrolla el trasfondo político e institucional en el cap. III de Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850. [N. de E.]

[163] Alusión a las insistentes y encarnizadas campañas políticas –y, sobre todo, periodísticas, desde Le National– de Adolphe Thiers. [N. de E.]

[164] En Bourges se celebró entre marzo y abril de 1849 el proceso contra los participantes en los acontecimientos del 15 de mayo de 1848 (véase n. 114). Barbès fue condenado a reclusión perpetua y Blanqui, a diez años de cárcel. Albert, De Flotte, Sobrier, Raspail y los demás, a diversos plazos de prisión y deportación a las colonias. [N. de E.]

[165] Jericó: según la leyenda bíblica, primera ciudad que ocuparon los hebreos al entrar en Palestina. Las murallas de la ciudad cayeron a causa de las trompetas de quienes la sitiaban. [N. de E.]

[166] En serio. [N. de E.]

[167] ¡Ya veremos! [N. de E.]

[168] ¡Ustedes no son más que unos charlatanes! [N. de E.]

[169] Alusión a los planes de Luis Bonaparte de recibir la corona real francesa de manos del papa Pío IX. Según la Biblia, David, rey de Israel, fue ungido rey por el profeta Samuel (véase n. 93). Acerca de la coyuntura histórica, véanse nn. 141 y 162. [N. de E.]

[170] En la batalla de Austerlitz (Moravia) del 2 de diciembre de 1805, Napoleón I venció a las tropas ruso-austríacas. [N. de E.]

[171] ¡Infantería, caballería, artillería! [N. de E.]

[172] Hombre de paja. [N. de E.]

[173] Pío IX (ante quien estaba en misión Ney). [N. de E.]

[174] Remuneración (más propia de monarcas que de presidentes). [N. de E.]

[175] Alusión al libro de Luis Bonaparte Des idées napoléoniennes [Las ideas napoléonicas], aparecido en París en 1839. [N. de E.]

[176] Moneda de cinco céntimos. [N. de E.]

[177] Esto es, créditos a tasa cero y con cómodos plazos. [N. de E.]

[178] “Burgraves” fue el apodo que se dio a los 17 líderes orleanistas y legitimistas que formaban parte de la secretaría encargada por la Asamblea Legislativa de redactar el proyecto de la nueva ley electoral. Se los llamaba así por sus delirios de grandeza y por sus aspiraciones reaccionarias. El apodo fue tomado del drama histórico de Victor Hugo Los burgraves, referente a la vida en la Alemania medieval, donde se llamaba así a los gobernadores de ciudades y de provincias nombrados por el emperador. [N. de E.]

[179] Se refiere al poisson d’avril [pez de abril], día de bromas y burlas, probable “supervivencia” de ritos tradicionales. [N. de E.]

[180] Mediante la ley de prensa, aprobada por la Asamblea Legislativa en julio de 1850, se aumentó considerablemente la suma que los editores de periódicos debían depositar como caución y se introdujo el impuesto al timbrado, que se extendía asimismo a los folletos. [N. de E.]

[181] La Presse [La Prensa]: diario publicado en París desde 1836; durante la

Monarquía de Julio tenía un carácter opositor; entre 1848 y 1849 fue órgano de los republicanos burgueses; posteriormente fue órgano bonapartista. [N. de E.]

[182] Libertinos, inescrupulosos. [N. de E.]

[183] Lazzaroni: sobrenombre que se daba en Italia al lumpemproletariado, elementos desclasados pertenecientes a la “canalla” harapienta. Los lazzaroni fueron utilizados numerosas veces por los medios monárquico-reaccionarios –sobre todo, los del Reino de Nápoles– en la lucha contra el movimiento liberal y democrático. [N. de E.]

[184] Sin ambages. [N. de E.]

[185] Alusión a dos hechos de la biografía de Luis Bonaparte: el 30 de octubre de 1836 intentó crear una sublevación en Estrasburgo con el apoyo de dos regimientos de artillería. Los sublevados fueron desarmados, y el propio Luis Bonaparte detenido y deportado a América. El 6 de agosto de 1840 intentó sublevarse de nuevo con las tropas de la guarnición de Boulogne, después de cuyo fracaso fue condenado a prisión perpetua, pero huyó a Inglaterra en 1846. [N. de E.]

[186] Nick Bottom: personaje de la comedia de William Shakespeare Sueño de una noche de verano (véase la escena 2 del primer acto). [N. de E.]

[187] Entre febrero y junio de 1848, funcionaron como forma de paliar el desempleo. Aprovecharon la estructura de la Guardia Nacional. [N. de E.]

[188] ¡Viva el Emperador! [N. de E.]

[189] Alusión a dos ladrones y asesinos, personajes de Los bandidos de Schiller. [N. de E.]

[190] George Monck (1608-1670): general inglés; en 1660 contribuyó activamente a la restauración de la monarquía en Inglaterra. [N. de E.]

[191] ¡Viva Napoleón! ¡Vivan los salchichones! [N. de E.]

[192] Se alude a los periódicos de la corriente bonapartista; la denominación procede del palacio del Elíseo, residencia de Luis Bonaparte en París durante el período de su presidencia. [N. de E.]

[193] The Economist, 9 de noviembre de 1850; véase n. 214. [N. de E.]

[194] Problemas candentes. [N. de E.]

[195] Le Moniteur Universel, n° 317, 13 de noviembre de 1850. [N. de E.]

[196] Febrero de 1848. [N. de E.]

[197] Ujier, oficial de justicia. Se refiere a Baze, cuestor de la Asamblea. [N. de E.]

[198] Véase n. 130. [N. de E.]

[199] Alusión al golpe de Luis Bonaparte, que se dio durante la noche del 1° al 2 de diciembre de 1851. [N. de E.]

[200] Marx utiliza aquí, burlescamente, un tramo de la "Oda a la Alegría" de Schiller. Alegría es Tochter aus Elysium [hija del Elíseo]. Champs-Élysées [Campos Elíseos] es también el nombre de la avenida de París en la que se encontraba la residencia de Luis Bonaparte (véase n. 192). [N. de E.]

[201] Colonias obreras. [N. de E.]

[202] Código Penal (napoleónico). [N. de E.]

[203] La Patrie, 2 de enero de 1851. [N. de E.]

[204] Shakespeare, Como gustéis, II, 7. [N. de E.]

[205] Parlamentos: instituciones judiciales supremas de Francia que existieron hasta la Revolución Francesa. Registraban las disposiciones reales y gozaban, además, del derecho de recriminación, o sea, del derecho de protesta contra las disposiciones que no correspondían a las costumbres y a la legislación del país. [N. de E.]

[206] Después de los hechos, es decir, con retraso. [N. de E.]

[207] Belle-Île-en-Mer: isla en el golfo de Vizcaya, lugar de reclusión de los presos políticos franceses entre 1848 y 1858. [N. de E.]

[208] Marx utiliza aquí un episodio del libro Deipnosophistae [Banquete de los

sofistas, o de los eruditos], de Ateneo, escritor de la Antigüedad (siglos II-III), retomado por Schiller en su balada “El garante”. El faraón egipcio Tajos, al hacer alusión a la pequeña estatura de Agesilao, rey de Esparta, que había acudido en su ayuda con las tropas a su mando, dijo: “La montaña estaba encinta. Zeus se asustó. Pero la montaña parió un ratón”. Agesilao replicó: “Te parezco un ratón, pero algún día te pareceré un león”. (Aquí, en vez de Tajos figura Agis, padre de Agesilao y de Agis II de Esparta). [N. de E.]

[209] Shakespeare, Ricardo III, I, 2. [N. de E.]

[210] L’Assemblée Nationale [La Asamblea Nacional]: diario francés de orientación monárquico-legitimista; apareció en París desde 1848 hasta 1857. Entre 1848 y 1851 reflejó las opiniones de los partidarios de la fusión de ambos partidos dinásticos: los legitimistas y los orleanistas. [N. de E.]

[211] Venecia fue en los años cincuenta del siglo XIX el lugar de residencia del conde de Chambord, pretendiente legitimista al trono de Francia. [N. de E.]

[212] Enrique de Artois, llamado Enrique V por los legitimistas (véase n. 156), y Luis Felipe, respectivamente. [N. de E.]

[213] Se alude a las divergencias tácticas que surgieron entre los legitimistas durante el período de la Restauración. Villèle (partidario de Luis XVIII) se pronunció en pro de la aplicación cautelosa de medidas reaccionarias; Polignac, partidario del conde de Artois, a quien se coronó en 1824 con el nombre de Carlos X, exigía el restablecimiento completo del orden de cosas anterior a la revolución. Pabellón Marsan: uno de los edificios de las Tullerías que, en el período de la Restauración, fue residencia del conde de Artois. [N. de E.]

[214] The Economist [El Economista]: revista mensual inglesa de economía y política, órgano de la gran burguesía industrial; aparece en Londres desde 1843. [N. de E.]

[215] Del 12 de noviembre de 1850, ya mencionado. [N. de E.]

[216] Exposición Industrial de Londres: primera exposición mundial de comercio e industria; se celebró entre mayo y octubre de 1851. [N. de E.]

[217] Marx toma este informe de un artículo publicado por The Economist el 10 de enero de 1852. [N. de E.]

[218] Insurrecciones campesinas (desde la Edad Media, se llamaba despectivamente Jacques le bonhomme al estereotipo rural). [N. de E.]

[219] Le Messager de l'Assemblée [El Mensajero de la Asamblea]: diario antibonapartista francés; apareció en París desde el 16 de febrero hasta el 2 de diciembre de 1851. [N. de E.]

[220] La aristocracia del hampa. [N. de E.]

[221] Tomaso Aniello, llamado Masaniello (1620-1647): pescador que, en 1647, encabezó la insurrección popular contra la dominación española en Nápoles. En cuanto a Les Halles, era el mercado que menciona Marx inmediatamente antes. [N. de E.]

[222] El Parlamento Largo (1640-1653): Parlamento inglés convocado por el rey Carlos I cuando se había iniciado la Revolución Inglesa, convertido luego en organismo legislativo. En 1649, el Parlamento condenó a muerte a Carlos I y proclamó la república en Inglaterra; Cromwell lo disolvió en 1653. [N. de E.]

[223] Nueva alusión al Parlamento Largo inglés, que sufrió una purga en 1648 y pasó a conocerse como "Parlamento Rabadilla" o "Remanente". [N. de E.]

[224] Son las tres palabras que, como máxima para no pecar, oyó el anacoreta Arsenio (s. IV o V) en una revelación. [N. de E.]

[225] "Dentro de cincuenta años, Europa será republicana o cosaca" (pasaje del Memorial de Santa Elena, libro de Emmanuel de Las Cases; los cosacos –caballería selecta del Imperio Ruso– representan a los reaccionarios). [N. de E.]

[226] República cosaca. [N. de E.]

[227] Francia después del golpe de Estado de 1851. [N. de E.]

[228] ¡Es el triunfo completo y definitivo del socialismo! (En carta a Lassalle –fechada 23 de febrero de 1852–, Marx toma estos comentarios de una carta de Richard Reinhardt). [N. de E.]

[229] Shakespeare, Hamlet, I, 5, también cit. por Hegel en su Filosofía de la Historia. [N. de E.]

[230] Queda prohibida la indagación acerca de la paternidad. (En la época, muchos creían que Luis Napoleón era hijo “ilegítimo”). [N. de E.]

[231] Hacia finales de 1851, hubo levantamientos de campesinos y artesanos en el centro y sur de Francia. [N. de E.]

[232] Alusión a la persecución contra los “demagogos” en la Alemania de los años veinte y treinta del siglo XIX. [N. de E.]

[233] Cévennes: zona montañosa de la provincia francesa de Languedoc, donde se alzaron los campesinos en 1702-1705. La insurrección fue provocada por las persecuciones a los protestantes. [N. de E.]

[234] Alusión al motín contrarrevolucionario de la Vendée (provincia occidental de Francia), suscitado en 1793 por los realistas franceses que utilizaron a los campesinos de esta provincia para luchar contra la Revolución Francesa. [N. de E.]

[235] La muchedumbre vil, que había votado por Bonaparte el 20 de diciembre. Son palabras de Thiers en la Asamblea (24 de mayo de 1850). [N. de E.]

[236] Indigentes. [N. de E.]

[237] Orden material. [N. de E.]

[238] Charles de Montalembert, ya mencionado, fue destacado exponente del ultramontanismo en la prensa y la vida parlamentaria. [N. de E.]

[239] El orgullo (calco del “pundonor” castellano). [N. de E.]

[240] Los que se enrolaban voluntariamente en el ejército, en sustitución de los que eran movilizados. [N. de E.]

[241] El Concilio de Constanza (1414-1418) fue convocado para fortalecer el catolicismo, cuya unidad había sido quebrantada por la incipiente Reforma (había tres aspirantes al papado). [N. de E.]

[242] Alusión a las obras de los representantes del socialismo alemán o “verdadero”, corriente que se extendió en Alemania en los años cuarenta del siglo XIX, principalmente entre la intelectualidad. [N. de E.]

[243] Quienes lo rodean, su entorno. [N. de E.]

[244] Al menudeo. [N. de E.]

[245] A granel. [N. de E.]

[246] Obsequioso, servicial. [N. de E.]

[247] El duque Charles de Morny, medio hermano de Luis Bonaparte. Su amante era la condesa Lehon (Fanny Mosseman). [N. de E.]

[248] [Es el primer vuelo/robo del águila (frase que suele atribuirse a André Dupin). Marx recibe de Reinhardt estos trascendidos (véase n. 228). N. de E.]. Vol significa “vuelo” y “robo”. [N. de K. M.]

[249] “Calculas a partir de los bienes, cuando antes debes calcular los años”. [N. de K. M.]

[250] Se refiere a la entonces flamante casa imperial haitiana. Su Corte y la proclamación misma del Imperio calcaban el modelo de Napoleón I. En llamativo juego de espejos, Luis Bonaparte recibió el apodo popular de “Soulouque francés”. [N. de E.]

[251] En su obra La cousine Bette [La prima Bette], Balzac bosqueja en Crevel, personaje inspirado en el doctor [Louis-Désiré] Véron, propietario de [Le] Constitutionnel, el filisteo parisién más disoluto. [N. de K. M.]

[252] Cit. en La Voix du Proscrit, nº 8, 15 de diciembre de 1850. [N. de E.]

[253] Se refiere a la regencia de Felipe de Orleans en Francia entre 1715 y 1723 durante la minoría de edad de Luis XV. [N. de E.]

[254] Palabras de Madame de Girardin. [N. de K. M.]

[255] La sagrada túnica de Tréveris: la que supuestamente vestía Cristo al morir crucificado. Se conservaba en la catedral de Tréveris (ciudad natal de Marx, en Alemania) como reliquia de los católicos y era objeto de adoración de los peregrinos. [N. de E.]